



¡RESISTENCIA, CARAJO!

PARO NACIONAL
COLOMBIA, 2021

VÍCTOR DE CURREA-LUGO

**¡RESISTENCIA,
CARAJO!**

Personas asesinadas en el marco del paro nacional

Jeisson García - Cristian Alexis Moncayo Machado - Pol Stiven Sevillano Perea - Charlie Parra Banguera - Michel David Reyes Pérez - Brian Gabriel Rojas López - Marcelo Agredo Inchima - Miguel Ángel Pinto Molina - Dadimir Daza Correa - Einer Alexander Lasso Chará - María Jovita Osorio - Edwin Villa Escobar - Kevin Yair González Ramos - Jesús Flórez - Rosemberg Duglas - Yinson Andrés Angulo Rodríguez - Santiago Andrés Murillo - Brayan Niño - Andrés Rodríguez - Jefferson Alexis Marín Morales - Santiago Moreno Moreno - Kevin Antoni Agudelo Jiménez - Joan Nicolás Guerrero - José Emilson Ambuila - Harold Antonio Rodríguez - Wenceslao Solis - Javier Uribe - Jhon Wainer Escobar Marín - Héctor Morales - Elvis Vivas - Dylan Fabriany Barbosa León - Daniel Alejandro Zapata - Lucas Villa Velásquez - Luis Hernán Ladino Bañot - Joan Sebastián Quintero Múnera - Jhon Alexander Yotengo Chaguendo - Michael Joan Vargas López - José Mauricio Velasco Osorio - Yorleifer Herrera - Angie Johanna Valencia Ordóñez - Julián Erasmo Vallejo - Cristian David Orozco - Vladimir Steven - Johan Ricardo Idrobo - John Erick Larrahondo - Breiner Chud Arango - Jorge Iván Cañas Castro - Camilo Andrés Arango García - Juan Camilo Vargas - Juan Guillermo Bravo Manzanares - Luis Eduardo López Solano - Juan Pablo Cabrera - Sebastián Herrera - Carlos Alzate - Luis Fernando del Castillo - Michael Andrés Aranda - Sebastián Jacanamijoy - Daniel Steven Sánchez - Jhonatan David Basto Goyeneche - Jordany Rosero Estrella - Carlos Andrés Hernández Bejarano - Javier Alonso Moreno Tobar - Segundo Jaime Rosas - Cristhian Javier Delgadillo Sánchez - Bayron Lasso - Diego Usurruaga - Elkin Andrés Fernández - Jhon Gerardo arenas Imbachi - Andrés Grisales Vélez - José Orlando Benavidez Orozco - Juan David Muñoz Montenegro - Eloy Alejandro Mata Díaz - Jaime Alonso Fandiño Arias - Cristian David Castillo - Yeison Benavides - Camilo Galíndez - Alquímedez Santana - Duvan Felipe Barros - Juan David Cuervo - Andrés Córdoba Tamaniza



¡RESISTENCIA, CARAJO!

PARO NACIONAL
COLOMBIA, 2021

VÍCTOR DE CURREA-LUGO

¡Resistencia, carajo!

Paro nacional, Colombia, 2021

© Víctor de Currea-Lugo

ISBN: 978-958-8592-70-1

Fotografías y textos:

© Víctor de Currea-Lugo

Curaduría y diseño

Sonalys Borregales Blanco

Impresión y acabados

Ediciones Ántropos Ltda.

www.edicionesantropos.com

Primera edición: Bogotá, noviembre de 2021

Todos los derechos reservados

Impreso y hecho en Colombia

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de: la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz, el Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo (Cajar) y la Union Sindical Obrera de la Industria del Petróleo (USO).

¡Resistencia, carajo!

ÍNDICE

PRESENTACIÓN: Reflexiones de sábado en la mañana

EL PARO SE COCINÓ A FUEGO LENTO

Por qué no le creo a Duque ni a los de su clase
Los vándalos, una especie de solución
De cómo la gente perdió el miedo al abuso policial

ENTRE PANDEMIA, INDIGNACIÓN Y MENTIRAS

28 de abril: ¿Salir o no salir a marchar en pandemia?
Carta desde Colombia
Mitos sobre la protesta en Colombia
De la paz con legalidad a la protesta con formalidad
La misión médica: proteger a quienes nos protegen

LA AGRESIÓN POLICIAL Y PARAMILITAR

El paramilitarismo nos está matando
Llegó la horrible noche
A Daniel Sánchez vivo lo esperaban
Atacar la resistencia, un paso “adelante” y dos atrás
Elogio al casco

GEOGRAFÍAS Y PROTESTAS

Cali: anoche en Puerto Resistencia
Facatativá, la tierra del cercado fuerte
Cartago, donde el diálogo fue posible
Armenia: Primera Línea Jurídica
Medellin, con su casa a cuestas

VÁNDALOS, NEGOCIACIÓN Y GENTE DE BIEN

Negociar es cuestión de método
Carta a la gente de bien
La estrategia de Todelar
Soy un vándalo y de Primera Línea

MÁS ALLÁ DEL PARO

Aunque el Esmad se vista de seda
Hacia un frente antifascista
El paro y los neoliberales

OTRAS VOCES DEL PARO



**A Tommy, porque en su tranquilidad
no se imagina lo que pueden hacer los seres humanos.**

PRESENTACIÓN: REFLEXIONES DE SÁBADO EN LA MAÑANA

Colombia tiene razones para un paro nacional desde hace décadas: la exclusión económica y social, como lo demuestra el índice Gini, incluido el abandono de regiones enteras del territorio. Y la exclusión política, una larga historia marcada recientemente por el Frente Nacional, el genocidio contra la Unión Patriótica, la parapolítica y el asesinato del liderazgo social.

Prácticamente, todos los procesos de paz han terminado con la persecución y el asesinato de los desmovilizados. La promesa de Estado social de derecho de la Constitución de 1991 es hoy (casi) letra muerta.

El paro de hoy puede explicarse usando de metáfora las capas de una cebolla: la primera es la exclusión histórica, agravada por las políticas neoliberales desde 1990; la segunda es la llegada al poder de Iván Duque, con su promesa de destruir el proceso de paz, sus políticas fiscales neoliberales y su total falta de sensibilidad frente a los problemas; y la tercera, la pésima gestión de la pandemia.

En 2011, el movimiento estudiantil tuvo un triunfo frente a una reforma a la educación, del entonces presidente Juan Manuel Santos. En 2019, bajo el Gobierno de Duque y ante una reforma tributaria se disparó el descontento social y así se expresó en noviembre. En 2020, la rabia de la sociedad contra la Policía fue tal que, en septiembre, incendiaron decenas de comandos policiales en un par de días. Un mes después, la Minga indígena llegó a la capital y el sentimiento de orgullo por lo ancestral tomó un nivel diferente.

Décadas de organización y movilización social, de pobreza e inequidad, fueron constituyendo un sujeto político que no es solo el obrero, el campesino, ni el indígena. Es una masa plural y heterogénea en la que, además de los sectores ya citados, llegan desempleados y jóvenes de sectores populares.

El barrio recobra su papel de espacio de debate político, el Comité Nacional de Paro es desbordado por una sociedad que se queda en la calle por semanas y que ve cómo se desnuda la política neoliberal y la represión estatal, ambas de la mano. La pandemia desnudó al neoliberalismo, y el paro desnudó al Estado represor.

No son marchas viejas con gente nueva, es una marcha nueva. Jóvenes salen a defender las manifestaciones bajo el nombre de Primera Línea, los cánticos de rechazo al Gobierno se popularizan y las asambleas se dan en muchas partes.

Al ritmo de grupos musicales y con las ollas comunitarias, la palabra “resistencia” se vuelve un símbolo. Así nacen Puerto Resistencia en Cali, el portal y el puente de la Resistencia en Bogotá, el parque de la Resistencia en Medellín.

Hay tres sectores relevantes de acompañamiento: los grupos de derechos humanos, la misión médica y la prensa alternativa. Además, de alguna manera, todas las personas se asumen defensoras, cuidadoras y comunicadoras.

Las mujeres lideran arreglos de parques en Cali, ancianos donan pan a la juventud que permanece en los sitios; nacen las mamás de la Primera Línea, así mismo juristas y profes.

Claro, no faltan los tibios, los indecisos y los timoratos, que se creen por fuera del conflicto social, pontifican desde las redes, piden una protesta ideal frente a una situación nada ideal, tratan de aparecer como mediadores, condenan la calle, llaman a una falsa tolerancia, y fracasan en su intento de ofrecer alternativas vacías.

Y los grandes medios de comunicación son ágiles en presentar las causas del paro como consecuencias del mismo, satanizar la protesta, eludir los debates de fondo y en vender humo; se ven apabullados ante las redes sociales en las que se comparten videos a diario de la masacre de la gente a manos del Estado.

La derecha y la extrema derecha salen del closet y, abiertamente, arma en mano, arremeten contra los civiles que protestan y dejan varias decenas de muertos y cientos de heridos. La Policía los cuida y les obedece, en una lógica de corte indiscutiblemente paramilitar que el país conoce. Así, la “gente de bien” aparece como lo opuesto a esa construcción del manifestante como “vándalo”.

Las marchas surgen convocadas por muchas voces, en muchas rutas y con diferentes agendas. Hay batucadas, teatro, títeres, clases en la calle, conciertos, poemas, plantones, ollas comunitarias, actividades deportivas y cacerolazos. Nadie puede ser el dueño de una causa que es común a todas las personas excluidas.

En las primeras semanas, el paro tumbó varios ministros, echó atrás las reformas tributaria y del sector salud, obligó (por lo menos en el papel) a que el Estado anunciara una reforma a la Policía, más otra lista de triunfos en términos de participación y organización social. En otras palabras: la gente aprendió a tumbar ministros y reformas, y a participar de la política más allá de un voto. Otro de los logros del paro es que la gente

hace consciencia y logra, ahora, unir de mejor manera sus privaciones cotidianas con las políticas neoliberales, sobre todo en lo relacionado con la falta de empleo, salud y educación.

El costo ha sido elevado: muertes, detenciones ilegales, violencia sexual, cientos de heridos, lesiones oculares graves y desapariciones. El Gobierno manipuló para quedarse con el control de la Fiscalía, Procuraduría y hasta con la Defensoría del Pueblo. Estos, más los grandes medios de comunicación, cerraron el círculo que garantizó la impunidad ante los abusos policiales. A pesar de que, como decían muchos letrados, “nos están matando”, lo cierto es que el grito de respuesta fue unánime: “Resistencia, carajo”.

El paro ha ocurrido en 860 municipios de los 1.103 que hay en Colombia, y las encuestas muestran que llegó a tener un apoyo del 90% en los jóvenes y de un 70% entre la población en general.

Pero el drama colombiano se supera a sí mismo cada día: a julio de 2021 van más de 50 masacres, y desde la firma del Acuerdo de paz van ya más de 1.200 líderes sociales y más de 280 excombatientes de las FARC asesinados.

Fracasó la gran prensa, fracasó el oportunismo político, fracasaron en la idea de la guerra contra el terror y el afán de satanizar a los muchachos. También fracasaron los que nos decían que la protesta no sirve de nada y que la única protesta plausible es la que se hace con la formalidad del caso.

En Colombia estamos en una fase premoderna, donde frente a las prácticas feudales, pedir modernizar el campo como parte del proceso de paz es revolucionario, pedir derechos humanos es revolucionario, y defender al Estado social frente al libre mercado es revolucionario. Todo esto es revolucionario porque estamos ante una sociedad tradicional, caudillista y premoderna.

Ante esa sociedad que mira al pasado, se levanta una nueva que mira al futuro: una masa que se autoconvoca a un cacero-lazo en noviembre de 2019 y lo hace nuevamente para determinar la ruta, el tiempo, las agendas y hasta las consignas de este paro nacional. Ese sujeto político, además, renuncia a la conformación de una vanguardia o de un pensamiento único. Más allá de lo que se diga, lo cierto es que hay una crisis existencial de los jóvenes; lo digo con todo el respeto del caso, no para demeritar su lucha, sino precisamente para revalorarla. Y esto no es poca cosa, máxime cuando afecta a una generación empobrecida, excluida y hoy estigmatizada en medio de las protestas.

En cuanto es una lucha existencial, no se puede resolver desde una racionalidad, ni desde una lista de indicadores para que cumpla el Estado, ni desde un rosario de quejas y de reclamos. Hay que entender esa lucha desde algo que va mu-

cho más allá del mero ejercicio de una negociación neoliberal. Tratar si quiera de sugerir que la protesta es una especie de primavera colombiana no es otra cosa que el mismo error que se cometió con las revueltas árabes: negar su originalidad y verla desde un molde preelaborado. Así, es imposible un estudio de cara a la realidad e intenta responderse a la vida desde modelos preconcebidos, es decir, la academia de nuevo falla. Este libro recoge el cubrimiento del paro en varias ciudades del país, entre abril y julio de 2021. La primera parte está dedicada a las marchas de 2019 y 2020, motor del paro nacional, con fotos de esas jornadas.

Después, las reflexiones e imágenes nacidas de recorrer, en 2021, las ciudades de Bogotá, Cali, Quibdó, Medellín, Facativá, Cartago, Armenia y Pereira. Aprovecho aquí para dar las gracias a todas las personas que con su ayuda hicieron posible este esfuerzo por contar la rebeldía del pueblo colombiano.



EL PARO SE COCINÓ A FUEGO LENTO



POR QUÉ NO LE CREO A DUQUE NI A LOS DE SU CLASE

5 de mayo de 2020

U no puede imaginarse que las decisiones políticas de Iván Duque están basadas solo en la arrogancia, así como respondió cuando Venezuela le propuso donarle dos máquinas de diagnóstico ante la pandemia; la misma arrogancia de la que se armó para reunirse primero con el cantante Maluma que con los estudiantes en protesta.

También puede acusarse a Duque de que simplemente actúa por su torpeza, como cuando propuso el “aislamiento inteligente” o salió a tratar de convencernos de que, contrario a toda la tendencia mundial, aquí ya se estaba aplanando la curva; pero no era así.

El problema de Duque, a menos que me demuestren lo contrario, es de maldad. Hay maldad cuando se concentran los recursos de los territorios y se ponen al servicio del Gobierno central, desprotegiendo a alcaldes y gobernadores que son, como se ha demostrado en las últimas semanas, la piedra angular de la respuesta.

El presidente actúa con la misma maldad que lo hizo frente al paro nacional que empezó en noviembre de 2019. Me rehúso a repetir el cántico de algunos ingenuos de que el presidente solamente está mal informado o que está atrapado en el uribismo, pero que sí tiene voluntad de hacer las cosas bien.

Si eso fuera cierto, no puedo entender su afán de darle gusto a los grandes empresarios para priorizar la economía sobre la vida; ni su falta de claridad frente a un sistema de registros que permite a los muertos y a muchos inexistentes dizque cobrar subsidios frente a la pandemia. Hay maldad cuando no

se actúa, de manera seria y responsable, ante la cascada de denuncias por abuso policial, sin que aparezca la noción de derechos humanos. Hay reportes de disparos a civiles, arrestos injustificados, comparendos absurdos, gases lacrimógenos contra vecindarios, golpizas y una larga lista de maltratos.

Tampoco el Estado se ha movido como debiera frente a la corrupción. De hecho, la Contraloría ha alertado por la compra irregular de insumos hospitalarios y compra de alimentos para la población en general. La Procuraduría reportó investigaciones en 14 gobernaciones, 55 alcaldías y 24 entes territoriales. A finales de abril, ya se investigaban 1.286 casos de irregulares en contratación. Y eso no es por la pandemia, sino que la pandemia de corrupción es una constante, que además no depende de los pobres sino de gente de la clase de Duque.

Hay maldad cuando aprovecha la coyuntura para salir a salvar, junto con su escudero Carrasquilla, a los fondos privados de pensiones, desprotegiendo aún más precisamente a los adultos mayores, es decir, a la población de mayor riesgo por la pandemia. Hay maldad cuando en vez de responder a la urgencia nacional se arrodilla ante la agenda estadounidense y prioriza la justificación de un ataque militar a Venezuela.

Hay mucha maldad cuando no actúa ante un sistema financiero que ha duplicado el costo de las transacciones en medio de la pandemia sin que los entes de control cumplan su cometido de manera eficaz. Y así mismo la hay cuando no controla ni castiga la especulación de las grandes cadenas de almacenes.

Suele decirse que nadie estaba preparado para esto, pero esta frase tiene más de pretexto que de realidad. Tampoco el Estado estaba preparado para producir docenas de decretos, pero lo hizo: 73 decretos ley, 33 decretos ordinarios y 94 resoluciones y circulares, producidos en un mes. La pandemia no redefine el poder ni sus intenciones, sino que los potencializa. No sé si es cierto que nada se pueda hacer, el problema es que muchas de las cosas que han hecho van en sentido contrario. Hay maldad, de la peor, cuando autorizan trasladar personas contagiadas de una cárcel a otra, una medida que solo sirve para expandir la pandemia, como efectivamente ha sucedido. Claro, hay cárceles para ricos, llámense clubes militares o casas fiscales, donde los ladrones de cuello blanco dizque pagan las penas, lejos del hacinamiento de los pobres en prisión y lejos del coronavirus.



Hay maldad cuando el Estado no protege a los líderes sociales: varios de ellos, que cumpliendo la cuarenta, se han quedado en sus casas y allí han terminado expuestos frente a sus asesinos. No solamente hay torpeza y arrogancia, hay maldad. Por eso no le creo a Duque ni a los de su clase, que hasta han tratado de mantener abiertos sus clubes de golf.

No le creo a Duque por su afán de hacer trizas la paz, y por eso usa hasta la pandemia para querer apropiarse de los recursos de la paz. Eso no es inteligente sino perverso. La paz, como concepto, nos haría menos vulnerables frente a la pandemia, quitarle recursos es hacernos más débiles. De hecho, hubiera bastado la implementación del punto 1 de los Acuerdos con las FARC para que hoy tuviéramos un campo capaz de responder ante la demanda de alimentos que se viene.

En una esquina están la medicina y el Estado social que son, por definición, anti-darwinianas; mientras que el neoliberalismo es precisamente el culto a la selección “natural” que nace de la competencia salvaje y de la negación de la solidaridad.

Con base en esto, se ve que hay maldad cuando se resuelve un problema de salud pública en la cárcel con una masacre, cuando se transfiere la plata a las EPS y no directamente a los hospitales, cuando congresistas áulicos de Duque prefieren no sesionar, pero tratan de que los obreros sí vuelvan lo más pronto posible a sus sitios de trabajo para garantizar la producción.

Duque y los de su clase, desde la otra esquina, insisten en el fracking a pesar del daño ambiental, ese medio ambiente que tampoco le importa a Jair Bolsonaro ni a Donald Trump. Uno de los cercanos a Duque dijo que: “la democracia no puede ser obstáculo para el desarrollo”, léase el desarrollo económico, no el humano; toman partido por el neoliberalismo salvaje. En esa misma esquina está Avianca, una ae-



rolínea que paga impuestos en Panamá, es propiedad de estadounidenses, no tuvo ningún empacho en abusar de las tarifas, de lesionar los derechos laborales, de manipular el Estado para que sus servicios fueran declarados esenciales, y ahora no tiene vergüenza para pedir que se la apoye con recursos públicos fingiendo ser una empresa colombiana.

Y en el lado de la competencia salvaje, están también las grandes superficies que dispararon los precios, las empresas que subieron los recibos de la luz, las aerolíneas que insistieron en no cerrar el aeropuerto, Fenalco (Federación Nacional de Comerciantes) que propuso que los trabajadores aporten al pago de nóminas, sí, la misma que propuso cambiar el día de la madre de mayo a septiembre, porque el asunto es vender.

Las personas de esa clase no están solo en la capital. En Chocó, la Gobernación contrató cursos por una millonada dizque para prevención de la pandemia, mientras la gente se muere de hambre; en la costa hay funcionarias que justifican la compra de latas de atún a 20.000 pesos como ayuda en medio de la crisis, en Arauca hay varias investigaciones por sobrecostos en contrataciones, así como en otros departamentos.

Entiendo perfectamente a los que salen a buscarse la vida, empujados por el hambre; pero no al que obliga a salir para construir edificios que, precisamente, los pobres que los construyen no podrán comprar. Jamás los empresarios habían necesitado tanto a sus trabajadores. Que salgan los que gritaban “yo no paro, yo produzco”; entiendo a los que salen por el pan para el hijo, pero no por la langosta del patrón.

El Gobierno no ha logrado que el personal de salud tenga tapabocas y promete que los obreros de la construcción tendrán la protección adecuada. Deberían priorizar la alimentación, porque la ganancia se distribuye más que la de la construcción, porque es esencial para la sociedad y porque la gente no come ladrillos. Los pobres tenían hambre antes, y nadie me va a convencer de que el hambre de los pobres desaparecerá si se levanta la cuarentena. El debate es cuarentena o no, es cómo y bajo qué condiciones.

Y el gran debate es que el Gobierno y los de su clase siguen ahondando en una política contra los más pobres, invierten millones en carros blindados para la rama judicial y para el presidente, no enfrentan la violencia en las zonas rurales, desvían los recursos de la paz para posicionarse en las redes sociales a través de la firma que dirigió la campaña contra la paz en el plebiscito, obedecen las órdenes dadas por Trump para

regresar al uso de glifosato contra las zonas de cultivos ilícitos. Al tiempo, Finagro (Fondo para el Financiamiento del Sector Agropecuario,) se quedó con los créditos y las ayudas que eran para todo el agro y los deja en manos de unas pocas grandes empresas, las EPS (Empresas Promotoras de Salud) que ahora se benefician con la pandemia por la caída en la demanda de servicios y ni siquiera contribuyen a la solución de la crisis sino que siguen jugando al intermediario quedándose con la administración de los recursos públicos para la salud.

¿Eso es polarizar? No. El que polarizó fue Duque priorizando los bancos, el ministro de Salud priorizando las EPS, Carrasquilla priorizando las utilidades. Ellos empezaron, desde hace muchas décadas. Ahora preparan una nueva reforma tributaria, están mirando cómo recortar más salarios y aumentar impuestos sin tocar a esa gente de la misma clase de Duque, esa en la que por todo lo anterior no puedo creer ni un tantico.









LOS VÁNDALOS, UNA ESPECIE DE SOLUCIÓN

23 de noviembre de 2019

Toda acción humana es interpretación, dicen los posmodernos. Toda acción humana tiene que dar resultados, dicen los neoliberales. La mayoría de mis vecinos de Palestina, en Bosa, no conocen ni a Lyotard ni a Hayek, pero saben tomar un Transmilenio a las cinco de la mañana para ir a trabajar cada día, saben pegar ladrillos, limpiar casas, hacer pan y otros oficios. Ellos también se sumaron al paro.

En la marcha del centro, con lluvia de agua y al final con lluvia de gases lacrimógenos, mientras tomaba fotos pude ver dos encapuchados que terminaron protegiéndose detrás de la Policía. Ya no era un rumor en las redes sociales, era algo que estaba pasando a pocos metros de mis ojos. En la noche en Bosa, pasaron del cacerolazo a marchar en las calles. Como en una cascada el vecindario empezó a sonar y como en procesión fueron a la salida de mi barrio de infancia, pero Duque seguía sin escuchar.

El viernes 22 había indignación por muchas cosas, las del paro y, además, por la alocución presidencial. Muchos de Bosa salieron a la Autopista Sur, una calle grande que sigo sin entender por qué la llamamos "autopista". Allí a la protesta pacífica la Policía respondió con violencia, lo que dejó a una muchacha malherida. También aquí era innegable la violencia injustificada. Algo así sucedería en la tarde del viernes en la plaza de Bolívar, donde un grupo desarrolló un cacerolazo pacífico y fueron agredidos.

Luego llegaron las noticias de saqueos en un almacén Ara, en otro punto de la ciudad. Al mismo tiempo, informaron de saqueos en Cali, en un almacén Herpo. Resulta curioso que en ambos casos uno ve que la Policía los persigue, pero de manera más que obvia, no los detiene ¿por qué? El almacén Ara es violentado usando un bus de servicio público; la Policía aparece en el momento justo

para garantizar la noticia de saqueos sin que pase a mayores. En Bogotá en la tarde del 22, como sucedió en Cali el día anterior, los rumores de violencia organizada, supuestamente por vándalos venezolanos, contra la ciudadanía fueron creciendo.

Me llegaron audios “súper confidenciales y 100% fiables” de que los vándalos iban a atacar entre las dos y las cinco de la mañana. Y como en el poema de Kavafis: “... se hizo de noche y los bárbaros no llegaron. Algunos han venido de las fronteras y contado que los bárbaros no existen”. Así pasó con los vándalos. Es más, podemos decir que las élites se preguntan, como irónicamente lo hace el poeta: “¿Y qué va a ser ahora de nosotros sin bárbaros? Esa gente al fin y al cabo era una especie de solución”.

Mi hermano Lucho, mi sobrino Diego y su esposa Libia estuvieron vigilando toda la noche, esperando a los vándalos, mientras tomaban tinto y conocían vecinos. Me dijo Diego que las cámaras de la urbanización captaron gente entrando, pero eran vecinos que estaban al frente, de guardia. Alguien dijo que eran vándalos.

Mientras recibía chismes familiares, empecé a revisar decenas de vídeos que circulaban en redes sociales. No vi vándalos, vi camiones aparentemente de la Policía, repartiendo policías de civil. Estaban demasiado organizados. Aunque había un toque de queda, teóricamente el momento de mayor protección posible con el Ejército y la Policía volcados en las calles, el miedo aumentaba. Hubo una misma escena que los medios masivos atribuyeron a cuatro barrios diferentes. Ya no importaba la verdad sino el rumor. La posverdad hecha carne.

La presencia de la Policía y del Ejército fue bien recibida, pero primero había llegado el miedo. ¿Qué haría Batman sin el Guasón? Nada especial. Superman sin Lex Luthor sería un personaje pintoresco y él tiene que ser héroe, necesita que

Luthor esté vivo y, si no lo está, pues hay que crearlo. Al final, la noche pasó sin contratiempos, pero el daño estaba hecho. En muchos revivió el uribista que llevan dentro, se olvidaron del “corazón grande” y pedían “pulso firme”.

En la mañana, había una mezcla entre el cuento de García Márquez Algo muy grave va a suceder en este pueblo y la novela de Saramago Ensayo sobre la ceguera. Incluso, creímos que ayudar a difundir el miedo en las redes servía, pero estábamos echando leña al fuego.

Que yo sepa no hubo vándalos detenidos, ni heridos, ni linchados. Son como fantasmas que actúan solo de noche, despertando nuestros miedos, jugando con las sombras. Y, como decía Maquiavelo: “los fantasmas asustan más de lejos que de cerca”. Pero también hubo un despertar frente al miedo. Mi sobrino Diego me mandó esta nota de perfil de doña Patricia, que dice así: “Resumen del toque de queda: conocí a mis vecinos, tomamos tinto y galletas, estamos muy mal de pijamas y palos de escoba. Ahora con sueño, tos y posible ridículo grupal”. La gente pasó del instinto de conservación al deseo de conversación.

Si yo fuera vándalo, con grupo organizado, con camiones como muestran los vídeos, con armas, con policías protegiéndome, no sería tan pendejo de meterme en un conjunto residencial donde me espera gente con piedras y palos, en el mejor de los casos. Aprovecharía que la ciudad está sola para robar joyerías o almacenes de computadores. Pero nuestros vándalos son gente muy sociable.

El Gobierno jugó la carta de la intimidación y perdió. Se está quedando sin cartas. Nosotros vamos ahora a hacer velatones, fiestas, carnavales, marchas de alegría, memes de esperanza, trancones de paz. Vamos a la calle, que es nuestra. Que la ciclovia sea un desfile de cacerolas, que no nos van a callar. Du-

CAI TEUSAQUILLO
Tel. 2885252

LA CASA
24-26

ACCION FUTURO



que, entienda, se está portando como los líderes árabes que vi caer: creyendo que los problemas sociales se arreglan con la Policía.

La estrategia es sencilla: la sociedad que protagoniza las marchas se reemplaza por el vándalo, la agenda neoliberal se reemplaza por la seguridad, el policía represor se convierte en el héroe. La protesta es símbolo de lo malo, de lo antiestético; el orden y la calma es sinónimo de bienestar. En algún lugar, un uniformado y un encapuchado sonríen porque hicieron bien la tarea, a lo mejor son vecinos de Bosa. Mientras tanto, con whisky un político corrupto y un militar sonríen igualmente.

El político, ese que sí ha destrozado lo público, mediante Odebrecht, Reficar e Hidroituango, luce un poco cansado. Lo dicho: los vándalos, fueron una forma de solución. Pero quemaron esa carta de la peor manera para ellos. El toque de queda parece que no se dictó para evitar el pánico, sino para garantizarlo. Las tropas no se desplegaron para proteger, sino para alcahuetear. Tratan de que el que minutos antes estaba preocupado por



su pensión ahora se centre en los potenciales vándalos. La solidaridad de las marchas se reemplaza por la desconfianza. Hubo algunos ataques reales, porque eran necesarios para que el rumor bebiera y se refrescara. El debate deja de ser ético, de ética pública, para volverse estético: un grafiti es más grave que un acto de corrupción.

Me parece posible que un policía cobre una coima a un conductor, pero ¿para qué un grupo de policías sacaría un camión a la calle en un toque de queda para sembrar pánico si no fuera por orden superior? ¿Tantos casos aislados tan parecidos y al tiempo?

Meten miedo para vender seguridad. Eso hacía ayer María Fernanda Cabal, invitando a armarnos los unos a los otros, a atrincherarnos en nuestro edificio sin ver el del vecino, a pensar en vigilantes antes que pensar en médicos, en armarse antes que en educarse. Como en los años cincuenta, hay que matar al rojo o al azul, porque sí. Invocan el fascismo de los grupos acorralados como lobos en manada. Como no tenían FARC para culpar, se crearon los vándalos.

Ya no se trata de proteger la finca que no tienes, sino el apartamento que estás pagando a cuotas. La tuitera @Andreabogada escribió: “¿Se acuerdan cómo llegaban los paramilitares a las regiones generando miedo y zozobra? Igualito que anoche, en camiones, escoltados, auspiciados y con el beneplácito de la fuerza pública”. Eso se llama “seguridad democrática”.

DE CÓMO LA GENTE PERDIÓ EL MIEDO AL ABUSO POLICIAL

10 de septiembre de 2020

Bogotá ardió, bueno, no la ciudad, pero sí decenas de puestos de la Policía llamados CAI. La sociedad está “mamada” de la Policía, así de simple. A comienzos de los años noventa, la Personería de Bogotá sugirió para disminuir la delincuencia en la ciudad habría que dejar a los policías en sus cuarteles, que no salieran a la calle. En parte por esas cosas decidieron modernizarla. Y cambiaron los grados, crearon siglas y nuevas estrategias de comunicación, pero no se tocó su esencia, esa de ser parte





del Ministerio de Defensa, y de ser formados en la lógica de la Guerra Fría, del enemigo interno y de la seguridad nacional.

Esos cambios cosméticos no solucionaron nada. A la lista de viejas quejas, se suma una rabia creciente por la arrogancia policial cuando los graban en un procedimiento, por su persecución contra el porte de la dosis personal como si acaso estuvieran desarmando un cartel de drogas, o cómo se “enamoran” de los que tienen tatuajes, de los de pelo largo o de las de faldas cortas. Es decir, es constante su ejercicio del micropoder, su agresión contra poblaciones específicas, su racismo y clasismo.

También hay una lógica neoliberal de evaluar el trabajo por resultados, por indicadores: número de detenidos y otras torpezas similares, que dieron origen a los llamados falsos positivos. Ya teníamos una larga lista de casos dolorosos. Por ejemplo, el de Nicolás Neira, de 15 años, asesinado por el Esmad el 1 de mayo de 2005; el caso sigue abierto. En septiembre de 2018, Julián Hernando Balceró murió dentro de un CAI, el del barrio 20 de julio. La Policía dijo que se suicidó, pero su mamá sostuvo que “Si él estaba esposado y en un cuarto que es bien pequeño ¿cómo se iba a ahorcar? Además, él no tenía motivos, ni instintos suicidas, a él lo mataron en el CAI”. En noviembre



de 2019, Dilan Cruz fue asesinado por la Policía, con armas no permitidas, en las marchas contra el Gobierno. Pero estos son solo tres casos.

Luego vino la cuarentena por la pandemia. Y las autoridades confundieron medidas de control de salud pública con medidas policivas de abuso. Vimos los comparendos porque al policía no le valió la carta de trabajo que le mostró un emplea-

do de una droguería para transitar, porque le pareció que esa no era hora de hacer mercado, porque una señora llevaba de la mano a su niña de 9 años, y una larga lista de hechos por demás estúpidos. También hay que contar los violentos desalojos en plena cuarentena, con destrucción de sus casas, a personas en zonas muy pobres de las afueras de Bogotá, con acompañamiento de funcionarios de la Alcaldía.

Está el caso de Néstor Novoa, un vendedor ambulante de 70 años, reducido por la Policía como si se tratara de un peligroso delincuente en mayo pasado. Y ese mismo mes, Anderson Arboleda fue asesinado a golpes por la Policía, supuestamente por violar la cuarentena. Pero fue el asesinato de Javier Ordoñez, documentado hasta el cansancio, el que despertó a una sociedad por demás cansada de un Gobierno inepto.

La gente se dio cita frente a los CAI con un claro sentir social: ¡No más! Hubo cacerolazos y protestas frente a prácticamente todos los CAI de Bogotá. Y en muchos de esos CAI ha habido casos de violaciones sexuales, detenciones arbitrarias, torturas. Un muchacho increpó con mucha rabia, genuina, a los policías del CAI donde estaban vinculados los responsables por la muerte de Javier. Él encarnaba una rabia común y un sentimiento colectivo. Duque, el presidente, se dedicó a felicitar “la gallardía policial” o algo así.

La gente está cobrando en las calles desde el miedo que nos quisieron meter en las venas en noviembre de 2019 hasta cada abuso policial que conoce la sociedad por décadas; el rechazo a todos esos abusos nacidos del micropoder le pasaron factura la noche del 9 de septiembre de 2020 a la Policía. Algunos recordaron cómo un presunto ladrón, esposado y reducido, era quemado por la Policía en julio de 2020, como lo mostró un video en las redes sociales.

Los casos de periodistas golpeados por la Policía, vendedores ambulantes a quienes les robaron sus pocos bienes, habitantes de la calle humillados, mujeres abusadas en carros de la Policía, transexuales víctimas de violencia, muchachos golpeados, casos que explican el miedo creciente de la sociedad hacia la Policía. Según el informe *Bolillo, Dios y Patria* de la ONG Temblores, en el período 2017-2019, hubo 639 homicidios, 40.481 casos de violencia física y 241 de violencia se-



xual, en los que, basados en informes de Medicina Legal, hay un presunto miembro de la fuerza pública involucrado. Solo en el primer trimestre de 2020 se abrieron por abuso policial ocho procesos al día. En el primer semestre, la Policía abrió 3.674 casos, 1.474 por abuso de autoridad. ¿Y los no denunciados? De este número de casos, solo 10 policías han sido destituidos.

En estos momentos de crisis, uno no puede irse a ver ballenas. O estamos con los manifestantes o estamos con la Policía. Es así de simple.

El acumulado de violencia policial y militar es tan grande, la impunidad tan obvia y la complacencia de las instituciones tan vergonzosa, que jugar al neutral es por lo menos timorato. Varios tuiteros decían “que arda todo”. No, no es un acto de vandalismo donde unos pocos se enfrentan, sin causa ni motivo, a las fuerzas policiales. El lenguaje políticamente correcto es un desfase. Grafitis versus cadáveres, no es un análisis muy “académico” para insinuar que toda violencia es igual. Las paredes se pintan, los muertos no resucitan.

No sé qué dirían a las familias de Dilan, Néstor y Julián; ¿les proponemos un “abrazatón”? Los abrazos y las flores a la Policía tuvieron un momento, pero ya lo único viable es su reforma estructural. Esto implicaría tocar la estructura de un sistema que no ve la protesta como un derecho, pero sí a los civiles como enemigos.

Por eso, no se trata de que ahora cambien el color de los uniformes del Esmad, pongan otra sigla o juzguen a unos pocos. Hay que entender que, en el fondo, la Policía sirve para cuidar bancos y poderosos. En suma, la pregunta por la democrati-

zación de la Policía está en saber si están dispuestos a “cuidar la polis” o solo a un puñado de privilegiados.

La conducta de la Policía el 9 de septiembre, día de los derechos humanos, dejó claro que su comportamiento es colectivo, su mandato de violencia es institucional, su lenguaje anticidadano es una constante. No son manzanas podridas, es el árbol.

Vimos policías poniéndose la chaqueta al revés para evitar la identificación, dando armas a civiles para que dispararan contra manifestantes, rupturas de botellas en la cara de las personas, golpes a los ciudadanos que grababan sus procedimientos, detenciones arbitrarias y más personas asesinadas. ¿Necesitamos más ejemplos? Un informe preliminar habla de 24 heridos, 19 de ellos con arma de fuego y cinco posibles casos de homicidio por parte de la Policía. En uno de los casos, la Policía no permitió el ingreso de una ambulancia.

No me sumo a los que dicen a los manifestantes: “bruscos, no”. Como dijo Ricardo Quevedo en Twitter: “La impotencia y la falta de soluciones reales generan ganas de quemarlo todo. Hay gente que siente que cambia el mundo a punta de carcerolazo, pero pues en la calle las cosas funcionan distinto”. No caigamos en el juego de sugerir que la no condena de la violencia es complicidad. Complicidad es quedarnos callados.

PD: el Ministerio de Defensa anunció que “Se reforzará dispositivo de Policía Bogotá con 750 uniformados, más 850 que llegan de otras regiones. Asimismo, 300 soldados apoyarán la labor de seguridad”. La ciudad amanece militarizada. Eso, échenle leña al fuego.

ENTRE PANDEMIA, INDIGNACIÓN Y MENTIRAS





28 DE ABRIL: ¿SALIR O NO SALIR A MARCHAR EN PANDEMIA?

25 de abril de 2021

Varias organizaciones del sector salud hemos manifestado nuestro respaldo a las medidas de cuarentena, pero en ningún momento hemos desconocido la necesidad de una renta básica que permita a las personas más pobres asumir la cuarentena con dignidad, ni mucho menos hecho llamados a la desmovilización social, sobre todo en el marco del paro nacional convocado para esta semana.

Sabemos que hay una tensión entre la necesidad de garantizar el distanciamiento físico y a la vez respetar el derecho a la protesta. Nuestro llamado no puede ser interpretado como una trampa contra la movilización, sino un llamado a la prudencia.



Desde los datos científicos y desde la realidad social que vivimos insistimos en las medidas de cuarentena. Nos distanciamos de teorías conspirativas y de explicaciones híperideologizadas que van en contravía de las medidas de bioseguridad. Pero, el paro nacional viene.

No renuncio a decir que la pandemia es real, los muertos por el virus son reales, las cientos de personas en cuidados intensivos son reales, los colegas que están agotados atendiendo a los pacientes con Covid son igualmente reales.

No renunciaré a mi llamado, así se me acuse de negar el derecho a la protesta, de sembrar miedo, incluso de ser cómplice con el Gobierno de Duque para encerrar a la gente. Pero sin ceder un ápice ante las teorías conspirativas y la irresponsabilidad de un sector de la sociedad, aceptando que el virus es una realidad, hay que fijar una postura frente al paro.

¿Marchar o no? Falso dilema

Mi prima Patricia, una mujer que como yo creció en sectores populares y que sabe lo que significa la reforma tributaria, está dispuesta a marchar. No es una persona que esté activamente involucrada en ningún grupo político, pero sí directamente en la economía colombiana. Cuando digo que ella está invo-

lucrada directamente en la economía colombiana no es una mentira: ella va a una tienda de una señora a comprar el arroz, y va a una carnicería donde compra otras cosas. No está segura de si ese arroz es producido en Colombia o forma parte de las muchas importaciones que se realizan, pero sabe que un 19% de aumento sería brutal contra la canasta familiar.

Mi prima me escribió lo siguiente: “Buenas noches, una preguntita: ¿usted cree aconsejable salir el 28? Pregunto eso por el tema del Covid, porque para protestar hay motivos de sobra... con la familia queremos ir a la marcha”.

Y, entonces, aparece el dilema: Por un lado, yo no quiero que Patricia, mi tío Luis Eduardo o algún otro miembro de la familia se enfermen; sé que ellos no tienen medicina prepagada ni plata para medicamentos. Pero, por otro lado, sé que tienen que buscarse en el día a día la supervivencia, así que sería injusto pedirles que se queden en la casa encerrados esperando una renta básica digna que, por cómo van marchando las cosas, no llegará.

Decirles que se queden en casa ante la protesta, pero aceptar que salgan todos los días a buscarse para la sopa es una contradicción.

Mi prima no suele participar en manifestaciones ni en organizaciones sociales, pero este Gobierno es tan criminal que ha logrado afectar de manera evidente a gente muy sencilla en su cotidianidad. No sé por quién habrá votado ella, ni se lo voy a preguntar: así haya votado en blanco o por Duque, como ciudadana tiene todo el derecho de salir a protestar frente a una reforma que no va a dejar huevo sin impuesto ni títere con cabeza.

El dilema está mal planteado: no es marchar o quedarse en casa, porque eso significa que no hemos entendido a lo que nos invitan. El llamado es al paro y a la protesta; y hay muchas formas de protestar.

Otras cosas para hacer en el paro

Toca calentar motores: banderas rojas y letreros contra la reforma tributaria, aclaraciones en los grupos de WhatsApp, charlas con vecinos y sobre todo, sentido de realidad. También podemos hacer reuniones virtuales para discutir la reforma tributaria y enseñar a los descreídos lo que está planeando el Gobierno.

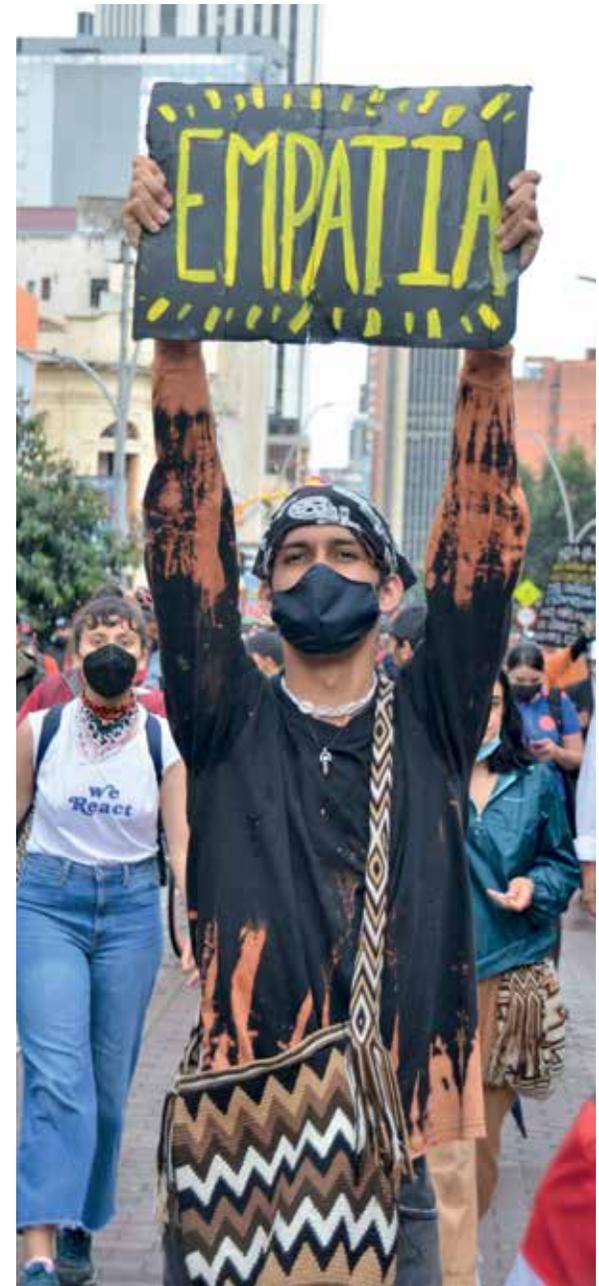
La izquierda no puede portarse como la iglesia del medievo que en mitad de epidemia de peste negra convocaba a la gente a la misa y en ella terminaba generando un contagio en masa. Más allá de las razones para la misa, para la marcha

o para cualquier actividad, la realidad biológica es terca y está ahí. Pero no ir a misa no significa dejar de rezar; es decir, el paro no es solo la marcha.

Las personas pueden organizarse, especialmente los más vulnerables, para acompañar las movilizaciones desde sus ventanas con un cacerolazo, por ejemplo. Además de los cacerolazos, se pueden hacer plantones en diferentes puntos de las ciudades.

No es una marcha, sino un paro nacional. En ese escenario, un grupo de vecinos se puede ubicar acompañando al personal de salud cerca de los hospitales, o ubicarse incluso cerca de las funerarias para denunciar la idea de Duque de pagar IVA para vivir y también pagar IVA para morir.

Están, además, las redes sociales para volver tendencia nuestras expresiones de protesta, ya sea desde un balcón, desde la calle o desde un parque. Podemos usar estos espacios virtuales para recordarles a los ponentes de la reforma tributaria que sabemos quiénes son y que no vamos a votar por ellos, para hacer tendencia nuestros reclamos y que los medios nos tengan que mencionar. Ese día debemos dejar de sintonizar esos medios de comunicación que aplauden la reforma tributaria.



Los que tengan carro pueden salir a pitar como si hubiera ganado un partido de fútbol la selección Colombia, los que tengan que usar transporte público pueden salir a hablar como si estuvieran vendiendo dulces en el transporte público y explicar de qué se trata la protesta, los que no tengan ánimo para decir una sola palabra pueden colgarse un letrero donde expresen su rechazo a la reforma tributaria.

Y si vamos a marchar...

Quienes entonces decidan ir a la marcha deben tener bioseguridad. Eso implica mantener la distancia física, lavado de manos, protección adecuada con mascarilla y visera, así como cualquier elemento que pueda servir para evitar contagiar o ser contagiado. Si asistimos, debemos ser 100% responsables de no contagiar precisamente a nuestros compañeros de lucha por un mejor país.

En la marcha debemos ser solidarios y, si es necesario, decirle a los compañeros, con todo cariño, que acomoden su tapabocas, que la nariz debe ir cubierta, si está cansado mejor que se retire o que

mantenga su distancia, no por descortesía, sino por amor. Podemos llevar un tapabocas de más para quien pueda necesitarlo, una careta de más si la tenemos, gel y alcohol para compartir. Es importante protegernos entre todos y todas.

Sería ideal también que las organizaciones convocantes establecieran puestos de higiene a lo largo de la marcha y de los sitios de la movilización para aumentar la bioseguridad. Y no olvidemos que casi el 90 % de las muertes por Covid corresponde a personas de estratos 1, 2 y 3. No podemos seguir poniendo muertos por el virus, pero tampoco por el modelo económico que ahonda la reforma tributaria.

La marcha per se no busca solo un objetivo inmediato, busca también un despertar de las personas y de la sociedad. Entonces, quienes quieran ir a la marcha pueden hacerlo sí y solo sí tienen los cuidados pertinentes. Tampoco podemos caer en la doble moral de decir que ciertas actividades al aire libre, como el deporte o hacer mercado (o salir a producir para otros), están bien;

pero salir a marchar es inminentemente un foco de contagio, con lo que se negaría que las medidas de protección puedan funcionar.

Hacer un paro nacional va más allá de una sola marcha: puede haber cientos de marchas en esas pequeñas ciudades dentro de cada ciudad. Cada una de estas zonas tiene su propia dinámica, por eso, podemos pensar que protestar no es necesariamente esa procesión (espero no se ofendan) que hacemos desde el Planetario hasta la Plaza de Bolívar.

El país entero está a nuestra disposición y la imaginación no tiene límite desde cacerolazos, plantones, música, pancartas, pancartas en las ventanas, vuvuzelas; de muchas formas podemos contribuir con la protesta.

El paro nacional sigue del 28 de abril en adelante. Tenemos que ser ingeniosos como la pandemia nos lo exige, pero no ingenuos como quieren los negacionistas de la ciencia. Tenemos que hablarle al país para que entienda que la protesta no es una marcha, que la indignación no es de un día y que la lucha es larga.



CARTA DESDE COLOMBIA

2 de mayo de 2021

Llevo tiempo sin escribirte, pero necesito un favor urgente: que te enteres de lo que está pasando en mi país, Colombia, y que le cuentes a tus vecinos. No sé para qué pueda servir, pero, por favor, hazlo. Es sobre el paro nacional.

Aquí, en este lado del mar, todos los números malos se han disparado. Hay 21 millones de pobres; la pandemia ha sido atendida de la peor manera; y la paz, esa que tú apoyaste, se encuentra herida de muerte: más de 270 de los firmantes han sido asesinados.

Los temas de ese acuerdo incumplido siguen siendo nuestro dolor de cada día: la política agraria, la falta de participación política, la violencia contra millones de personas, la ausencia de justicia social y el narcotráfico, que es por lo que más nos conocen allá afuera y lo que alimenta una clase corrupta que se mantiene en el poder.

Creo que te acuerdas, Colombia lleva décadas de guerra, es uno de los conflictos armados más largo del mundo. Aquí han matado mucha gente, cientos de miles, además han desplazado a varios millones y hasta han asesinado a civiles para hacerlos pasar por guerrilleros, de estos últimos hubo por lo menos 6.402 durante el Gobierno de Uribe ¡6.402!

Los números más moderados hablan de más de 85 mil desaparecidos; es decir, si sumáramos las más crueles



dictaduras de Chile, Uruguay, Brasil y Argentina les ganaríamos en número y en nivel de sevicia.

La pandemia no sirvió para unirnos. Aquí, como en otras partes, los ricos son más ricos y los pobres son más pobres. El sistema de salud no puede ofrecer justicia porque su lógica es la del mercado.

Imagínate que en noviembre de 2019 salimos a la calle contra el Gobierno actual y quedaron al menos tres muertos, cientos de heridos y mucho dolor, pero nos despertamos como país. El optimismo, los cacerolazos, la creatividad, la música, la protesta, nos llevaron a realizar entonces un paro nacional para decirle NO MÁS a un Gobierno que establecía más medidas económicas contra los pobres.

Que yo recuerde, nunca en Colombia habíamos hecho un cacerolazo nacional, ni una protesta con tanta gente saliendo a las calles, pero luego vinieron las navidades, un compás de espera y finalmente llegó la Covid-19.

Desde 2019: de paro en paro

La pandemia mostró lo peor del Gobierno: abusos policiales, falta de ayudas económicas para la gente pobre, priorización de apoyo a los bancos, trabas para acceder a los servicios de salud y una gran cantidad de dolores en los barrios más pobres de muchas ciudades. La gente empezó a sacar trapos rojos a sus ventanas, para indicar que ya estaba sin alimentos y, en medio de semejante drama, la Policía mató a golpes a un abogado en Bogotá. Este suceso sirvió como detonante de un estallido social.



Te cuento que entre el 9 y 10 de septiembre de 2020, la gente quemó docenas de estaciones de Policía (que aquí llamamos CAI) y no fue en un plan de vandalismo ni una acción de guerrilla urbana. Era la gente cansada de abusos, maltratos e irrespetos por parte de la Policía, que a su vez simbolizan los abusos, maltratos e irrespetos de las elites para con la gente pobre. En esos hechos hubo 13 muertos y más de 400 heridos. Ahora, el pasado 28 de abril de 2021, volvimos a las calles porque el Gobierno ha tratado de meternos una tercera reforma tributaria, con el fin de seguirnos exprimiendo, quitando a los más pobres lo poco que tienen con la excusa de la pandemia y sin tocar a los que tienen casi todo. Pero la gente no fue escuchada, sino reventada, golpeada, ultrajada y violada.

Cada momento, me llegan videos donde policías sin ninguna justificación disparan contra civiles, arremeten contra ellos o los detienen arbitrariamente. Como si fuera poco, este Gobierno corrupto ha decidido gastar 14 billones en aviones de guerra.

Aquí tenemos algunas instituciones del Ministerio Público para controlar al Gobierno, como la Procuraduría, la Contraloría y la Defensoría. Pero estas instituciones, igual que la Fiscalía, están en manos de los amigos del presidente y no hay esperanza de que actúen de manera justa.

Es decir, para no aburrirte de más, esto es la suma de una política clientelar de unas elites que se alimentan de grupos paramilitares y mafiosos contra un pueblo que sufre una de las brechas sociales más grandes del mundo, tal como lo dicen los informes de economía. No hay un ápice de exageración al decir que hay una clara lucha de clases, pero como decía un multimillonario en Estados Unidos, la están ganando los ricos.

Y la guerra contra el pueblo sigue

Ahora, en este mismo momento en que te escribo, se oyen las sirenas en las calles, de las ambulancias, de los carros de

policías, las aspas de los helicópteros, los gritos en las calles, las cacerolas en las ventanas. No sé si logras imaginártelo, es como un golpe militar sin la fachada de un golpe.

Solo este año van 32 masacres a lo largo del país y durante los primeros dos años del Gobierno actual habían ya asesinado 573 líderes sociales y defensores de derechos humanos.

En Pasto, por ejemplo, convirtieron un centro deportivo en uno de detención. Hay por lo menos una mujer que habría sido violada por la Policía y numerosos casos de gente que ha perdido sus ojos por culpa de la Policía, de heridos a bala y un sinnúmero de personas que no aparecen.

Aquí estamos solos, la comunidad internacional, como el Grupo de Lima que tanto le preocupa lo que pasa en Venezuela, no ha dicho nada sobre lo que está sucediendo en Colombia y tampoco lo va a decir. Estados Unidos que se cree el guardián de la democracia del mundo también ha guardado silencio y Joe Biden, que para muchos ingenuos era la esperanza, no se pronuncia.

La Unión Europea y otros que ayudaron a la firma del Acuerdo de Paz hoy se ven limitados en sus llamados a la implementación, y se quedan cortos en comparación a lo que sucede.

Te confieso que yo no sé qué va a pasar mañana, es posible que todo vuelva a la calma como ocurrió en noviembre de 2019 y en septiembre de 2020 o que las cosas sigan creciendo. Ya los camioneros del país han decidido bloquear carreteras, los indígenas marchan hacia Cali y parece que el país estuviera a punto de estallar.

Es posible que este Gobierno se invente un autogolpe para reciclarse y quedarse en el poder muchos más años. Es posible que los militares intenten alguna maniobra, aunque aquí no hay tradición militarista golpista. Es posible que las mismas elites quemén el cartucho de Duque y se presenten a sí

mismos como salvadores de lo que han causado. El Gobierno recién decidió sacar el Ejército a la calle. Cada día Uribe y Duque dan un paso más para incendiar el país y luego, cínicamente, presentarse como la salvación. Muchos ya pensamos que la reforma tributaria pasó a un segundo plano, lo que hay que discutir ya es para dónde va el país, y no simplemente volver como si nada al día anterior a cuando empezaron las protestas. Pero cualquier decisión que se tome no puede des-

conocer las reformas, los abusos policiales, la inequidad social, ni sobre todo los muertos y heridos que van sumando. No se trata de llamar a la calma para que todo quede como antes, eso sería una terrible traición. Se trata de convocar al país para que haya un cambio, si no es ahora, no lo será en décadas. Es posible que tú o tus vecinos al saber todo esto, nos puedan echar una mano para que allá sepan porqué sigue nuestro paro nacional. Te envío un fuerte abrazo.





MITOS SOBRE LA PROTESTA EN COLOMBIA

5 de mayo de 2021

¿Qué pasa en Colombia en medio de la protesta? ¿Hay protesta en Colombia? ¿Dónde queda Colombia? La pregunta depende de la cercanía. Pero hay algunos que estamos muy cercanos geográficamente, pero muy lejanos políticamente. Esta es una lista incompleta de mitos, hecha para ayudar a entender lo que se dice en torno al paro nacional que inició el 28 de abril.

1. El mensaje de que la reforma tributaria ya fue retirada y, por tanto, el paro debe finalizar. Esto en el fondo es un reconocimiento implícito a la injusticia de la reforma y a la capacidad de la calle, pero una trampa porque a la sociedad colombiana ahora mismo no solo le duele la reforma tributaria, sino las otras reformas en curso como las de la salud, la laboral y la de pensiones.

2. Se trata de vandalismo. Siguiendo el mensaje en Twitter del expresidente Álvaro Uribe Vélez, los manifestantes son vándalos y los vándalos son terroristas. Según esta lógica, el vandalismo incluye un gran número de acciones, desde bloquear una calle hasta arrojar piedras; es decir, toda forma de protesta podría ser vandalismo.

Esto permite justificar la represión, pero, además, ofrece un nicho ideal para los timoratos y los oportunistas: decir que toda violencia es igual, sacar de contexto las protestas en Colombia y llamar a la calma, sin asumir prácticamente ninguna postura.

3. El discurso de que los militares están en las calles para “preservar el orden público”, aunque hay denuncias de ataques a civiles incluyendo fusilería y helicópteros. Los militares aquí están formados para la guerra y como tal se están portando en Cali.

4. La acción de las fuerzas militares se exalta como una guerra contra “terroristas infiltrados”. Esto se acompaña de dos mensajes: que las Fuerzas Armadas actúan en estricto respeto de los derechos humanos y que las violaciones que se muestren son casos aislados, las “manzanas podridas”.

Se niega así la sistematicidad en la violencia contra los civiles. Como dice el Centro Democrático en su reciente comunicado: “Se trata de un macabro plan de la izquierda radical y criminal, financiada por el narcotráfico para desestabilizar la democracia colombiana”.



5. Desde hace décadas es un lugar común decir que una protesta que no “altera el orden público” ha sido un fracaso, pero si esa misma protesta genera alteraciones, entonces, estamos frente a una infiltración de grupos terroristas. Se cuentan por cientos los acuerdos con las comunidades sistemáticamente incumplidos por el Estado, y luego se pasa a descalificar la rabia de la gente.

Es fácil desacreditar la protesta entrevistando algunos manifestantes y haciéndoles una pregunta muy técnica sobre, por ejemplo, la reforma a la salud. La indignación de la gente no puede medirse solo en argumentos académicos y tecnocráticos. Nadie sale a la calle, literalmente a hacerse matar de la policía, por puro placer.

6. El desabastecimiento. Es de esperar que si hay bloqueos en las carreteras, la afectación al transporte, por supuesto, disminuya el flujo de alimentos. Pero el mito está en inventarse un desabastecimiento inmediato y total con el fin de sembrar pánico y lograr que un sector de la sociedad se oponga a las manifestaciones.



7. El Gobierno insiste en una reforma tributaria. Bastaría aplicar controles a la evasión y a la corrupción para obtener recursos cuatro veces equivalentes a los que se proponen; dejar de comprar aviones de guerra y de favorecer a los bancos y empresas privadas como la Aerolínea Avianca, también sería útil. Una reforma significa un cambio, pero lo que hay sobre la mesa son propuestas para ahondar en lo mismo. Tratan de sembrar el pánico sugiriendo que estamos al borde de la banca rota al mismo tiempo que se sigue despilfarrando dinero, por ejemplo, aumentando la burocracia en la Procuraduría.

8. Es usual encontrar en los medios de comunicación balances detallados de las pérdidas causadas por las protestas. Pero estas pérdidas son ínfimamente menores si se comparan con los escándalos de corrupción del país o con los impuestos que los ricos dejan de pagar. Escándalos como los de Hidroituango y Odebrecht pasan desapercibidos.

9. Una característica de la ley 100 de 1993 es la cantidad de palabras pomposas con que envuelven, como si se tratara de un dulce envenenado, la privatización. Eso es parte de la cotidianidad leguleya colombiana, por ejemplo, la reforma tributaria se presentó con el nombre de Ley de Solidaridad Sostenible.

Parte del manejo mediático está en hacer énfasis en discursos grandilocuentes, sin mencionar, deliberadamente, la letra pequeña en la que está el diablo. El Centro Democrático en su reciente comunicado llama a la austeridad, a la lucha contra la pobreza y a que los ricos paguen más impuestos. En fin, la hipocresía.

10. Nos bombardean con mensajes de que la riqueza la producen los empresarios y, por eso, el Gobierno debe darle un trato especial en materia de impuestos y de ayudas. Se les olvida una premisa sencilla: la riqueza la produce el trabajador. En el mismo sentido, nos hacen creer que los empresarios invierten

todas sus ganancias en Colombia, cuando muchos tienen su dinero en paraísos fiscales, y tratan de vendernos la idea de que esos empresarios, que dicen producen riquezas y que dicen reinvierten todo su capital en Colombia, pagan unos salarios justos.

11. La gente no sabe de reformas y protesta desde la ignorancia. Los embelecados y discursos de la tecnocracia buscan negar la realidad. Recuerda cuando al exministro de Salud Alejandro Gaviria se le exigía que garantizara la atención básica en salud y contestó que todos los enfermos querían comer langosta. Como la gente no sabe, pide disparates.

12. Trata de imponerse una forma de protestar que sea por el andén, los domingos en la mañana, sin levantar la voz, en una especie de procesión de Semana Santa que no incomode a nadie. Por eso, la estúpida propuesta de crear “protestódromos”, como una especie de parque de diversión, donde la gente juegue a las manifestaciones (propuesta que hizo el actual ministro de Defensa). Esto se acompaña de presentar la protesta como una causa y no como una consecuencia.

Hay un sobredimensionamiento de la protesta virtual; las redes sociales son un espacio importante, pero no son las calles; los muertos son reales. El triunfo ha sido de las manifestaciones, fundamentalmente, y no de las etiquetas en redes sociales.

13. Relacionar temas altamente sensibles con las protestas. Por ejemplo, se subraya la demora que producen en el personal de salud para llegar a sus sitios de trabajo, pero no se menciona que la policía habría usado uniformes de la Cruz Roja para detener personas en Pasto, allanado hospitales en Popayán y herido personal médico en Cali.

14. Tratar de achacar a las marchas todos los nuevos contagios de Covid-19. Lo cierto es que la curva ascendente empezó mucho antes del primer día de protesta, que el riesgo de



contagio es mayor en el transporte masivo y que la represión policial puede ocasionar más contagios que las marchas. Las marchas no causan heridos que necesiten cuidados intensivos, pero la represión sí.

15. El uso de un lenguaje edulcorado que no dice nada, como: confusos hechos, materia de investigación, respeto al derecho de la protesta, investigación exhaustiva, según fuentes confidenciales y muchas otras. Todas estas frases elaboradas buscan desviar los debates, poner en duda lo evidente o justificar discursos oficiales.

16. La machacona comparación con Venezuela. Si bien son ciertos los mensajes en las redes sociales del presidente y la vicepresidenta de Colombia que pusieron en el pasado sobre Venezuela y que ahora se les devuelven; la comparación entre ambos países no deja de ser un simplismo reduccionista y una asociación laxa. Venezuela no puede servir de estigma ni de consuelo y mucho menos cuando no se tiene un conocimiento serio sobre los dos países.

17. El oportunismo político. Una protesta es, en esencia, un acto político y es esperable que haya fuerzas política a favor o en contra. Pero la identidad de una fuerza política con el paro no puede llevarnos a decir, automáticamente, que el paro le pertenece a un partido determinado.

Si un partido guarda silencio se le acusa fácilmente de estar a espaldas de la lucha, pero si se expresa también fácilmente se le puede acusar de ser oportunista e instigador. Esto es lo que se dice de, por ejemplo, Colombia Humana, tratando de responsabilizar a Gustavo Petro de las protestas. Claro que hay oportunismos, la pregunta es si ese partido se pone al servicio de la calle o si trata de poner la calle al servicio de su agenda partidaria.

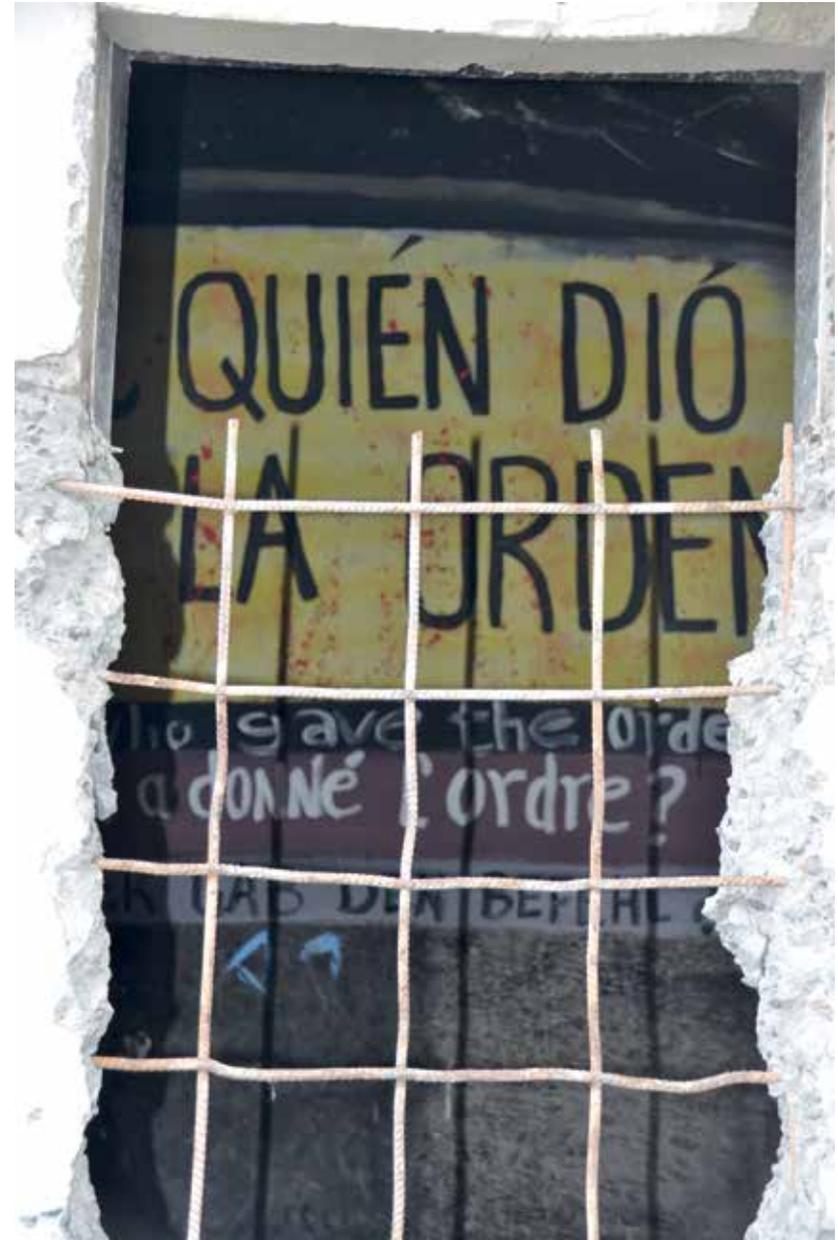


18. Protestar no sirve para nada. La corrección política, el discurso de las múltiples verdades y la narrativa posmoderna en la que todo es válido, nos empuja cada vez más a querer negar las contradicciones y a creer que los conflictos se dan por cosas simbólicas que se resuelven con abrazos. Sergio Fajardo decía antes del 28 de abril que “no era el momento para grandes manifestaciones”.

Posar de neutral frente a una injusticia, como decía Desmond Tutu, es ponerse del lado del victimario. Ahora, el retiro del proyecto de la reforma tributaria y la renuncia del ministro de Hacienda fue el resultado directo de las movilizaciones que muchos criticaban, que otros matizaban y al comienzo pocos apoyaban. Vale mencionar entre esos oportunistas a los que querían convertir un debate ético en un debate estético.

Comentario de Mandela: “Empecé a sospechar que las protestas legales y extra-constitucionales pronto serían imposibles. En India, Gandhi había estado tratando con una potencia extranjera que en última instancia, era más realista que con visión de futuro. Ese no fue el caso de los afrikaners en Sudáfrica. La resistencia no violenta pasiva es eficaz siempre que su oposición se adhiere a las mismas reglas que usted tiene. Pero si la protesta pacífica se enfrenta con la violencia, su eficacia termina. Para mí, la no violencia no era un principio moral sino una estrategia, no hay bondad moral en el uso de un arma ineficaz”.

Comentario de Martin Luther King: “No alcanza con que me pare delante suyo esta noche y condene los disturbios. Sería moralmente irresponsable que haga eso sin que, al mismo tiempo, condene las condiciones intolerables y eventuales que existen en nuestra sociedad. Estas condiciones son las que hacen que las personas sientan que no tienen otra alternativa que participar en rebeliones violentas para llamar la atención. Y debo decir esta noche que los disturbios son el lenguaje de los que no son escuchados”.





DE LA PAZ CON LEGALIDAD A LA PROTESTA CON FORMALIDAD

6 de mayo de 2021

Hace varios años, un grupo de campesinos productores de cebollas colombianos, muy preocupado por la importación de productos agrícolas derivada de los tratados de libre comercio, decidió protestar; así mismo nació este paro nacional.

Empezaron con reuniones, llamados a la prensa, comunicados a las autoridades, denuncias ante la comunidad e indignación, mucha indignación. Todas esas reuniones y declaraciones y denuncias, no sirvieron para mucho. Algunos, como buenos católicos, incluían sus demandas en las oraciones. Otros, como buenos izquierdistas, ponen las cebollas en el marco del neoliberalismo actual.

Al final, pasaron de la indignación a la protesta y, cansados del fracaso de las formalidades, regaron miles y miles de cebollas para bloquear las carreteras. La prensa dijo que se trataba de actos vandálicos; el Estado, que esa no era la forma; y la policía se le fue encima.

Todos hemos oído de las teorías de Gandhi y, en estos debates, no falta quien nos recuerde la frase cristiana de poner la otra mejilla. Claro, no es un debate de citas ni de autores, pero vale la pena en este momento recordar a Nelson Mandela, quien dicho sea de paso es presentado entre neófitos como un pacifista, olvidando que compró armas, organizó milicias y realizó atentados.





Como estamos en un país de susceptibles, paranoicos y de miembros de una generación de cristal (que creo ya no son los jóvenes sino un poco de adultos asustados), aclaro que mi comentario anterior es para desmentir el pacifismo ingenuo, no es una invitación a la guerra.

Volvamos a las cebollas, ¿podríamos decirle a un campesino, que ha producido honradamente una cosecha, que confía en que hay un mercado para sus productos, que sin duda paga impuestos a las buenas o las malas, simplemente que la “protesta sí, pero el bloqueo no”? El problema no es el de encontrar una forma estética, armónica, políticamente correcta y ordenada de protestar; sino que el debate es, como sugiere Mandela, ético en términos de la eficacia de los medios. Da un poco de pereza, pero mi frase anterior no quiere decir, de ninguna manera, que el fin justifica los medios.

El libreto se repite

El paro de 2019 estuvo plagado de rituales ya conocidos: santanizar marchas pacíficas, infiltrar policías de civil para hacer actos violentos (lo observé directamente), construir un enemigo externo que amenace la patria (los venezolanos castrochavistas se estaban metiendo a los conjuntos residenciales), plantear que hacer un grafiti es tan grave como disparar un arma, continuar en el Congreso con la aprobación de reformas a pesar de la crítica en la calle, hacer componendas para ganar favores políticos y un largo etcétera.

En las protestas 2021, el Gobierno y los grandes medios de comunicación mostraron estrategias similares. Los manifestantes se convirtieron en “vándalos” y estos a su vez en terroristas contra los que, entonces, se podía usar fuego real, armas largas y helicópteros. Volvieron las teorías de la conspiración: el ELN y de las disidencias de las FARC estaban detrás de la protesta, como si mi vecina necesitara de la guerrilla para darse



cuenta de que el salario alcanza menos que antes. Los medios de comunicación mostraron y cuantificaron las consecuencias de la protesta, al tiempo que evitaban sistemáticamente hablar de las causas de estas, de los costos de la corrupción, del gasto militar o del sueldo de los congresistas.

Ahora también vemos civiles armados a plena luz del día, hombro a hombro con la fuerza pública, disparando contra ciudadanos (vale anotar, para los puristas del lenguaje, que los indígenas también son ciudadanos).

Nos dicen que hay un desabastecimiento potencial en las grandes ciudades que busca deslegitimar la protesta. Nadie busca un desabastecimiento, ese no es el objetivo del paro, pero sí es la consecuencia inevitable de un Gobierno que no quiere negociar. Incluso (esta afirmación es una descripción de lo visto y nada más que eso), algunos almacenes de cadena han restringido el surtido de sus estanterías aumentando la incertidumbre social sin que, aparentemente, haya una razón de fondo.

De la indignación a la protesta por el andén

Esquemáticamente (ahora dirán que estoy haciendo una caricatura) hay dos formas de protesta. La primera es la que se hace a través de las redes sociales, vía tutela, marchas del silencio, y sin incomodar a la sociedad. Claro que reconozco las redes sociales y las acciones jurídicas, así como las cosas simbólicas que no implican necesariamente un grito.

Mi problema con esta primera forma de protesta es el tufo que tiene a procesión de Semana Santa, a marcha por el andén los domingos de 9 a 10 de la mañana. Es como invitar a un cacerolazo sin ruido o una manifestación que no produzca el más mínimo bloqueo, es decir, como crear, únicos mecanismos de protesta, un grupo de Facebook de productores de cebollas y hacer una tuitera por la defensa del derecho a la cebolla.

La segunda forma de protesta es la que le funcionó a los cebolleros años atrás, a las comunidades negras de Buenaventura y Tumaco, a los estudiantes en 2011 para tumbar la reforma educativa, a las marchas de 2021 para tumbar el proyecto de Reforma Tributaria y sacar a un ministro, al profesorado para conseguir mejoras laborales, y a la minga indígena para mostrar su dignidad.

Ya sé que en un país clasista, racista, machista, centralista, autoritario y con brote de paramilitarismo creciente, es difícil decir algo sin que surja el que demanda de manera categórica un comportamiento políticamente correcto. Pero, desafortunadamente para los ingenuos, la historia muestra que Mandela tenía razón: “no hay bondad moral en el uso de un arma ineficaz”.

No fueron marchas por el andén las que obligaron a que Israel se sentara a negociar con los palestinos a comienzos de los años 90; ni tampoco las que tumbaron los gobierno de Túnez, Libia, Yemen y Egipto durante las revueltas árabes (lo que

pasó después es otra discusión que también podemos dar); ni los birmanos ni los chalecos amarillos ni los chilenos bloquean las calles simplemente porque sean unos insensatos que no respetan los derechos de los otros.

En el caso colombiano, se habla de ataques a la misión médica, pero lo que he visto en las marchas es un gran respeto por el paso de ambulancias, mientras algunos guardan silencio sobre la violencia deliberada por parte de la policía contra el sector salud en, por lo menos, Popayán, Cali y Medellín.

Mirando hacia el pasado

Con un interlocutor que me hable de la “legítima autodefensa de los ciudadanos de bien” no es posible “interlocutar”. Con el fanatismo paramilitar es (casi) imposible el diálogo como lo es con otros fanáticos, con los fascistas y los sionistas. Pero es más grave aún cuando es imposible el diálogo con el Estado.

La policía colombiana está profundamente militarizada (ya sé que la Constitución dice que es un ente civil, pero la realidad dice otra cosa): usa armas largas, participa de operaciones contraguerrilleras, destruye y fumiga cultivos de uso ilícito, su doctrina está basada en la seguridad nacional y el enemigo interno, tiene una larga historia de abusos de todo tipo y se “justifica” diciendo que reciben cursos de derechos humanos.

Es sobre esa indignación real, contra ese Estado sordo, frente a esa policía militarizada, ante ese fracaso de formas políticamente correctas de protestas, en el marco de una innegable y sistemática impunidad, que la gente sale a la calle a protestar. Así salimos el 28 de abril y hemos seguido saliendo por 19 días.

Si a esto le sumamos las decenas de muertos, los más de mil heridos, los casos de violencia sexual, torturas y los muchos desaparecidos, ¿tendríamos la superioridad moral para decir: “la violencia solo genera violencia”? La forma de protesta no la



determina únicamente quien protesta, sino también la forma en la que se reprime. En los más de 10 puntos que visité en las marchas del 12 de mayo no hubo disturbios y, curiosamente, tampoco hubo policías. Pero cuando cayó la noche, que llegaron los policías, empezó el caos.

La protesta no es el fruto de una decisión racional meditada sobre un algoritmo o la revisión de la tabla periódica, sino que es, ante todo, un grito desesperado como último recurso ante la sistemática burla y humillación de los supuestos canales democráticos para resolver conflictos. Y, claro, esa indignación no puede aflorar dentro de los cánones de urbanidad de Carreño, máxime cuando los que protestan son al mismo tiempo espectadores directos de la brutalidad policial.

La defensa de la institucionalidad

La rabia contenida es contra el Estado y eso no se resuelve ni con abrazitos ni con palmaditas en la espalda. El policía no es el enemigo, pero es el que se atraviesa para resguardar “la institucionalidad”, la misma que humilló a los cultivadores de cebolla, que ha perpetuado un desabastecimiento de medicinas en Chocó y de comida en La Guajira, que quiere presentar como favores los que son sus deberes, que firmó tratados de libre comercio que afectan el campo y que aho-

ra aboga por el libre paso de alimentos, la misma que no quiere entender que bastaría negociar en serio (como nunca lo ha hecho) y con ello garantizar el cese de los bloqueos.

No voy a pedir a una sociedad indignada que sea políticamente correcta, como si estuviera tomando el té en el Palacio de

Buckingham, mientras la policía mata, la prensa miente y el Gobierno roba. Afortunadamente, la calle no depende hoy de lo que digan los chats de intelectuales, los académicos y algunos oportunistas de centro y de izquierda. Saludo a personas de estos grupos que están en la calle, del lado de la gente.



LA MISIÓN MÉDICA: PROTEGER A QUIENES NOS PROTEGEN

*Parte de mi informe ante la CIDH,
14 de junio de 2021*

Dice la Constitución Política que tenemos la obligación de “Obrar conforme al principio de solidaridad social, respondiendo con acciones humanitarias ante situaciones que pongan en peligro la vida o la salud de las personas”.

No existe en la historia reciente ningún evento en el país, mantenido en los días, más digno de esta obligación que el paro nacional.

Y lo observado, de manera directa, es la creación de servicios de salud, en medio de las diferentes actividades de protes-

ta, tanto por parte de personas profesionales en salud como de voluntarios. Por ejemplo, en Facatativá, a comienzos de mayo de 2021, hubo hasta siete puntos de atención de los heridos que dejara la acción policial.

En Bogotá, un grupo mayoritariamente de enfermeras articuló equipos de salud móviles que acompañaron tanto las marchas como los sitios de protesta, por ejemplo, en el portal de Transmilenio rebautizado como el “Portal de la Resistencia”; esa propuesta se llama Red Popular de Primeros Auxilios.

En Cali, hubo instalación de puestos fijos de salud en sitios como “Puerto Maderas” y “Puerto Resistencia”. Una de las organizaciones es la Brigada Estudiantil de Salud de la Universidad del Valle. Y en Medellín, con el apoyo de varios docentes universitarios del área de la salud, se constituyó el llamado Bloque Popular de Salud (BPS).

Ataques al sector salud

Esta es una lista de los ataques que se han registrado durante el paro contra lo que se considera Misión Médica.

-Infracciones a la vida y a la libertad personal: Ataques con armas de fuego y armas para el control de disturbios contra el personal de salud. Hay reportes de disparos al personal de salud (Medellín y Bogotá), así como de oferta de dinero por asesinato de miembros de la Misión Médica (Cali).

En el caso de Facatativá, hubo el reporte por parte de abogados de la captura y judicialización de personas que llegaron heridas a los hospitales. El 13 de mayo hubo ataques de la Policía y de cuerpos de seguridad privada contra personal de salud (Barranquilla) donde “sin medir palabras arremetieron contra nosotros a pesar de que nos identificamos”. Esa persecución de heridos fue reportada por una Representante a la Cámara.



-Infracciones a la infraestructura: Se ha observado impactos de bala en la sede de Misión Médica de Puerto Resistencia (en Cali), ataques indiscriminados a los sitios de protesta (Medellín).

Hay reportes de ingreso a instalaciones sanitarias (Popayán), ataques con gases lacrimógenos a ambulancias, decomiso de medicamentos y donaciones médicas a civiles (Cali); el 13 de mayo hubo ataques por parte de la Policía a puestos de salud (Buga); así como lanzamiento de gases a un hospital (Popayán).

-Infracciones contra las acciones de la Misión Médica: Hay quejas generalizadas sobre dificultades impuestas por la Fuerza Pública para acceder a las personas heridas en el marco de las protestas, registro abusivo de material médico (Medellín).

Se ha reportado también presiones en farmacias que hayan vendido materiales médicos a grupos de Misión Médica (Yumbo), ingreso de policías a una farmacia donde se atendían heridos durante las manifestaciones (Pasto), y obstrucción al paso de ambulancias por parte de la Policía (Bogotá).

-Actos de perfidia: Hay reportes directos del transporte de equipos de la Policía Nacional en la vía entre los municipios de Pereira y Cartago. Este incidente,

además de estar registrado en video, me fue confirmado por el personal de salud de la región. Posterior a este hecho, conocido por los manifestantes, se produce una nueva infracción al forzar la revisión de ambulancias en los sitios de bloqueo, lo que entorpece el traslado de pacientes. Hay reportes sin confirmar sobre el uso de uniformes de la Cruz Roja para detener personas en medio de la protesta (Pasto).

-Infracciones al secreto profesional: Acceso ilegal a registros médicos, lo que es un delito según el Código Penal colombiano; además de presiones al personal sanitario para que reporte heridos. La Policía entró pidiendo datos de heridos en instituciones de salud (Popayán).

Los bloqueos y el paso de ambulancias

Es cierto que los bloqueos de vías han generado un impacto en el transporte de ambulancias, pero ese impacto ha sido la excepción y no la regla.

Lo comprobado en marchas, sitios de bloqueo y sitios de protesta, es el respeto al paso de ambulancias y al personal de salud. El Comité Nacional de Paro ha promovido de manera constante y explícita la apertura de corredores humanitarios en sus comunicados. Incluso, durante la primera semana del paro, se habilitaron

60 corredores humanitarios en 17 departamentos, con el fin de permitir el paso de comunidades, personal médico y de heridos, así como el transporte de oxígeno, alimentos, medicinas y combustibles. Es cierto que, como en el caso ya mencionado de Pereira y en otro caso registrado en Bogotá, hubo ataques directos a ambulancias, pero (sin querer justificarlos) vale anotar que en ambos casos se habría registrado un uso indebido de dichas ambulancias antes del ataque; es decir, que debe ponerse esto en el contexto de un posible caso de perfidia como detonante.

En otras ocasiones, se ha reportado obstrucción por parte de la Policía para el acceso de las ambulancias a atender heridos, como fue el caso de la atención de un periodista herido por un arma corto-punzante por parte de la Policía (Bogotá). El caso más publicitado ocurrió en La Delfina, vía entre Buenaventura y Cali, donde una menor que estaba siendo transportada hacia un hospital perdió la vida. La ambulancia fue atacada con piedras así como por gases lacrimógenos. Según un senador, “la ambulancia en La Delfina no pudo pasar por obra de los gases lacrimógenos y explosivos que les lanzaron cuando hubo cordón humanitario. Lo cual repetiría un patrón policial contra el paro”.

El afán de confundir

Esa Misión Médica atacada ha sido fundamentalmente la que nace de la propia población bajo un impulso de solidaridad. Incluye tareas permanentes, como las que se hacen en los hospitales, pero también temporales, como las que se ofrecen por unas horas en las calles.

La primera decisión para proteger a la gente es hablar desde el principio de humanidad y desde el deber constitucional de solidaridad. Así se deben entender los esfuerzos de la sociedad para proteger y curar a las personas afectadas en medio de la protesta. Cualquier otra lectura, si además es prejuiciosa, solo contribuye a la criminalización de la acción humanitaria.

Los problemas de salud son históricos y ampliamente documentados. Desviar al paro la responsabilidad de los problemas estructurales de acceso a la salud falta a la verdad.

Las dificultades de acceso a la salud se han visto agravadas durante la pandemia, al punto que la inmensa mayoría de personas que murieron por Covid, lo hicieron antes de llegar a un hospital. No es justa la manipulación que intenta cubrir problemas estructurales con bloqueos coyunturales.



LA AGRESIÓN POLICIAL Y PARAMILITAR



EL PARAMILITARISMO NOS ESTÁ MATANDO

10 de mayo de 2021

En Cali gente rica, con el apoyo de las Fuerzas Armadas, atacó gente pobre. Y esto no es una frase oportunista, sino parte de nuestra realidad plagada de paramilitarismo.

Ocurrió a plena luz del día, frente a las cámaras y con total impunidad. Por eso, vale la pena citar este tuit que es el resumen de lo que pasó ayer: “Los paracos, asesinos, se visten de blanco, con banderas blancas, camisetas blancas... Y se denominan ‘ciudadanos de bien’”.

Lo paraestatal puede entenderse de muchas maneras, pero la más general se refiere a aquello “que coopera con el Estado, pero no forma parte de su administración”. A veces se da en el terreno del monopolio de la fuerza, cuando el Estado la cede o la comparte con grupos de “particulares”.

Más allá de las estructuras organizadas que tristemente se hicieron famosas en los años 90, dirigidas por Carlos Castaño y que obedecían a mandos superiores a él, el paramilitarismo es también una forma de entender la política. Por eso, se habla de parapolítica, de paraeconomía y de otras paras.

Es curioso cómo el comportamiento paramilitar encaja perfectamente con la lógica neoliberal, donde el Estado se reduce a su mínima expresión y deja en manos del mercado (en ese caso de los civiles armados) la solución a los problemas.





Incluso a veces la misma Policía se porta como una institución paraestatal: cuando lleva dos armas, una oficial y otra no oficial en el otro lado del uniforme; o cuando aparecen unos policías uniformados que dan la cara y protegen a unos no uniformados que vandalizan. Esa combinación de formas de lucha de la derecha y de la extrema derecha es parte de la dinámica y de la historia del país. Ahora esas prácticas descaradamente saltan a un nivel superior y son representadas a plena luz del día por la Policía y el Ejército colombiano.

¿Podemos hablar de prensa paraestatal?

Algunos medios de comunicación se dedican, como en el caso de Ruanda, a alimentar el fuego. Podemos recordar a Ferdi-

nand Nahimana, director de la Radio Mil Colinas de Ruanda, quien, si bien no mató directamente a nadie, fue uno de los responsables de miles de muertos, tal como lo reconoció el Tribunal Internacional para ese país.

Hay un video que circula en las redes y en el que se dice: "Lucas, tú disparaste primero". Allí se acusa a Lucas de todos los inconvenientes que produce una protesta como si esta por definición no fuera precisamente la ruptura frente a un orden injusto. Y así se justifica plenamente el asesinato de un profesor, en un sitio de protesta, a sangre fría, con el argumento de que "tú disparaste primero". Esa lógica convierte a Lucas en combatiente porque "disparó primero", justifica que se le



ataque e invita a la impunidad total. Es más, glorifica a los asesinos. Según esa narrativa, gritar y llamar a una marcha es igual a un disparo y, por tanto, puede responderse con violencia asesina.

Parte de la narrativa también es convencer al país de que los indígenas por se son violentos, al igual que los pobres son perezosos y los jóvenes son vándalos; mientras que la “gente de bien” se arma para autodefenderse porque está a punto de colapsar. Una vez se tiene exacerbado el odio y la polarización, y se saca de contexto el paro nacional, entonces, se repite lo que dijo la canciller Claudia Blum: todo es por culpa del “terrorismo pequista”. Luego, se desatan las fuerzas paraestatales.

Así como el paro no es producto de la reforma tributaria sino de décadas de inequidad, tampoco las expresiones paraestatales son las de una comunidad que, angustiada en unos supuestos desabastecimientos, sale dolorosamente a buscar el pan de cada día. Estamos antes grupos coordinados que, como lo muestran los videos de Cali, mencionan tener miles de armas para hacerle frente a los “vándalos”.

Y, como en todas las crisis, aparecen los fenómenos del acaparamiento y desabastecimiento. Tres conocidos míos, por lo menos, me han reportado cómo en los últimos días iban a las grandes cadenas de mercado (como de D1 y ARA) y encontraban los estantes con muy pocas cosas, pero en las tiendas populares de esas mismas calles sí tenían bienes para la venta. Parece entonces que estamos ante un autodesabastecimiento decidido con el ánimo de que los discursos de que la paraeconomía funcionen para generar rechazo al paro.

Si, como recordaba Gustavo Petro, los mismos alemanes incendiaron el Bundesbank con el fin de justificar luego la arremetida, los neonazis criollos están dispuestos a incendiar el país para luego justificar la matanza.

La estupidez del paramilitarismo es atacar precisamente al mejor interlocutor político que tienen, el movimiento indígena, para contener una batalla campal entre ellos y grupos no articulados, pero llenos de indignación ante tanta inequidad.

¿Qué hacer?

Lo primero es no sentarse con Iván Duque hasta que pare la violencia, tanto la estatal como la paraestatal, sobre la que tiene mucho que decir. Debe condenarla y combatirla de una manera eficaz desde la Fuerza Pública.

Segundo, desconfiar de todos los que se presentan como dueños de la calle. La calle de hoy es diferente. Los jóvenes que están protestando no son solo estudiantes, también hay desempleados y trabajadores informales. Los que están en las calles no son solo los sindicatos, sino los barrios populares. Esos sectores no se incluyen cuando se hace la ecuación a la hora de decidir quién representa al paro en el diálogo con el Gobierno.

Tercero, no entrar en la ola de polarización que vivió Siria, donde este fenómeno se dio de manera muy acelerada e impidió responder de una forma organizada y con una agenda unificada.

Es necesario no repetir todas esas narrativas de la violencia buena y la violencia mala, de que los vándalos son igual de malos a los genocidas, ni sacar de contexto la violencia de los sectores populares y, sobre todo, dejar de querer resolver todo por un comunicado que además es motivo de pelea por la coma y el punto y coma.

Lo que se viene es una guerra de desgaste y de persecución, y en esa arremetida un Estado acorralado y unas élites asustadas son capaces de cualquier cosa. Si no logran desgastar el movimiento en las calles mediante la represión, o dividir los sectores que quieren negociar en la mesa, o atraer a alguno de



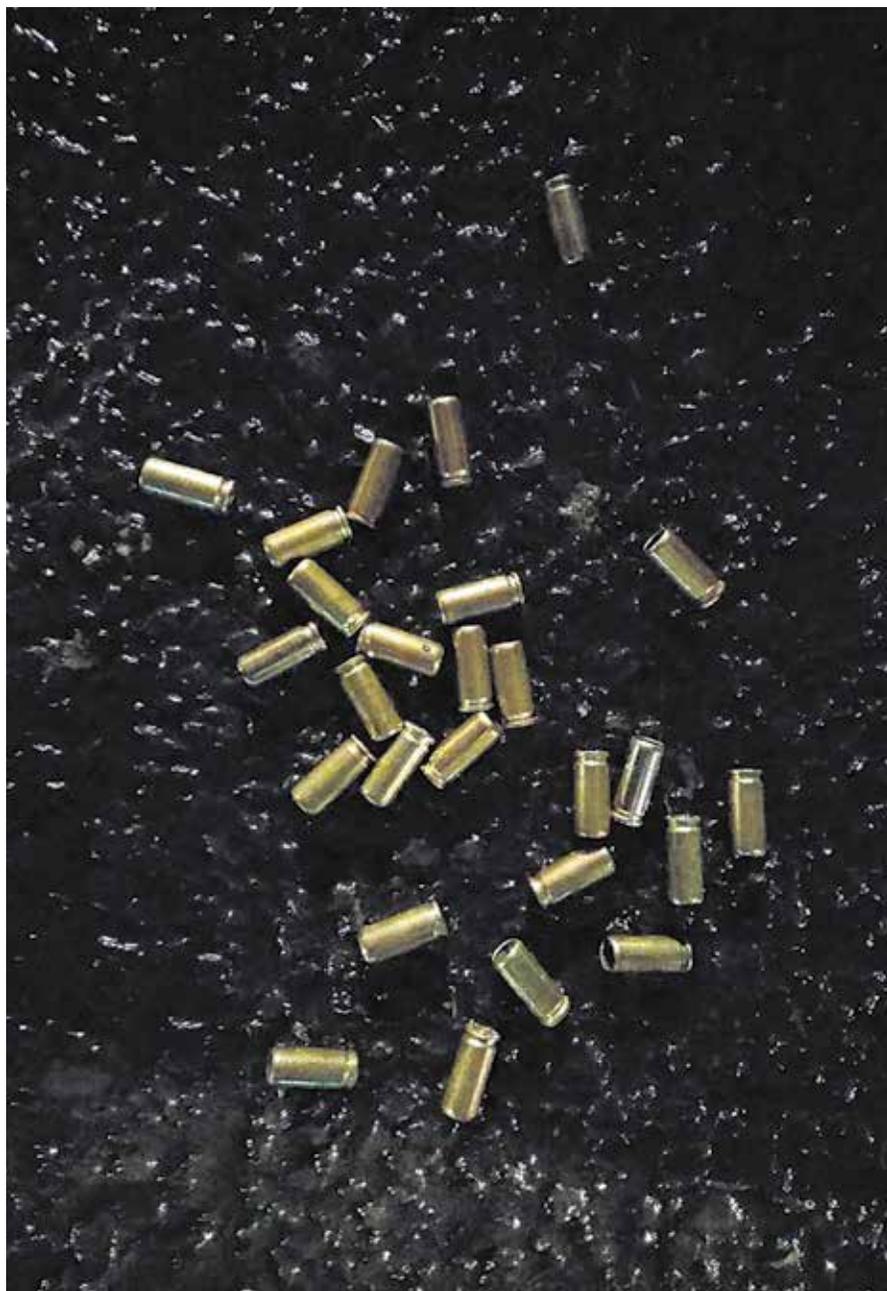


los sectores del “progresismo” mediante ofertas de un puesto en un Gobierno de transición o una renovación ministerial, no descartarían el camino de la violencia.

Y a los que creen que las élites colombianas en el poder no son capaces de eso, les recuerdo que hay siete millones de desplazados, más de 80 mil desaparecidos, cientos de miles de muertos que fueron ocasionados no solamente en los combates armados sino en los ataques a la población civil, como lo fueron los casos de falsos positivos. Es decir, de una concepción paramilitar del manejo del Estado que se ha aplicado por décadas.

Es frente a ese Estado que se está peleando y frente a esas élites. Va más allá de Duque, al que se le presume una torpeza mental que no creo que tenga (realmente creo que no es tonto sino perverso). Y tenemos esas prácticas tan naturalizadas que a nosotros nos parecen “normales” pero a un extranjero les resulta incluso inexplicable.

PD: Se marcha contra unas fuerzas armadas responsables de bombardeos a niños y de asesinatos a civiles. Es posible que a algunos de mis amigos les parezca exagerada mi postura y ojalá ellos tengan razón, pero creo aquello de que hay que esperar lo mejor y al mismo tiempo prepararse para lo peor. Y en este país ya estamos como en Oriente Medio: nadie sabe lo que va a pasar mañana.



LLEGÓ LA HORRIBLE NOCHE

28 de mayo de 2021



El balance del primer mes de paro es doloroso: 59 muertes presuntamente a manos del Estado, 87 casos de violencia de género, 866 personas heridas (incluyendo 51 lesiones oculares y 70 por armas de fuego), 346 desaparecidas, 2.152 detenidas y 1.192 denuncias por la violencia policial.

Y los hechos del 28 de mayo son dicientes: un manifestante de Primera Línea asesinado a quemarropa por un agente del CIT que después murió a manos de la turba dolida y otros muertos que, en total, sumarían 7 no confirmados. Además tuvimos la Alcaldía de Popayán en llamas, policías y civiles armados atacaron la Universidad del Valle, un estudiante de música torturado y disparos a periodistas. En Bogotá, la represión de la noche previa dejaron más de un centenar de heridos.

Esa brutalidad la habíamos visto el 9 y 10 de septiembre de 2020 en Bogotá, y en noviembre de 2019 en todo el país. La vimos antes con los falsos positivos, las desapariciones y las torturas, salvo que ahora es frente a las cámaras y en zonas urbanas.

El Gobierno insiste en discutir las consecuencias del paro nacional y no las causas. Duque decidió mover 7.000 militares a Cali, la ciudad donde las formas urbanas de paramilitarismo campean. En otras palabras, Duque le declaró la guerra a la ciudadanía en Cali y, por ahí derecho, al país. Un comunicado del Centro Democrático lo deja claro: represión, represión y represión.

Garrote, dilación y zanahoria

Hay cosas demasiado claras, por ejemplo, que quien no quiere negociar es el Gobierno, es así de claro; negarlo no solo es mentiroso sino ruin. Tampoco es sensato cómo el Gobierno empuja a la violencia al desconocer todas las vías jurídicas de reclamar ante el Estado, obliga a las vías de hecho a la población, para luego salir a decir que “con bloqueos no hay negociación”.

Por eso, el debate de los mal llamados bloqueos (como muy bien aclaró el Comité de Paro) no se puede ver como una cosa accesoria del derecho a la protesta, ni reducir el análisis de la inconformidad a su validez jurídica. Es decir, la violencia requiere un contexto, no para justificarla sino para explicarla.

El punto de comienzo define mucho de la postura: hay quienes ven en esto el resultado de décadas de exclusión y hay quienes solo quieren hablar desde el 28 de abril hasta nuestros días.

Y también, qué entendemos por violencia: porque si un bloqueo intermitente es violencia terrorista urbana de baja intensidad (como dijo Duque), mientras “la gente de bien” tiene el legítimo derecho a defenderse, fusil en mano, entonces, no hay siquiera margen para la discusión.

Hay quienes solo condenan la violencia de los manifestantes, quienes mezclan manifestantes con infiltrados en un todo, quienes solo llaman a la paz cuando el Estado es agredido, quienes comparan el “vandalismo” de un grafiti con un disparo en la cabeza, quienes justifican todo tipo de violencia porque la víctima es manifestante, quienes olvidan que la fuerza pública tiene límites.

No se trata de un debate abstracto desde una supuesta superioridad moral que repite la idea de que “toda violencia es mala”, se trata de leer lo que pasa en la calle. No es cierto que el paro nacional se está desgastando, eso quiere el Gobierno que creamos pero las calles, por ejemplo, de Barranquilla muestran otra cosa.

No es decente un debate sobre el vandalismo que no empiece por reconocer la sistemática acción de civiles armados (algunos policías) con el apoyo de la Policía uniformada en marchas y en sitios de bloqueos. Hay una preocupante naturalización de ese tipo de prácticas, dignas de un Estado que actúa con lógica paramilitar.

Algunos citan con vehemencia las agendas ocultas. Claro que en las manifestaciones se observan también los poderes fácticos de mafias y combos, como en Cali, pero ¿eso invalida la protesta? No. No esperemos una protesta como en Suecia cuando tenemos mafias colombianas y mexicanas controlando parte de Colombia. Además, no me extrañaría que salgan “vínculos” con guerrillas urbanas sin pruebas, pero nada con relación a la gente de bien que sigue usando abiertamente sus armas, hombro a hombro con la Policía, para atacar manifestantes.

El Gobierno le está tomando el pelo al Comité Nacional de Paro, solo busca dilatar para desgastar la protesta y resolver lo que se mantenga a punta de policías. Así el Estado sigue probando con garrote y dilación, sin nada de zanahoria.

¿Por dónde avanzar?

¿Estamos entonces condenados a no protestar porque nos asustan con “la correa” de la conmoción interior? Ya tenemos madres, sacerdotes y profes de la Primera Línea. La idea de que el 29 de mayo marchen con banderas blancas permitiría lanzar un mensaje de unidad en torno a la Primera Línea como símbolo y, a la vez, un rechazo al intento del Gobierno por criminalizarlos. Pero eso es una tarea puntual. Lo que urge es escuchar a los jóvenes, esta idea por más simple y repetida no deja de ser la más acertada. No es ir a decirles qué deben hacer, ni siquiera sacar algunos para que vayan a una mesa, ni enseñarles formas “políticamente correctas” de protesta dentro de ese ánimo de infantilizarlos que ha hecho carrera. Hay que escucharlos y tomarlos en serio.

El Comité Nacional de Paro tiene una legitimidad que no podemos desconocer, pero este debe aceptar que no tiene la representación de toda la protesta. O se amplía o va a terminar perdiendo apoyos, así de simple.



Los partidos políticos están caídos, si llegan como tal corren el riesgo de ser rechazados por oportunistas (como pasó en Jordania). No digo que varios de sus militantes no estén comprometidos, digo que no aparecen como interlocutores válidos con la calle; eso es un hecho, no un deseo.

Los partidos políticos pueden ser un canal, pero el problema es el cómo: si aparecen como salvadores y ponen la protesta al servicio de su calendario electoral o si se ponen al servicio de lo que dice la calle (que fue el gran dilema de la protesta en Egipto).

Y el mismo problema lo tienen algunos gobiernos locales que no logran conectar con la gente. Claro que ellos no son Duque, pero se pueden hundir con él. Un alcalde que no es jefe de Policía pues no tiene el monopolio de la fuerza y, en rigor, es más un administrador de un Gobierno central que un alcalde.

La salida es pasar del “orden público” como definición de la protesta actual, a la aceptación del conflicto social; sin eso, pues seguiremos en una escalada de violencia cuya discusión, además, desplazará por completo la agenda original del paro.

El Gobierno quiere incendiar, porque sabe que eso podría fracturar a la socie-

dad, incluso a la del paro, porque el debate de formas supera en Colombia la realidad de las agendas. Lo estético desplaza a lo ético.

El eterno debate del método

Responder a ese deseo del Gobierno de incendiar el país nos lleva a un debate de métodos. El problema de usar un método ineficaz es moralmente discutible (decía Mandela). Y en Colombia el Gobierno no cede ante la protesta pacífica, como muestra la realidad.

Pero la respuesta violenta sería un suicidio. Llamar a grandes marchas es loable, pero el país que está en la calle es el que va a decidir los métodos, antes que los teóricos (favor revisar, como sugerimos arriba, qué se entiende por violencia). Por el momento urge, categóricamente, evitar más muertos, necesitamos que esa muchachada esté viva mañana.

Supongamos que superado ese debate, se logra concretar una negociación: ¿El Gobierno dilatará como hace ahora con el Comité Nacional del Paro? ¿Si se firma, desconocerá el compromiso firmado como acabó de hacer con lo firmado con la comunidad de Buenaventura? ¿O incumplirá como ha hecho con los cientos de acuerdos a los campesinos y los más de mil a los indígenas?





Queda otro escenario, probable como lo es hoy cualquier cosa en Colombia: que la gente pase la barrera del miedo y ya no vayan por tumbar una reforma sino el Gobierno mismo, como pasó en Túnez.

El Gobierno apostará al desgaste, a ahondar la crisis para luego surgir como el salvador, una especie de pirómano bombero que, para cumplir su labor, echará mano de todo.

La legitimidad está, por ejemplo, en la Minga, algunos sectores de la Iglesia y en el liderazgo social. No se puede haber dejado abandonado al pueblo durante años de políticas neoliberales, quejarse cuando el pueblo sale a la calle, satanizar su protesta y luego querer ser el salvador de la crisis. Creo que, como gritan en las calles, a esos el pueblo ya "no les copea".

Lo que venga, como conmoción interior, aplazamiento de elecciones, un golpe militar o un Gobierno de transición de ellos mismos, no puede usarse como un espantapájaros para desmovilizar a la gente. Aplazar la protesta no es una cosa que esté en el vocabulario de la gente en las calles.





A DANIEL SÁNCHEZ VIVO LO ESPERABAN

1 de junio de 2021

Daniel Sánchez era un joven de 16 años y habitante de un barrio pobre de Cali. Pocos días antes, en medio del paro nacional, había empezado a trabajar en la construcción, en ese arte simple de poner ladrillos y ajustar paredes para otro, eso que en Colombia solemos llamar “trabajar en la rusa”.

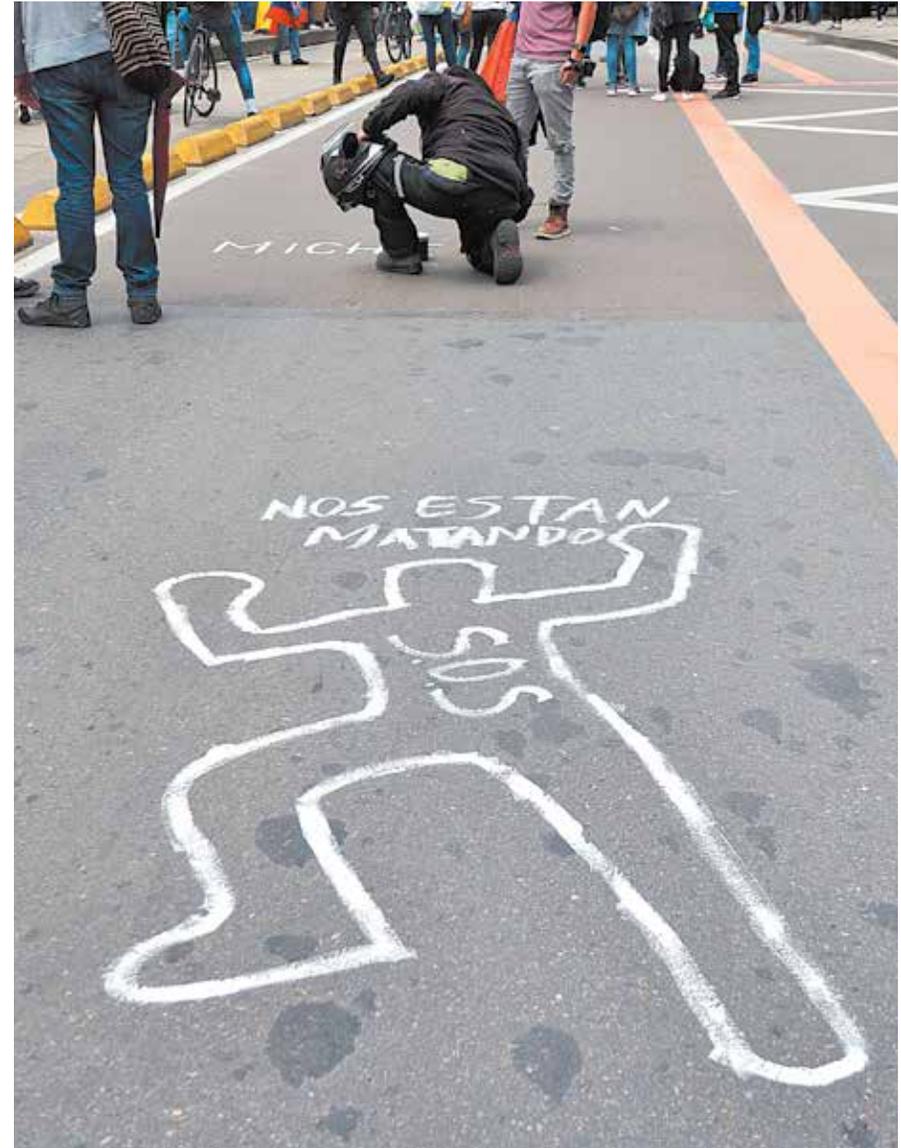
La Policía lo capturó, como lo ha hecho con cientos de espontáneos que están en el sitio inadecuado en el momento preciso en que llega la Policía, ellos golpean sin justificación y sin vergüenza alguna a todo el que encuentra en su camino.

Son tantas las imágenes de abuso policial, de golpes y patadas, de disparos a quemarropa, de agresiones, son tantos los Danieles que andan por ahí contando las golpizas recibidas que ya el país duele.

A él lo golpearon hasta dejarlo sin fuerzas y botado en el piso. Hubo personal de salud que trató de auxiliarlo, pero la Policía no dejó, incluso los retiraron con disparos; así dice su hermana María Paula. Luego de la golpiza, fue detenido en una tanqueta de la Policía.

(Cuatro veces en dos párrafos uso la misma palabra: Policía. Suena cacofónico, ya lo sé, los manuales de redacción no lo recomiendan, pero esa es la palabra: Policía. No hay sinónimos, ni eufemismos, fue la Policía).

Después se reportaron tres incendios, “hechos por vándalos”, decían los rumores y algunos medios de comunicación. Uno



de ellos fue el del almacén Dollarcity, una cadena de tiendas donde se compra barato desde arreglos navideños hasta juguetes de piñata, pasando por una larga lista de objetos que se derritieron con las llamas.

Daniel, el que salió a pegar ladrillos, el golpeado por la Policía, el detenido en un carro oficial, apareció quemado en Dollarcity cuando las llamas se apagaron y los juguetes terminaron de derretirse dejando una mezcla de plástico arrugado. “Lo mataron de una forma despiadada porque, aparte de todo, tiene golpes en todo su cuerpo”, cuenta la hermana.

No era un manifestante y mucho menos un vándalo. Y si lo hubiera sido, también lo esperaban vivo, también hubiera merecido un juicio justo y todas esas otras jerigonzas de gatos que prometen las leyes. Es curioso que la gente diga que no debió morir así porque no estaba haciendo nada. ¿Tenemos tan naturalizada la injusticia que aceptamos que un vándalo sí puede ser incinerado?

“Si ya lo habían golpeado, si ya lo habían herido ¿por qué lo tenían que quemar?”, dice un familiar al periodista Alberto Tejada, el de Canal 2, que todos los días sale religiosamente a jugarse la vida de reportero en la calles de Cali.

A Daniel, un joven de 16 años, lo esperaban vivo, pero lo encontraron golpeado y quemado tras un incendio en un almacén de Cali. María Paula lo expresa claramente: “responsabilizo a la Policía, al Esmad, al Gobierno, a Duque, a todos (ellos) de la muerte de mi hermano”. Y pide “que esto no quede impune así como Maicol, así como el muchacho que encontraron en la playa, así como todos los que han muerto aquí”.

PD: Repito, lo que algunos llaman odio, yo lo llamo indignación. Incluso, María Paula tiene todo el derecho al odio. Y a los que me acusan de incendiario y de instigador de una insurrección, le aconsejo mejor que no me lean, que mejor lean el país que desconocen.



ATACAR LA RESISTENCIA, UN PASO “ADELANTE” Y DOS ATRÁS

5 de junio de 2021

El viernes 4 de junio, la fuerza pública arremetió contra los puntos de la resistencia en la ciudad de Cali. En Bogotá, el Portal de la Resistencia fue desalojado de manera violenta. Hubo disparos con armas de fuego contra manifestantes en varias ciudades.

Con esto, las élites creen haber dado un paso adelante, pero realmente las posibilidades de diálogo dieron muchos pasos atrás.



El número de heridos, detenidos y muertos está por precisarse. ¿Alguien duda del carácter dictatorial del Gobierno?

El problema es cómo leer esas acciones, si como un “retorno a la normalidad” como lo pedían desde los sectores que se identifican con los ricos y violentos del barrio Ciudad Jardín (renombrado por los manifestantes como “Ciudad Bacrim”) o si como una afrenta al decreto firmado hace pocos días por el alcalde de Cali, con el que se abría el diálogo con los jóvenes.

Los puntos permanentes de protesta reflejan una geografía de pobreza, desempleo y desnutrición; no pueden leerse por fuera de la conflictividad social que viven las ciudades y que es parte de las causas del paro nacional. Es totalmente desfasado desde una propuesta de diálogo separar el paro de los sitios de resistencia, porque estos están unidos tanto en la agenda como en la percepción social.

Dicho de otra manera, hoy el gran símbolo de lucha es esa gente que se hace llamar de la Primera Línea. Es tan icónico que han surgido primeras líneas de abogados, profesores y madres, solo para dar unos ejemplos. En todo caso, no se puede idealizar la Primera Línea porque, aunque la mayoría son jóvenes rebeldes, también hay desde delinquentes hasta policías infiltrados.

Por eso, buscan golpear a la Primera Línea, estigmatizarla, separarla de la sociedad en paro. Y para tal fin echan mano de muchos argumentos. Como dice Ricardo González, con quien visitamos un par de sitios en Cali: “Es difícil entender a quienes critican las intervenciones de los jóvenes en medio del paro: si son muy argumentadas y elaboradas, los señalan de ser instrumentalizados; si son muy ‘básicas’, concluyen que los jóvenes no tienen argumentos. Lo que no han entendido es su molestia”.



Los puntos de resistencia se convirtieron no solamente en espacio de protesta, sino también de comunión social, cultural y política. Estos representan no solo un desafío de movilidad sino, ante todo, una afrenta al Estado represivo.

El barrio como espacio político y comunal ha reverdecido en este paro, eso he constatado en Bogotá, Cali y Medellín, y los entrevistados concuerdan con tal descripción. Ese barrio popular activo era una minga, aunque no lo llamáramos así, y hoy ha recuperado su papel con la olla comunitaria, la danza, las bibliotecas barriales, los conciertos y una serie de prácticas de mucha vitalidad.

Las narrativas

Primero se presentó a Cali como una “ciudad sitiada” por el cierre de unas pocas vías, lo que es tendencioso y busca reconstruir una “normalidad” en medio de una profunda crisis social. Se busca que la geografía urbana no dé cuenta de tal crisis. Es cierto que hubo afectación, pero el problema es el doble discurso.

Parece necesario recordar que una protesta implica una afectación por definición y que una ciudad sitiada (como las que he pisado en Oriente Medio) no se parece al caso de Cali. Además, se exageran al máximo las dificultades de movilización, pero se banaliza que haya, por ejemplo, civiles armados disparando al lado de la Policía.

Los gobiernos locales, al igual que el nacional, siguen sin entender que los problemas sociales no se resuelven con fuerza pública. Si eso fuera cierto, en Colombia no habría hambre porque tenemos una de las Fuerzas Armadas más grandes de la región. Tratar de consolidar un mensaje de que la crisis social se “resuelve” con Policía solo conseguirá que la frustración allí acumulada quede sin interlocución ante la institucionalidad. Si hablan las pistolas del Estado, los demás espacios tienden a cerrarse.



¿Es imprescindible levantar de manera inmediata tales puntos? Si la sociedad en protesta queda como un río revuelto y sin un cauce claro, allí pueden pescar nuevas y viejas violencias, y eso también es responsabilidad de los gobiernos nacional y locales al insistir en soluciones de forma y no de contenido.

Las nuevas formas de violencia, por las causas no atendidas en este paro, a su vez serán “resueltas” con Policía, con lo cual dará origen a un nuevo ciclo de violencia. El conflicto debe pasar de lo policial al debate social, solo ahí encontrará salidas reales.

Mi experiencia en las revueltas árabes es que esa violencia oficial sistemática puede llevar a que la gente traspase la “barrera del miedo”. En el mismo sentido, el paro podría dejar de verse contenido en una lista de exigencias para tomar otras agendas más complejas. Esto no es un llamado de mi parte a la insurrección, es una constatación. Es cierto que hay desgaste, pero el paro se mantiene; tampoco se cumplieron las predicciones de quienes afirmaban que la protesta no iría más allá de tres días.

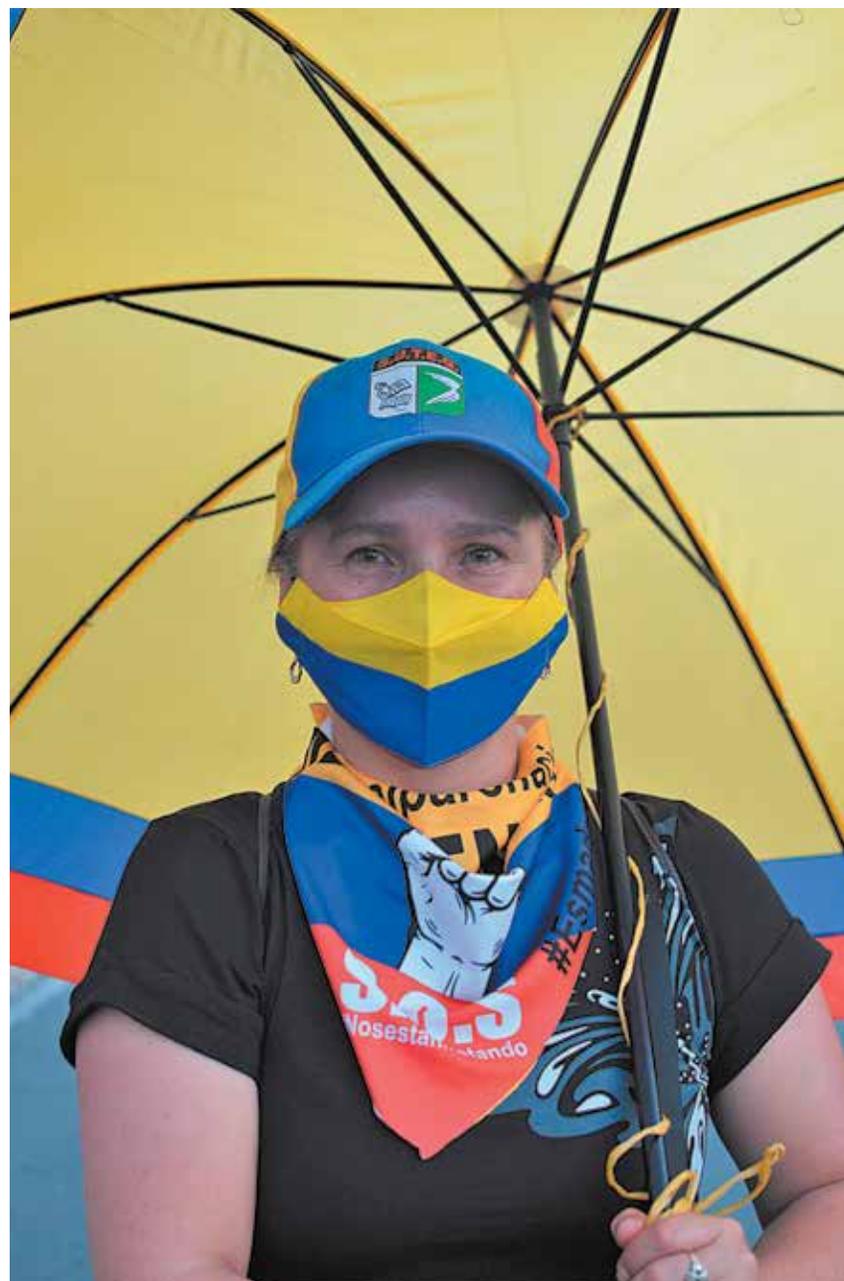
Los gobiernos locales

Un alcalde que no es jefe de Policía es más bien un delegado del Gobierno central. Esto demuestra que el poder del Estado colombiano sigue siendo centralista (entendiendo que el Estado, por naturaleza, tiene el monopolio de la violencia). Pero no por esto, el gobierno local deja de ser representante del Estado y no puede, de ninguna manera, portarse como una ONG de mediación, ni autolimitarse a recoger datos para hacer informes.

Los gobiernos locales están entre un diálogo en medio de la crisis o una salida que complazca a la “gente de bien”. Y no han entendido lo que está en juego. “Nadie puede servir a dos amos”. Pero, además, se demuestra que no hay respeto por los votantes locales que eligieron a alguien para que se haga cargo, entre otras cosas, del orden de la ciudad. Los gobiernos locales deben entender que la intervención del Gobierno central es un desconocimiento a su propio mandato.

Claro, en Colombia (por más que así lo digan las normas) no ha habido un real proceso de descentralización sino, como decía un viejo amigo, una desconcentración de problemas, lo que es diferente. El Estado sigue siendo presidencialista y central.

Por eso, son meritorios el audaz decreto del alcalde de Cali, que molestó tanto a “la gente de bien”; el rechazo del gobernador del Huila y del alcalde Neiva a militarizar su territorio; el liderazgo social del gobernador del Magdalena; y los diálogos locales impulsados en Cali, Bucaramanga, Neiva, Huila, Caquetá, Cauca y Risaralda. Todo este paquete representa una vía diferente y hasta opuesta a la del Gobierno de Duque. Pero nada va a saciar ni al Gobierno central, ni a las élites, ni a la “gente de bien”. Por eso presionaron el ataque a los símbolos más aplaudidos del paro. Por eso, precisamente, exigen que los poderes locales actúen con mano firme o, de



lo contrario, promueven sus revocatorias, como en los casos de Cali y Medellín. No los quieren sacar porque hagan las cosas bien o mal, sino porque no les resultan 100% funcionales a sus agendas.

El desalojo de los sitios de resistencia por parte de la Policía y del Ejército no es una acción aislada para “retomar la normalidad”, es parte de una misma estrategia en la que confluyen los civiles armados, los medios que satanizan la protesta, los paramilitares que amenazan a la Primera Línea y los negociacionistas de la crisis social..

Ya sé que todos queríamos un paro mejor, diferente (sin entrar aquí a precisar cómo), pero este es el paro de la sociedad real que tenemos: con formas paramilitares a la vuelta de la esquina, con élites sordas y con fuerzas armadas que asesinan. Sobre esa realidad es que debemos construir.

Y también es el paro de una sociedad no escuchada, con una muchachada de barrio sin mucho que perder, que ha logrado con su resistencia más de lo que esperábamos. Me resulta un tanto perverso pedirle a esa muchachada que se porte de manera ideal para protestar, ante un país que tiene poco de ideal..





ELOGIO AL CASCO

17 de julio de 2021



Tal vez tan viejo como el tambor es el casco en todas sus manifestaciones: el de los guerreros antiguos, que podría tener más de simbólico que de protección real; el de los conquistadores, con esa curva que parecía un bote llegando a colonizar tierras en nombre de Isabel la Católica; el casco de los motociclistas que, por lo menos yo, asocio con la chaqueta negra de cuero y los tatuajes de quien se monta en una Harley-Davidson para recorrer las praderas del oeste.

Cada uno puede imaginarse un casco como le nazca. Pero nos mienten con los cascos de los vikingos, a los que la mitología les puso un par de cuernos a los lados, pero la historia ha demostrado que eso es un adorno nacido de la imaginación.

Recordamos, en la guerra, el casco con los penachos de los romanos así como el yelmo, ese casco medieval de caballeros. Y están los cascos azules que se han invocado para casos nobles como Ruanda (donde no fueron) hasta en acciones de mandaderos del imperio, como se hizo en Somalia (donde sí estuvieron).

Creo que los 300 de Leónidas no llevaban cascos, no sé si alguna vez Hitler se lo puso y tampoco sé si Mussolini se lo quitó; además recordamos el casco tenebroso del soldado alemán de la segunda guerra y el casco con el que jugamos en la infancia en trincheras imaginarias y disparos, cuyos sonidos hacíamos con la boca.

Hay gente que se dedica también a salvar vidas y usa cascos, como los bomberos, admirados por su labor de enfrentarse al fuego por otros. No olvidemos a los cascos de los obreros, que constituyeron la vanguardia de la lucha en el siglo XIX, que hoy se mezclan con indígenas, estudiantes, negritudes y mujeres para construir una vanguardia plural como la que recorre hoy las calles colombianas.

Ese cubrir de la cabeza entre la protección y lo simbólico pasa por la gorra de los campesinos boyacenses, por la pañoleta del Chocó y hasta el sombrero del papa. Ese afán de cubrirnos la cabeza, como lo dicen los libros sagrados; de cubrirnos del sol, del calor o del frío; toda esa historia de miles de años cubriéndonos la cabeza ahora se vuelca en las marchas de Colombia.

Ya ha sentenciado la Policía que los cascos, esos que usan los obreros de la construcción y los bomberos en medio de las jornadas largas de trabajo, los mismos cascos que impolutos se ponen ingenieros y políticos cuando inauguran obras y supervisan a los supervisores, se convierten en elementos peligrosos. Recuerdo cuando se decomisaban libros, de hecho, en mi interés por acompañar el proceso de paz en el país, publiqué unos libros que luego fueron presentados al lado de computadores y de armas, como si hubieran hallado acaso un documento ilegal y no un documento que fue financiado por la Organización de Naciones Unidas (ONU) y la Organización de Estados Americanos (OEA), y hasta recibido de buena gana por el Gobierno de entonces.

Los regímenes autoritarios persiguen a los que tienen libros: Hitler los mandaba a quemar en las hogueras y en Camboya perseguían a los que tuvieran una biblioteca (aunque fuera pequeña) durante la dictadura de Pol Pot. Stalin prohibió leer al joven Marx y Francia, a pesar de su libertad, prohibió la película La Batalla de Argel porque mostraba como un ejemplo su sanguinaria acción imperial.

La vieja estrategia de vender el sofá

Ahora no se trata de los libros con sus ideas que ponen a pensar, sino de algo mucho más simple: decomisar esos objetos que protegen con lo que piensa la gente: su cerebro. Da risa lo simbólico que adquiere ese hecho, porque el casco protege la cabeza, donde se genera lo que se piensa y se siente, se

indaga y se critica; esa cabeza que ordena levantar la mano y señalar al corrupto o al genocida; que mueve la lengua para preguntar ¿Quién dio la orden?

La Policía, con una decisión tomada entre el autoritarismo y su impotencia ante la marcha, la estupidez galopante y el rechazo absoluto al sentido común y a los derechos humanos, ha decidido decomisar los cascos. Y los mandatarios locales, no solo esos tiránicos que firman por el Centro Democrático, sino los que posan de ser gobiernos progresistas, aplauden la propuesta.

Decomisar gafas, libros, cascos y máscaras antigases es como el viejo cuento en el que alguien halla a su pareja siendo infiel en el sofá y el cornudo decide vender el sofá para resolver el problema.

No sé a qué horas el casco se volvió un elemento peligroso, un arma letal, a diferencia de las pistolas de los paramilitares que salieron, acompañados por la Policía y en más de 20 ciudades, a dispararles a los manifestantes en total impunidad. Este es, definitivamente, un mundo al revés.

Así como la decisión absolutamente estúpida de una jueza de prohibir la marcha del 28 de abril y que generó que se consolidara el mayor desacato de la historia de Colombia, ahora nos amenazan con quitarnos los cascos, en el marco del paro nacional.

Por eso, ya no solamente usaremos cascos para prevenir los golpes de los bolillos de la Policía, no solo para lograr desviar en algo los impactos directos que hace la Policía con sus armas antimotines, no solo para proteger el cráneo y las ideas; lo usaremos simplemente por joder, para decirle: ya no más al Gobierno, para rechazar la violencia miserable contra los manifestantes, porque tampoco le creemos a esos gobiernos locales que se amparan bajo una falsa protección y que citan



el Código Penal cuando les conviene, y botan a la basura los derechos humanos cuando les afectan.

Simply por ese afán rebelde de la desobediencia civil ante tanta desvergüenza, por ese impulso existencial de decirle no al autoritarismo, pues vamos a salir con cascos. Entonces, así como hubo la Marcha de los Claveles en Portugal y la Marcha de las Sombrillas en Hong Kong, lo único que van a conseguir en Colombia es que se celebre una marcha de personas con las cabezas cubiertas con cascos de todos los colores, pero no silenciadas ni cortadas.

Y frente a todos aquellos que han coonestado con la violencia (esa violencia que nos dejó un grupo paramilitar en los años 80 llamado precisamente Los Mocha-Cabezas), contra aquellos que nos han entregado a los muchachos del Valle del Cauca descabezados en una bolsa plástica, para aquellos que han disparado sus armas que resultan letales sobre la cabeza de los manifestantes, los que creen que una marcha se detiene decomisando cascos y banderas, para todos los que están convencidos de que es ilegal protegerse, pero legal asesinar, para los que algún día pueden salir a matar a un presidente en el exterior supuestamente “engañados en su buena fe de mercenarios”, a todo ellos les decimos con el casco, con las gafas, las banderas y las máscaras antigases: ¡No más!

PD: Los que no tienen un casco, los invito a que saquen la olla de los cacerolazos sobre la cabeza o lo que su creatividad les muestre, para decirles que el mensaje es el mismo: protegeremos nuestras ideas contra los golpes de la extrema derecha, los balazos del autoritarismo, los bolillazos de la Policía, pero sobre todo de las estupideces del fascismo. Fin del elogio.

GEOGRAFÍAS Y PROTESTAS



DESDE CALI: ANOCHE EN PUERTO RESISTENCIA

25 de mayo de 2021



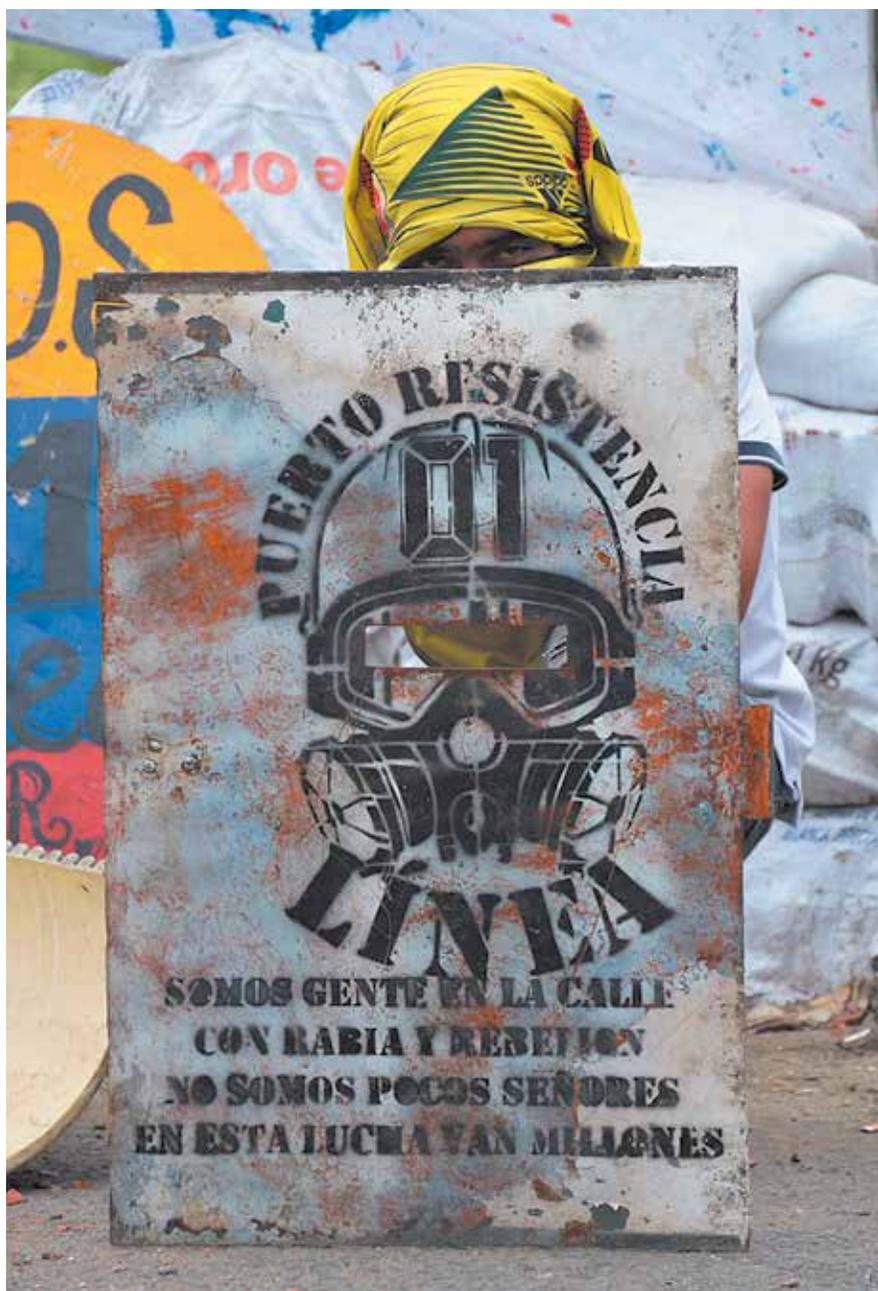
Era apenas mi segunda noche en la ciudad de Cali, después de semanas de acompañar las protestas en Bogotá, en el marco del paro nacional.

El primer día ya había estado visitando varios puntos, entre ellos uno conocido en el mundo como Puerto Resistencia.

Es un antiguo cruce de caminos y de ahí su nombre de Puerto, donde fueron apareciendo negocios de venta de rellena que completaron su anterior nombre: Puerto Rellena.

Al igual que todos los demás sitios de protesta, la imaginación de la gente se dedicó a renombrarlos, dando lugar a PR, sigla que sirve para los dos nombres que ahora ostenta.

En mi primera visita vi un mural en homenaje a Nicolás Guerrero, un símbolo de todos los jóvenes caleños, asesinado en los primeros días. Cerca, un CAI, ahora convertido en sitio cultural, letreros de publicidad transformados en llamados a las calles, cierres de calles con lo que había a la mano, piedras esparcidas en el camino, basura adecuadamente apilada



que ellos recogen frecuentemente evitando el mugre y mucha, mucha dignidad.

La noche del 24M

Estábamos con el congresista John Jairo Hoyos visitando el punto llamado El Paso del Comercio, también rebautizado como el Paso del Aguante, cuando recibimos la noticia de que Puerto Resistencia estaba sin luz.

Esos apagones no son gratuitos, algunas veces anteceden los ataques contra los puntos de protesta, así que decidimos irnos para allá. Gracias a una colega periodista conseguí un contacto de alguien de adentro que pudiera facilitarnos el ingreso. Hay muchos controles sobre quién entra y sale, debido a los rumores de infiltraciones.

Efectivamente había desconfianza y mucha, por demás claramente justificada. Una vez pasamos ciertos controles, todo era saludos de bienvenida. En la penumbra se veían las siluetas de las casas y, en ciertas partes, la muchachada hizo hogueras para iluminarse, pienso más bien que para brillar con luz propia.

Esa forma de moverse y de cuidarse me mostraba que no era la primera vez; de hecho, que les disparen desde carros y camionetas que luego se van sin que sean detenidas por la Policía, a pesar de que en los alrededores hay tanta vigilancia. Por lo menos, extraño eso.

Revisando mis notas de voz en las que iba anotando los hechos encontré una de esas que dan un poco de vergüenza porque reflejan el afán de comunicar la verdad y a la vez de transmitir un parte de supervivencia, mi audio dice “aquí están disparando, pero todo está bien”.

Cuando pasan los disparos, la gente se organizó de nuevo para atender las necesidades: quién está sediento, quién quiere comer algo o quién está haciendo los controles de seguridad. Yo

no sé cuánta gente se conozca entre ellos, pero es muy interesante sentir la fraternidad y el autocuidado que tienen.

Pasó la lluvia en Puerto Resistencia, hubo unos pocos disparos más, pero el ambiente que se siente sigue siendo juvenil. Al rato de estar aquí, cuando ya estaban todos más calmados y cómodos con mi presencia, me trajeron una silla para acomodarme, bebida y me dieron un casco de protección y un chaleco antibalas. Ellos comparten lo suyo con nosotros, lo han hecho con otros de prensa. Se oye un helicóptero sobrevolar la zona.

Y se hizo la luz

Eran casi las nueve de la noche cuando llegó la luz, la gente celebró como si fuera una pequeña victoria. A los pocos minutos llegó Alberto Tejada, el director de Canal 2. Alberto lleva años como periodista independiente. Él ha abierto sus micrófonos a las calles, a la juventud; lo reconocen, por eso al llegar lo reciben en medio de aplausos.

Me impactó que una vez Alberto pidió voluntarios para hablar en cámara, no solo había muchos sino de una claridad política excepcional. Uno de ellos dijo que era ingeniero, otro abogado. Un habitante de la calle dijo que le gustaría terminar su primaria, y todos ellos mencionaron con profunda claridad las causas del paro nacional.

La primera en hablar fue una señora del barrio, una vecina mayor que se acercó a ratificar su apoyo a los muchachos, a decirles que ellos estaban haciendo lo que la generación de ella no había realizado, a insistir que no eran vándalos, que no estaban desconectados de esos barrios populares, a que los consideraban parte de su familia.

Tienen mucha rabia con la prensa que los estigmatiza, desconfían de los que los juzgan sin siquiera haberlos visitado un día. Me cuentan que este sitio tiene una historia reciente he-

roica: aquí llegaron los 500 policías traídos desde Bogotá quienes no pudieron tomar la calle y salieron derrotados.

No tienen tiempo de leer los insultos de las redes, mucho menos las “órdenes” que quieren darles desde chat que ellos ni conocen. Aquí gritan resistencia hacia afuera, todo el tiempo, pero creo que hacia adentro la palabra es otra: solidaridad. Me pregunto: si eso no es solidaridad, entonces ¿qué lo es?

PD: Mientras le daban bala desde carros particulares a la gente que protestaba en las calles de Cali, el ministro de Defensa trataba de convencer al país (ante la moción de censura en su contra) que todo estaba bien, que como dijo García Márquez: “En Macondo no ha pasado nada, ni está pasando, ni pasará nunca. Este es un pueblo feliz”.





FACATATIVÁ, LA TIERRA DEL CERCADO FUERTE

23 de junio de 2021

En la entrada de Facatativá está el barrio Cartagenita (cerca están otros sectores como Manablanca y Chicó). No supe por qué ese barrio se llama así, solo que creció gracias al empuje de dos curas franceses que creían que Jesús está con los pobres. La gente de allí vive de la floricultura, ahora menos que en el pasado; unos trabajan en la planta de harina Promasa y muchos en ventas informales.

La gente de allí sabe pelear, recuerdan que en septiembre de 1996 tuvieron un primer round con la policía. En 1998, hubo protestas por la instalación de un peaje y, en 2008, otro paro por los precios del alumbrado público. Para este último, la gente invirtió cinco meses, puerta a puerta, explicando las razones del paro.

En 2003, las noticias fueron más graves por el desembarco de paramilitares en la vereda La Tribuna. Eso disparó prácticas de extorsión y de limpieza social, y permitió a los paramilitares la apropiación de tierras. Algunos lugareños dicen que aquello hizo parte del desarrollo del llamado “Bloque Capital” del paramilitarismo.

El paro de 2021

En el marco del más reciente paro, se sumaron preocupados por el posible aumento de los servicios públicos, el impuesto

predial y, además, la inseguridad. La escasez de agua potable y el desempleo eran ya razones para protestar en las últimas décadas.

El día anterior al comienzo del paro, viejos líderes se reunieron a discutir sobre cómo participar de la protesta y, mientras teorizaban sobre sus propias luchas del pasado, les llegó la noticia de que la juventud ya había bloqueado la calle.

Ese primer día arremetió la policía y dejó varios heridos. Pero para la segunda jornada, estaban más preparados y sacaron al Esmad del barrio, después de ocho horas de confrontación. Me cuentan, entre risas y esperando el sancocho comunitario, que “un terminator de esos sacó un trapo blanco y pidió paz”.

Un video que circula muestra un policía llamando a que “no nos peguemos más” y sacando un pañuelo blanco. Desde ese entonces, se instalaron en las calles la olla comunitaria y las reuniones. Uno de los vecinos resume la agenda en una frase: “queremos que esta mierda cambie”.

Lo que la gente dice alrededor de la olla da cuenta de lo que siente. Esteban, por ejemplo, es cultivador, conoce de seguridad alimentaria y ve con otros ojos una olla comunitaria: Para él, es una causa y excusa para la reflexión. Este hombre sabe lo que es llevar el pan a la mesa cada día.



Más de la mitad de los días del paro han ido acompañados de la olla comunitaria; “la olla ya es parte de la protesta”. Algunos van a la asamblea a comer “y eso está bien”. Hay gente que come una sola vez al día.

Jenny me comenta que en este sector los políticos aparecen “a repetir las mismas promesas incumplidas de hace unos años; ni siquiera se acuerdan que ya nos dijeron lo mismo”. Me confirma algo que se vive a diario: la falta de oportunidades laborales para los jóvenes.

La Policía de Facatativá, vista por la gente

La gente habla y mucho de los abusos de la Policía. La subestación de allí funciona, según denuncia la gente, como una

plaza de extorsión: por ejemplo, detienen motos y luego toca pagarles para que las entreguen. También es común la extorsión a comerciantes.

Algunos heridos de las protestas llegaron al hospital y fueron judicializados. La presunción de inocencia ni el debido proceso existen: fueron detenidos sin orden de captura y sin que hubiera flagrancia. Por eso, en siete casas, las mujeres lideraron la atención de los heridos. Los comerciantes donaron medicamentos y, finalmente, fue posible la atención.

Para los muchachos con los que hablé, los maltratos y las humillaciones son constantes. Por eso, cuando tomaron la sede policial, sacaron una banca metálica que conocían como “la



"EL VOTO ES UN MECANISMO
MAS DEL SISTEMA PARA
MANIPULAR SERES
HUMANOS"



Quando la ley



silla de la tortura” porque era donde solían sentarlos para agredirlos. La silla estuvo exhibida, como un trofeo, en el sitio de bloqueo.

Facatativá, la tierra del cercado fuerte

En medio de la reunión, me presentan a Blanca y Ricardo (no se llaman así, pero decidí ponerles estos nombres para evitar riesgos). A finales de mayo, su hijo fue detenido. Tiene 20 años. Iba camino a la casa de unos amigos cuando, muy lejos de la protesta, fue detenido bajo los cargos de “taponamiento de la vía pública y vandalismo”, me dice la mamá.

En la subestación de Policía les dieron “la bienvenida” a los detenidos: puños, patadas y golpes al cruzar en fila india entre los uniformados. Según el muchacho, allí también estaba detenido un habitante de calle al que le dieron tres duros golpes en la cabeza y del que no se supo más.

Los tratos de la policía incluían uso de taser, mojar a los detenidos con mangueras, robarles los celulares y los relojes, y hasta hacerlos morder por perros. El muchacho tuvo una valoración médica luego de la detención. Según el certificado médico, tuvo un esguince en el tobillo, lesiones en una rodilla y en la cara. Antes de liberarlo, la Policía le advirtió: “si denuncia pues ya sabe lo que le va a pasar”. Esa familia se siente acompañada por las voces de apoyo que le expresa la gente.

Las águilas negras

Durante el mes de mayo, llegaron varios panfletos amenazantes, firmados por las “Águilas Negras”, una organización paramilitar que envía advertencias de muerte a lo largo y ancho del país, sin que se sepa quién está detrás. Claro, no pueden dejar de asociar estas amenazas con el accionar paramilitar de hace más de una década.

La primera de la lista es Alba, es una mujer que ha resistido desde su infancia, ha trabajado con jóvenes y trabajadores de

flores. En este paro ella ha logrado con su ejemplo que muchas mujeres madres del municipio hayan dejado el miedo y sumado a la resistencia.

Uno de los amenazados es Abraham, quien reconoce que, claro, todo eso da un poco de miedo. Él es artista, ve el arte como salvación y no piensa renunciar a dar su aporte al paro desde el arte. Recuerda un cartel que dice: “miedo a mi mamá cuando saca la chancla”.

A Manuel Alejandro, otro de los amenazados, la noche anterior a esta entrevista lo abordaron dos tipos en la calle en su propia casa. Lo golpearon mientras le decían “Hijueputa, no queremos verlo más en la calle”. Luego se fueron en dos carros que los esperaban.

El abogado Jeison Cajamarca, quien también está mencionado en el panfleto, ha sido defensor de los detenidos en las protestas. Me dice que “La defensa legal de los detenidos fue hostigada por parte de la Policía, se negó el debido proceso y en distintas ocasiones fui amenazado e increpado por policías”.

Las calles las patrullan militares. Como en el caso de Cali, tratan de diferenciarse de la Policía en su relación con los civiles, pero la desconfianza es grande porque, me cuenta uno de los amenazados, “el Ejército estuvo recogiendo nuestros nombres y datos antes de que nos llegaran las amenazas de las Águilas Negras”.

La Primera Línea de Faca

“Nos duele lo que está pasando en el país”, me dice un muchacho de barrio, desempleado, sin mucho que perder, sin futuro a la vista. Me cuentan otros de los que van llegando que el 28 de abril no había Primera Línea y que en esos días “nos dieron muy duro”.

“Nos reconocimos en las marchas; es más, no sabíamos que pensábamos parecido”. Con apoyo de la comunidad hicieron

escudos. "Somos de defensa, no de ataque". Otro de ellos interrumpe para contar que a finales de mayo capturaron un policía infiltrado y ellos lo protegieron porque "la gente la quería era linchar".

Más allá de la protesta, han hecho "campeonatos de canchitas, en el ronboy (round-point, o glorieta, pero dicho en lenguaje coloquial)". No se sienten representados por el Comité Nacional de Paro. De hecho, lo ven tan lejano como al alcalde que no los recibe. El alcalde, se quejan los muchachos, ha sa-

lido a hablar de acuerdos y de conversaciones con ellos, pero la verdad es que no es más "que una gran mentira que nos ofende, porque eso no ha sucedido".

Al despedirme me explican que Facatativá significa "cercado fuerte al final de la llanura". Estuve tentado a buscar su significado, pero desistí. Lo que digan los textos sobre esto es secundario; lo central: lo que diga la gente, así en el nombre como en el paro.



CARTAGO, DONDE EL DIÁLOGO FUE POSIBLE

27 de junio de 2021

Hace algunos años vi un cartel que, si recuerdo bien, decía “tuvimos que cubrirnos el rostro para que nos vieran”. Eso mismo dijeron en Cartago cientos de muchachos. El paro que invadió el país desde finales de abril tocó las puertas de esta ciudad colonial llamada como la legendaria Cartago. Ahí, como en toda Colombia, se acumulan injusticias sociales: desempleo, inequidad, lavado de activos, discriminación, violencia, jóvenes sin posibilidades. En este mismo espacio conviven grandes empresas y barrios en condiciones miserables.

Estuve de invitado en una reunión entre voceros de la Primera Línea y el alcalde de Cartago, Víctor Álvarez Mejía, en un edificio colonial, donde, contrario a lo que yo esperaba, en vez de primar la formalidad y las caras largas, hubo un espíritu de confianza trabajada.

De las razones del paro

Quienes salen a protestar son personas que rechazan la reforma tributaria, aunque no puedan precisar con exactitud de qué se trata. Están cansadas de un Gobierno desacreditado, viven sin oportunidades y desean un cambio en su realidad.

En esas protestas está el país; hay desempleados, universitarios frustrados, madres solteras, jóvenes con hambre y hasta delincuentes. Sería ridículo esperar que en la protesta solo haya gente con doctorado o empresarios. Ellos empezaron a reconocerse entre sí, a ver que su vecino comparte el mismo hastío frente al poder y deseo de mejorar sus condiciones.

Los muchachos reconocieron que hubo desorganización en la primera semana de protesta y, luego, con la ayuda de las barras de fútbol, empezaron a darle sentido; allí confluyeron las de los equipos América de Cali, Cali, Millonarios y Nacional. Se llamaron Primera Línea, escogieron delegados y voceros.

Uno de los grandes apoyos llegó también de la comunidad. Precisamente, cuando el Esmad empezó a atacar en las zonas residenciales, los vecinos se volcaron con más fuerza a favor de los muchachos. Les llevaron comida: “Nos traían almuerzos preparados y alimentos para preparar”, me contó Mauricio, uno de los muchachos de Primera Línea. “Todo lo apuntábamos y registrábamos para que las cosas fueran claras”. Y otro me explicó: “Cuando teníamos combates con la Policía, había gente que llegaba con el six pack de leche para protegernos de los gases lacrimógenos”.

Con el apoyo de una señora, un día hicieron una chocolatada con pan, allí llegaron habitantes de calle y otras personas de la comunidad. Empezó un proceso de socialización, que, según como me lo cuentan, parecía un espejo donde ellos se podían reflejar y hacer consciencia como colectivo.

Otro de los jóvenes en la reunión me contó de un muchacho que iba religiosamente todos los días a la protesta y le preguntaron por qué lo hacía. Entonces, dijo: “Yo vengo todos los días porque aquí tengo más comida que la que tengo en mi casa”. La comunidad también les dio algunos escudos, se los regalaron desde los talleres de soldadura, y una vez un señor



donó cinco canecas que bien partidas dieron origen a 10 escudos más. También algunos de la Primera Línea me dijeron que había quienes insisten en la manifestación simplemente como una forma de desahogar la rabia y la frustración.

En Cartago, hubo impedimentos para que pasaran ambulancias en el sitio de bloqueo y uno de ellos lo matiza diciéndome que eso fue “un gran error, así la Policía las haya usado para pasar munición”. Se mueven entre “la indignación y el miedo”.

Me hablaron de un muerto y de tres personas con lesiones en los ojos; empezaron a preocuparse más cuando vieron que la Policía estaba esperando a los heridos en los hospitales para detenerlos. Uno de estos jóvenes hizo una pregunta retórica: “¿Usted cree que si yo tuviera un ojo herido por la Policía me voy a ir a un hospital, donde en la puerta me está esperando?”.

Finalmente, la protesta se desgastó y eso llevó a algunos pocos a recurrir a la violencia sin sentido, al retiro de las barras bravas que no se sentían cómodas y otras situaciones de tensión. Esto coincidió en el tiempo con la propuesta de diálogo de la Alcaldía.

Los primeros pasos

El alcalde entendió que el paro no era contra él, pero como representante local del Estado tampoco podía desentenderse. Se reunió con los jóvenes de barrios que no están representados por el Comité de Paro, los movimientos sociales, ni mucho menos por el movimiento estudiantil. La primera reunión fue en el Club del Río, donde estaba el alcalde y la Primera Línea, sin medios de comunicación y sin policías. Allí comenzó el diálogo, un proceso que uno de los muchachos describió como “bueno, bacano y transparente”.

En ese encuentro la confianza era bastante improbable, me dice el secretario de gobierno local. Por eso, el alcalde echó mano de personas que tuvieran experiencia en los movimientos sociales para acercarse. El alcalde reconoció, cuando conversaba

conmigo, su compromiso de mantener al Esmad fuera de los barrios aunque no lo descartaba, era una tarea difícil en buena parte por los mensajes del Gobierno nacional criminalizando la protesta.

Cuando le pregunté al alcalde cuál es la clave para generar confianza, me dijo: “Hablar de frente y desnudar la realidad”. Las primeras reuniones fueron confusas, la gente no tenía muy claro qué pedir y no entendía las limitaciones que tiene una Alcaldía, por ejemplo, para desmontar los peajes o para modificar el sistema nacional de salud.

Un sector del empresariado quería apoyar al Esmad para la represión; sin embargo, luego se dieron cuenta de que el problema social no se resolvería con la Policía. El mismo alcalde en reuniones con los empresarios les explicó que se podía pasar de un escenario de pérdidas parciales a totales, si la protesta se prolongaba, que lo mejor como empresarios era asumir más responsabilidad con la sociedad.

Las propuestas que hacían en la reunión se enfrentaban al problema de un presupuesto limitado y de los trámites burocráticos, ya que los proyectos pueden esperar meses para ser aprobados; mientras la gente en la mesa pedía soluciones más o menos rápidas en medio de los bloqueos.

El alcalde le dijo a los muchachos: Yo no puede modificar el sistema de salud, pero sí puedo facilitar el acceso; puedo también facilitar los subsidios, pero el modelo Sisben no es más que una recomendación del Fondo Monetario Internacional (FMI) en la que el poder local no tiene mucho que hacer.

Los “pañitos de agua tibia” y sus resultados

El alcalde habló con los jóvenes, con la certeza de que solo podía, según sus propias palabras, “poner algunos pañitos de agua tibia”. Pero esos pañitos significaban mucho: asumir las posibilidades locales de atender la crisis, resolver algunas situaciones





concretas y reconocer que la gran agenda nacional no era de su competencia.

Ya se instaló un plan piloto de distribución de comida mediante comedores comunitarios. Este es un resultado concreto y es espacio de triunfo de la Primera Línea, que también actúa como veeduría informal de este nuevo programa.

El alcalde está preocupado porque los comedores comunitarios suelen ser supervisados de manera obsesiva por la Procuraduría y por otros actores políticos: “Parece que fuera un delito darle de comer a la gente”, afirmó. Por eso, resolvió mantenerlos mediante colectas de las empresas locales, del sector privado, para evitar investigaciones injustificadas.

Hay muchachos que piden educación, salud y trabajo, y se encuentran con barreras elementales como que no tienen los documentos necesarios para una contratación, porque han perdido la cédula o porque no han sacado la libreta militar. Eso se puede resolver de una manera simple: la Alcaldía se comunicó con la Registraduría para agilizar esos trámites y se comprometió a contribuir con esos gastos.

“Un pañito de agua tibia” termina siendo esencial para que un muchacho pueda ser contratado y pueda obtener acceso a la educación. Esta es una muestra más de que el poder local no puede resolverlo todo, pero tampoco puede escudarse en eso para no hacer nada y, simplemente, enviar el Esmad.

Parte del proceso local también ha involucrado la ampliación de espacios deportivos. Resulta curioso, porque rompe el paradigma de que los muchachos solo juegan fútbol, que ellos pidieron instrumentos para jugar tenis. Uno de los referentes en este deporte, Jhonny Pérez, nacido en esta ciudad y entrenador de la selección Colombia juvenil de tenis, ha apoyado a los jóvenes de Primera Línea.

En términos educativos ha habido ya reuniones con universidades públicas y privadas, así como instituciones técnicas, con el fin de abrir espacios, no solamente a los muchachos de Primera Línea, sino a la comunidad local más abandonada.

Se empieza por la voluntad política

En todo caso resulta triste que los muchachos hayan aprendido que el bloqueo de una calle es lo que ha permitido que sean escuchados. Queda demostrado con la experiencia de Cartago: primero, que sí es posible llegar a un diálogo directo, como lo calificó el alcalde local, donde en una mesa estén representantes de la comunidad y autoridades locales para hablar sobre lo que es posible, sin tanta leguleyada ni formalismos.

Segundo, esa supuesta descentralización administrativa que nos habían prometido a finales de los años 80 fue una mentira: hay es una desconcentración de problemas. Las leyes de salud, de educación, las regalías del petróleo y muchas otras cosas no dependen de la voluntad local, sino que están concentradas en el poder central. Por eso, la mal llamada “paz territorial” es un invento.

Después de revisar las propuestas de negociación, uno piensa que esas promesas de descentralización se quedaron durmiendo el sueño de los justos. Le pregunté al alcalde, como mandatario local, lejos del centralismo y vocero de un municipio apartado, qué opina de la descentralización, y me respondió con cuatro palabras: “Eso es pura carreta”.

A pesar de eso, el gobierno de Cartago entendió que sí podía desarrollar algunas acciones y fortalecer una agenda de los problemas sociales en torno a temas posibles de abordar. Además de eso, logró involucrar a las empresas, imponer algunas de las decisiones a la Policía y generar un espacio de interlocución. Eso no es más ni menos de lo que pueden hacer

todos los mandatarios locales en el medio del paro nacional, si tuvieran la voluntad para hacerlo.

Ahora el paro, o más exactamente la protesta social, se ha desplazado a otros espacios: plantones, marchas, jornadas de salud y actividades deportivas, con resultados concretos; ha logrado ganar espacios de participación y de diálogo.

Claro que durante el paro hubo gente que solo quería dañar. No pedían nada, parece que solo querían devolver el daño que les han hecho como sociedad más allá de razones y de

pliegos. Entender ese simple afán destructivo también merece un esfuerzo, no es justo quedarse en la simple condena.

En un país de narcos, de traquetos, de arribismo, de clientelismo y de desconfianza, las marchas no pueden ser ajenas a reflejar esas dinámicas. Y en un país de engaños, de incumplimientos, de diálogos fallidos, Cartago muestra por lo menos una luz de esperanza. La gente que está llegando a la marcha, al bloqueo o a la mesa de negociación comparte unos problemas que el país conoce, otra cosa es que los quiera resolver.





ARMENIA: PRIMERA LÍNEA JURÍDICA

1 de julio de 2021

“La ciudadanía es más que una tabla de Excel”, me dijo la profesora de derecho penal Estefanía Osorio, pues, antes que las estadísticas están las personas de carne y hueso. Lo mismo pienso yo del Código Penal. Así empezó mi visita a la Primera Línea Jurídica de Armenia.

Mientras llegaban los otros integrantes, la profesora me dio una muestra de la crisis de la justicia en la ciudad: una estudiante de sociología y madre soltera, que ayudaba como bri-

gadista en las marchas del paro, fue objeto de un allanamiento el 20 de mayo pasado.

A ella no le mostraron la orden, aunque había un menor ningún funcionario del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) acompañó la diligencia, llegaron después, cuando se dieron cuenta de que estaba ahí; el fiscal que hizo el control posterior no respondió a las solicitudes de esperar a la abogada de la acusada, y legalizaron así el allanamiento basados en una “fuente anónima”. No encontraron nada para justificar el allanamiento que fue ordenado por el fiscal Henry Hernández “en el nombre de Jesucristo”.

Una vez llegaron los otros miembros del equipo jurídico, pasamos al análisis del caso de los siete jóvenes detenidos en el marco de la protesta en Armenia, el 18 de junio.

Los siete de Armenia

Seis hombres y una mujer fueron detenidos por orden de la Fiscalía con allanamientos a sus casas. La joven trabaja en un Call Center; entre los hombres había un camionero, uno de las barras de fútbol, un venezolano, un estudiante becado... es decir, una representación de lo que es el país.

En la investigación previa, que condujo a las detenciones, se concluía, por ejemplo, que cuando uno de ellos le pidió a otro



“5.000 pesos para pagar el taxi” realmente estaba haciendo una colecta para comprar explosivos y municiones que posteriormente usarían en el paro, según dijo el fiscal.

En la audiencia, me dijeron los de Primera Línea Jurídica, nunca se refirieron a los acusados como “presuntos” sino como responsables, como si el debido proceso fuera un adorno navideño, más en un juzgado. De hecho, el reclamo de respeto fue contestado por el fiscal diciéndole a la jueza que le “abrieran una investigación disciplinaria” al abogado defensor. Finalmente, a los siete acusados les imputaron ocho cargos, incluyendo terrorismo, concierto para delinquir y tentativa de homicidio.

La procuradora Silvana Cortez pidió legalizar todo. Fueron conducidos a los calabozos de la Policía secreta, la Sijin. En ninguno de los allanamientos encontraron prueba alguna. La Procuradora pidió una sola cosa a favor de las personas detenidas: que al cargo de “concierto para delinquir agravado”, le quitaran “agravado”.

En la audiencia de imputación de cargos, según el abogado Felipe Robledo, el fiscal sugirió un vínculo entre los abogados defensores y los sindicatos, como si todos fueran parte de una red, como “parte de una estructura delictiva”. Allí mismo el fiscal aclaró que vendrían 84 detenciones, y estas siete eran las primeras.

Algunos de los detenidos ni siquiera se conocían entre ellos, no son una red organizada ni mucho menos un grupo terrorista; pero la Fiscalía insistía en lo contrario. Ese deseo de criminalizar la protesta y a los abogados ya se había visto durante las marchas. A una de las abogadas que asistía a supervisar los derechos humanos, un policía la increpó diciéndole: “calladita se ve más bonita”; y a una estudiante de derecho otro policía le dijo: “cállese, que por eso es que las violan”.

El defensor regional del Pueblo, Juan Camilo Mesa, en la misma línea que la Procuraduría y que la Fiscalía, pidió a la Policía: “póngales un comparendo, captúrenlas”. Ya él mismo había expresado que llevarles comida a los muchachos de la protesta era “colaborar con los terroristas”.

En la Universidad del Quindío

Allí hay un grupo, de unas 30 personas, acampando. Esa Primera Línea, me dijo su vocero, recoge experiencias de movilizaciones del pasado y especialmente de noviembre de 2019. Cuando pregunté por lo mejor y lo peor del paro me dijo que, paradójicamente, ambas cosas giran en torno a la unidad. Le parece muy triste cómo las dinámicas internas los fracturan, pero le reconforta cuando esa unión sí es posible.

A veces “nos da miedo llegar a la casa”, dijo por la persecución que han sentido. Muchos son desempleados y sin acceso a la educación, aunque estén en un espacio universitario; paradojas del paro.

Allí, como en muchas otras partes del país, las barras de fútbol ayudaron. Lo positivo, su experiencia organizativa; lo negativo, su bajo nivel político. Eso generó algunos roces que me reconoció el vocero de la Primera Línea.

Felipe, otro activista social con el que me reuní, me explicó que el año de 2020 y en mitad de pandemia, en Armenia, los ricos se hicieron más ricos y los pobres más pobres. Pero ahora tratan de imponer la idea de que los problemas económicos de la ciudad “son por culpa del paro”.

En las calles de Armenia

Celebré los dos meses de paro en las calles de Armenia, en una marcha que atravesó la ciudad. Allí estaban, en manos de la Primera Línea, los escudos que había visto recostados en la Universidad del Quindío cuando los visité, estaban las consignas en las bocas de todos, las banderas y los carteles.

Hasta allí nos llegó la noticia de que, por fortuna, en la audiencia de los siete de Armenia la jueza había decidido darles la libertad, ya que no encontró inferencia razonable de autoría o participación en ninguno de los procesados.

En las calles de la ciudad, un aviso de tránsito de “pare” fue modificado por los manifestantes para que dijera: “no pare de luchar”. Algo así dicen muchos, aunque paren las marchas o

aunque pare el paro. No sé esto cómo va a seguir, pero, sin duda, instituciones como la Policía, la Defensoría y la Procuraduría ya tomaron partido. Es asombroso que una ciudad tan “conservadora” como Armenia haya salido a las calles a sumarse a un paro nacional contra un Gobierno injusto, centralista y autoritario. La gente canta y sonríe, confirma que no son simplemente un dato estadístico.





MEDELLÍN, CON SU CASA A CUESTAS

22 de julio de 2021

Los caracoles andan con su casa a cuesta, no tienen la posibilidad de dejar nada atrás sin dejar de ser. Algo así le pasa a Medellín, arrastra su pasado y todas sus complejidades aún en medio del paro nacional.

Lo que Medellín no tiene de caracol es ese andar tan lento. Al ritmo del país empezaron las protestas en una ciudad y un departamento marcados por el uribismo, el narcotráfico, el paramilitarismo, los poderes empresariales, la disponibilidad de armas, el crimen organizado, la violencia y una gran inequidad. En otras palabras, no es lo mismo protestar en Magdalena,

donde el gobernador ha estado del lado de la gente, que en Medellín, donde pareciera que todos los poderes se unieron para advertir, de una u otra manera, a los manifestantes la frase que se oye en sus barrios populares: “no me caliente el parche”; algo así como no me dañe mi zona de negocios.

En Medellín estuve en la marcha de la gente de bien, en la que gente camandulera, con biblias e imágenes religiosas, caminaba vestida de blanco bendiciendo a la fuerza pública. El uribismo se mantiene en Medellín, sería una tontería negarlo. Ese uribismo se expresa tanto en los poderes locales, en la lógica de la Policía, como en las marchas de la gente de bien.

Y también estuve en un “costurero”, en el que un grupo mayoritariamente de mujeres tejía consignas contra el Esmad e intercambiaban sus análisis de contexto político, a la vez que sus manos repetían esas viejas costuras que uno inevitablemente asocia a las manos de la abuela.

Las noticias del paro en Medellín son una mezcla de actividades culturales, de marchas de algunos sectores sociales (como el magisterio) y de denuncias por detenciones, ataques a la misión médica, torturas, violencia contra la prensa, lesiones oculares por ataques del Esmad y un incremento de amenazas para desmovilizar las marchas. Un paisa me dice: “Todos tenemos derecho a salir a pedir lo que queremos”, pero al mismo tiempo llegan noticias sobre las dificultades impuestas para impedir la movilización social.

Los ni-ni

Esta es una expresión despectiva que escuché en España: los que ni trabajan ni estudian. Allá se asocia a la pereza. Aquí son gente sin posibilidades. De hecho, uno de los grandes aprendizajes del paro es que ya no se dice “mi hermano no quiere trabajar”, sino “mi hermano no tiene oportunidades”.

Los muchachos del paro se agrupan en una juventud popular, más allá de la estudiantil. Hablando con quien les ha prestado asesoría jurídica, me cuenta que una vez hubo 120 manifestantes que se presumían detenidos y que solo dos eran de la Universidad de Antioquia. Es decir, no se trata de un movimiento estudiantil, sino de jóvenes excluidos de las posibilidades educativas.

El joven que está en la calle hoy es el que ha creado el neoliberalismo, pero también la Constitución Política de 1991. Es el que recibió la promesa de los derechos humanos, pero se debate frente a un modelo de libertad de mercado que incluye su mano de obra, cada vez más mal pagada.

Históricamente, los muchachos de barrios populares y periféricos, solo por su origen, tienen más problemas para conseguir un trabajo. Incluso, algunos ponen otro sitio de vivienda para tratar de evitar la estigmatización. Una de las noches nos fuimos a un concierto de punk, allí se expresaba la ira política





de los jóvenes y su vacío existencial; sus quejas frente a un Estado indolente: las agendas políticas y vitales se confluían en una sola. Hay que diferenciar entre tener varias luchas y tener luchas fragmentadas: una lucha puede tener varias agendas, pero estas no son necesariamente incompatibles.

Las barras de fútbol

Recuerdo que una forma de medir el avance de la conciencia política en Túnez era, según lo decía la propia gente, que habían dejado de hablar todo el tiempo de fútbol para saltar a hablar de política. Y eso mismo se ha dado en muchas zonas del país, incluyendo Medellín.

Las barras de fútbol son una forma de organización de la que participan, precisamente, estos ni-ni. Están acostumbradas a confrontaciones en espacios públicos y a negociaciones con autoridades de sus agendas ciudadanas. Es de esperar que se sumen al paro.

Alejandra Montoya, activista social y de las barras del Nacional, me dice: “Un hincha es alguien que está en las buenas y en las malas, eso quiere decir que si ustedes están en el paro harán que eso crezca, disminuya o se mueva”.

Los hinchas no vienen a ver ganar a su equipo, vienen a acompañar. Con este objetivo, los que pueden se acercan con las otras barras, marchan juntos, incluso se auxilian cuando hay que correr ante la arremetida de la fuerza pública.

En la canalización del Río Medellín, debajo del puente de la 4 Sur, estuve con una barra del Nacional: Pueblo Verdolaga, ahí unas 20 personas hicieron una olla comunitaria y pintaron un mural a favor del paro, con los colores de su equipo de fútbol.

La Primera Línea de Medellín

Medellín es un territorio con una gran tradición de organización juvenil, ya sea a través de grupos culturales, combos,



milicias, bandas al servicio del paramilitarismo, equipos deportivos o delincuencia común. Por tanto, no es una novedad que confluya de manera organizada frente al paro. Las primeras líneas son un reflejo del país que tenemos y eso incluye, como lo vimos en la visita, madres solteras, desempleados, profesionales a la deriva, muchachos de barriada y más. Y, sí, hay gente que consume marihuana, hay delincuentes y hasta policías infiltrados. ¿Esperan acaso a la guardia de Buckingham?

También hay un rechazo crónico de la juventud contra la Policía por su arbitrariedad. La violencia ha hecho a los jóvenes sospechosos y a los policías bandidos. La estigmatización se expresa en persecuciones, escapadas y enfrentamientos. La respuesta brutal de la policía, los infiltrados, la presencia de carros sospechosos en los sitios de concentración, la indignación y la rabia que quita el miedo a seguir callados, escondidos o invisibles, explican aún más el nacimiento de la Primera Línea en Medellín.

Uno de sus líderes, Anthony, me aclara que son “un grupo de contención que protege al marchante de peligros como el vandalismo, los robos o cuando hay choques con la fuerza pública. Esto se refiere a la ubicación dentro de las marchas, no se refería a un grupo determinado, y ahora se asocia a lo que hacemos. Cogió fuerza desde hace dos años, pero conocemos casos de Primera Línea en los años noventa.”

Misión médica y derechos humanos

Cuando el alcalde Daniel Quintero limitó el acceso al Puesto de Mando Unificado (PMU), apareció una estructura que se llama PMUP (Puesto de Monitoreo Unificado Popular). La “M” deja de referirse al mando porque no son una organización que da órdenes, sino que acompaña, y la palabra “Popular” aparece para deslindarse de la estructura burocrática de la Alcaldía.

En esa defensa de los derechos, se suman otros actores, como el Proceso Social de Garantías (PSG), que nació hace más de cinco años, y que es el impulsor de este puesto de monitoreo.

También están la Defensoría Pública Popular, que es una instancia donde la sociedad se articula y de alguna manera confronta una Defensoría cooptada por el Estado, y el Bloque Popular de Salud, donde confluyen profesores universitarios, personal de salud y voluntarios para acompañar y garantizar una atención médica de calidad a los heridos en medio de las protestas.

Leyder Perdomo, integrante de la Corporación Jurídica de Libertad y del PSG, me cuenta: “Quisimos convocar a otros abogados y abogadas para ejercer la defensa técnica de personas judicializadas en el marco del paro nacional (...) Aportan a su manera; de pronto no marchan, pero se suman a la defensa jurídica como una forma de aportar al paro”.

Y para Elena Vega, estudiante de Medicina, “tenemos un deber ético y es el de velar por la vida y la salud. Y más allá de esto, también debemos asumir una postura política. El hecho de estar apoyando las movilizaciones en la atención en salud es también generar una permanencia sobre la protección de la movilización, de la protesta, de la vida”.

Parque de la Resistencia

Como en otras partes del país que han ido renombrando algunos lugares en medio de la protesta, existe el parque, ya no de los Deseos, sino de la Resistencia (bueno, resistir también es un deseo). Las marchas suelen salir o terminar en esta plaza pública, lo que fortalece su valor como símbolo.

Allí hay un centro de recolección de ayudas, donde han traído desde leche hasta escudos y cascos. Detrás de ese espacio y de la gente que intenta estar allí día y noche, lo que observé es una gran sensibilidad social y una organización casi asamblearia, sin ningún tipo de estructura piramidal.

En los diálogos del parque de la Resistencia se mencionan temas nacionales, como las empresas de salud; regionales, como Hidroituango o los muertos que bajan por el río Cauca, también aparecen historias locales de la Operación Orión y de las recientes detenciones arbitrarias.

La historia de violencia y de control territorial por bandas, bandolas y grupos armados en Medellín lleva a que el establecimiento permanente de sitios de bloqueos sea muy difícil, por eso, el arte y las expresiones artísticas hacen parte de la naturaleza paísa y se convierten en una alternativa frente a la imposibilidad real de desarrollar bloqueos permanentes. El parque de La Resistencia se aviva con ello, con arte popular, callejero y hasta clásico, que resiste y aporta a la transformación cultural. Aquí se dice Resistencia, pero también se dice Re-Existencia.

Parte de las tensiones que se viven en Medellín cuando se expresa la protesta social contra lo establecido, radica en un ideal de la resistencia como demostración de fuerza confrontado con la resistencia como forma cultural de aguante frente a unos poderes fácticos, reales, en lo profundo de cada barrio, que se rebelan y dicen no, ya no más.

VÁNDALOS, NEGOCIACIÓN Y GENTE DE BIEN





NEGOCIAR ES CUESTIÓN DE MÉTODO

31 de mayo de 2021

Quizá muchos no sabemos si se dice envolar o embolar, pero caer en esa discusión es embolatarnos. Y eso es lo que hace el Gobierno colombiano cuando negocia el paro, cuando negocia los problemas de la pandemia y cuando negocia con las comunidades.

En otras palabras, el Gobierno engaña, miente, enreda, enmaraña, embrolla, demora, dilata, entretiene, extravía, desvía el debate; mejor dicho: hace trampa. Bueno, otra precisión semántica para salir de eso de las palabras y entrar al fondo del debate: los Gobiernos colombianos, en plural.

El general presidente Rojas Pinilla firmó la paz con las guerrillas de Guadalupe Salcedo y les incumplió. Desde esa época hasta hoy, todas las negociaciones con las guerrillas están llenas de trampas. De hecho, ya sobrepasan los 270 firmantes del proceso de paz FARC-Gobierno que han sido asesinados.

Trabajando en Catatumbo, los campesinos me contaron que tienen más de un centenar de acuerdos firmados con el Gobierno e incumplidos por las autoridades. Después comenté ese dato a los indígenas de Cauca y me dijeron que, en su caso, los acuerdos incumplidos superan el millar.

Pero tal vez la mayor embotada fue al acuerdo más cercano a un contrato social: la Constitución Política de 1991, escrita en letras de molde y traicionada desde su no aplicación, su violación o simplemente su reforma.

La negociación del paro

El Gobierno colombiano ha usado las mismas gastadas estrategias: negar la legitimidad del paro y de sus agendas, criminalizar la protesta, tratar de resolver los conflictos sociales con policía, poner en duda las vocerías, y, en el mejor de los casos, enviar emisarios de tercera.

El Estado cuando se sienta trata es de dar una conferencia, de explicarles a los pobres lo que es la pobreza, de imponer requisitos para la negociación, de amenazar con el Código Penal. El

Gobierno no quiere entender que negociar es ceder un poco, si no pues estamos es ante una claudicación que firma un derrotado; y las fuerzas del paro no están derrotadas.

El Estado tratará de dividir incluso apelando a agendas nacionales versus regionales; enfrentará legitimidades, tibios y radicales, sindicalistas y otros sectores, partidarios y contrarios a los bloqueos, jóvenes y viejos.

Hay muchas más cosas en el paro que bloqueos: hay marchas, cacerolazos, fiestas, desfiles, batucadas, obras de teatro, performance, conciertos, ollas comunitarias, campeonatos de fútbol, asambleas populares, arreglos de parques, velatones y un largo etcétera. El reto del sector popular es pasar de la poética a la política (sin con esto denigrar de la poética).



En mi opinión, hay dos cosas esenciales: uno, el barrio popular resurgió como espacio político, y dos, la gente ahora relaciona muy fácil el desempleo y las políticas. Ya el cuento de que “el pobre es pobre porque quiere” y de que “trabajo sí hay” quedó superado en un sector de la sociedad gracias a su capacidad de enlazar políticas neoliberales e inequidad. Con ese paro es con el que el Gobierno tiene que negociar y claramente no quiere hacerlo. Y la dicotomía que veo esta mañana de pesimismo es que tiene dos caminos: negociar o matar, y mi temor es que se esté inclinando seriamente hacia la segunda opción.

Por otro lado, resulta risible que quienes no han tenido coherencia manejando el Estado, sorteando los desafíos de la pandemia, gerenciando la desigualdad, administrando la represión y embolatando la negociación, salen ahora a pedirle a la sociedad lo que ellos no tienen, como si la sociedad tuviera que demostrar algo para exigir respeto a sus derechos.

En otras palabras, el cuento (sí el cuento) ese de: “No preguntes qué puede hacer tu país por ti, sino qué puedes hacer tú por tu país”, frase del señor Kennedy, es otra trampa porque los que se están quejando son los que han construido el país (no los ricos como nos quieren hacer creer), porque al comprar cada pan de la esquina los pobres pagan impuestos. Y es un cuento porque los derechos humanos no incluyen un concepto de mérito: no hay que portarse bien para tener derecho a la salud, o para no ser torturado.

Por qué este paro no se puede negociar tan fácil

En Bogotá, desde noviembre de 2019 y más ahora, las marchas “se mandan solas”, la gente no va detrás de una única vanguardia, no. Es más, ya no se marcha, como en una procesión de Semana Santa, detrás de una pancarta principal, sino

que cada persona hace sobre cualquier material un cartel con sus ideas. En Cali, en mayo de 2021, llegué a un punto de resistencia donde me autorizaron entrar, pero debía pedir un nuevo permiso para el área conexas porque no hay un mando único, sino círculos interdependientes unidos más en la causa que en la estructura. Buscar una organización piramidal es simplemente no entender.

En otro punto de Cali, al preguntar quién era el coordinador me dijeron: “todos y ninguno”. No era sino una constatación de lo dicho: el paro no es una orden dada desde una estructura a un rebaño pasivo, sino una expresión generalizada de hartazgos.

En Medellín, en los barrios populares, se han dado desde conciertos hasta campeonatos de fútbol, pasando por reuniones de costura para hablar del paro y del país. ¿Alguien puede razonablemente creer que no tienen agenda propia o, peor aún, que obedecen como borregos a una conspiración?

Claro que el Comité Nacional de Paro representa una parte de estas agendas, pero no todas y tiene que entenderlo e interiorizarlo. Por eso, se tiene que ampliar o será rebasado, el comité tiene que entender que no se está discutiendo un pliego (eso ya se superó) sino que la gente está cuestionando el modelo mismo. Si no lo entiende, pues no podrá negociar lo que no le pertenece.

Esa complejidad no es culpa de la gente, sino del sistema. Esa larga lista de exigencias no son ganas de fastidiar, sino fruto de una lista igual de larga de incumplimientos. Esa demora en el paro no es por ganas de estar en la calle, sino porque el Gobierno no quiere entender de qué se trata, lo mismo podemos decir de los partidos políticos y la academia.



CARTA A LA GENTE DE BIEN

30 de mayo de 2021

Yo soy un levantado y un resentido. Eso no es bueno ni malo, solo es. Alguna vez, por unos segundos, sentí vergüenza de haber crecido en Bosa, Palestina, pero se me pasó rápido. Viviendo en Europa aprendí a tener orgullo de ser latinoamericano, y mucho antes había aprendido a la dignidad de ser de un barrio pobre. Ahora, con total descaro escribo esta carta para la gente de bien.



Eso que ustedes llaman odio yo lo llamo indignación, sin embargo, le seguiré diciendo odio en esta carta para que ustedes me entiendan. Yo conocí el odio entre clases cuando era niño, recuerdo a mi mamá limpiando en una cocina de una casa de ricos, esa cocina era muy grande, algunas cosas colgaban de las paredes (más que como objetos para cocinar, como demostraciones de lujo). A petición de la dueña de la casa yo debía quedarme quieto, y me quedé quieto en una silla mientras mi mamá limpiaba.

Eso para ustedes parece tonto, pero para mí no, porque el mensaje de ustedes es que nosotros siempre debemos quedarnos quietos, inmóviles, resignados por orden de ustedes.

No es que vivamos en países diferentes, es que tenemos presupuestos diferentes. Para ustedes la pandemia fue una incomodidad y el paro un obstáculo para ir a un campo de golf. Para otros la pandemia fue un rebusque mayor y el paro la posibilidad de gritar juntos que nos están matando.

Ahora ustedes salen vestidos de blanco. Ya habían salido en Cali vestidos de blanco y armados a dispararle a la minga. Ya habían salido antes a advertirnos que plomo es lo que hay y plomo es lo que viene. Ya lo habían dicho en Pereira y en Cúcuta y están regados por todo el país. Se sienten orgullosos de haber elegido al mismo por tanto tiempo. A veces los miro, más que con desprecio, con algo de lástima porque algunos tienen unas economías tan precarias y unas vidas tan pobres que no entiendo su voto por el verdugo. Ustedes no solo votan por él sino que lo idealizan, lo vuelven el mesías. Pero la idea de gente de bien no es de una camisa



blanca (y me acuerdo de las camisas negras del fascismo) sino que es una vieja historia; de lo que ustedes no se han dado cuenta es que hay diferentes tonos de blanco: los blancos de verdad, los dueños del país, como Luis Carlos, Julio Mario; otros como Álvaro e Iván, simplemente los capataces de una finca; y están los jefes de los peones, que ganan como peones, viven como peones, pero se creen capataces. Así nació el paramilitarismo, así se consolidó la extrema derecha, y, como El Cóndor, rezan de día y ordenan masacres de noche.

Ya me sé toda su retahíla de que pagan impuestos, y asumen que los que están en Siloé o Ciudad Bolívar no pagan impuestos cada vez que consumen en Colombia. Ya me sé su retahíla de las instituciones, esas mismas que he visto cómo abandonan a la gente o solo se acercan a los territorios en nombre del Estado para masacrar y desplazar.



Ya me sé su cuentico de que la violencia solo engendra violencia y de que el camino es la paz, al mismo tiempo que engrasan sus pistolas para matar impunemente a quienes se les ocurra. Ya sé que corren a refugiarse en las normas, con las mismas que pisotean a la gente; en las leyes, las mismas que han expropiado por generaciones; y en los tribunales, los mismos que siempre los han declarado inocentes.

También hay algo que debo reconocerle a algunos y es que están dando la cara. Hay otros de blanco que, por el contrario, están agazapados, los neutrales, que llaman a la tolerancia, para los que toda la violencia es igual, los que no miran el contexto y quieren sonreír hacia todos los lados para quedar bien con el mundo, pero les recuerdo que nadie es monedita de oro.

Ustedes están metidos en el paro, no a favor, sino en contra. Son esos que obligan a sus trabajadores a llegar a tiempo a pesar de los trancones o serán sancionados, los que les quitaron el 10% del salario a los trabajadores de la salud en la mitad de la pandemia, los que miran a otro lado cuando cae un joven, los que aprendieron a decir que la víctima no estaba cogiendo café. También son los que están encapuchados incendiando cosas para culpar a los manifestantes, como ya se ha demostrado. Son también esos de blanco que se visten de verde, porque sabemos que hay unos de verde que se visten de blanco.

Y claro, los timoratos y los tibios me dirán que no debo polarizar. En una sociedad económicamente polarizada, socialmente polarizada, políticamente polarizada, yo no puedo polarizar, según ellos. ¡Qué ironía de la vida y qué hipocresía!

El problema, para ustedes, es que la gente se despertó. A ustedes les molesta que una reforma tributaria de blanco, para la gente de bien, haya sido tumbada; y que una reforma a la salud, para la gente de bien, también haya sido retirada. Y yo sé que les molesta que al ministro de Hacienda, que hace parte de la gente de bien y que dejó sin agua a varios millones de los que no son la gente de bien, le haya tocado perder su puesto.

No sé si es una coincidencia, pero la gente de bien se viste de blanco y los timoratos de bien, algunos, invitaron a votar en blanco. Ya sé qué me van a decir mis amigos, algunos de ellos muy cercanos a la gente de bien, tanto que parecen parte de ellos, que mi postura llama al vandalismo. Me dirán también que no puedo tomar todo tan personal, pero lamento in-



formarles que recordar a mi mamá limpiando en esa cocina me enseñó que no hay nada más personal que la injusticia y que no hay nada más personal que la indignación, sobre todo cuando tiene nombre propio, se llama la gente de bien.

Lamento informarles que ya tomé partido, y es posible que perdamos, pero si estamos acostumbrados a perder por qué no vamos a luchar para tener un juego en condiciones un poco más justas, entre iguales; por qué vamos a preocuparnos porque ustedes duerman bien, cuando nos han dañado los sueños.

Nos veremos por ahí en las calles, me mirarán con desprecio, dirán que soy poco académico, que siendo médico debería estar con la gente de bien, que el resentimiento no ayuda, que el pasado es el pasado y que juntos tenemos que abrazarnos para construir un mejor país. Esa última frasecita la he escuchado por décadas sin que ustedes hayan puesto un grano de arena para que esto mejore.

Me despido, debo irme a tomar fotos en otra marcha, a echar una mano en una asamblea popular. Y, como buen hincha de Santa Fe, no me preocupa la derrota, me preocupa la deslealtad. Buen día.

PD: Si usted no se considera gente de bien, no tiene por qué sentirse ofendido.

LA ESTRATEGIA DE TODELAR

2 de junio de 2021

En mi época de juventud, cuando uno hacía fila en el teléfono público con moneditas en el bolsillo para comunicarse y no había la inmediatez de hoy, una de las formas que tenía la gente para llamar la atención en la protesta social era tomarse pacíficamente alguna emisora, una iglesia de pueblo o, en el más arriesgado de los casos, una embajada. Algo así pasa en el paro nacional de hoy.

Recuerdo que, en esa época, jóvenes de varias universidades y gente de Ciudad Bolívar se tomaron la embajada de México para protestar por una masacre del Ejército contra la marcha campesina de miles que movía al nororiente colombiano.

Recuerdo también la toma de la iglesia de Las Nieves para protestar por una de las tantas injusticias del país. Así mismo, la ocupación temporal pacífica, ingenua y, algunos dirán, hasta ridícula de la emisora Todelar para difundir un mensaje.

Todo eso tenía un halo de entrega y heroísmo muy parecido a los que veo ahora en la Primera Línea de Bogotá, Cali y Medellín. Pero esas tomas tenían un problema de base: una vez los muchachos quedaban atrapados dentro de unas instalaciones, el Gobierno, hábilmente, dejaba de poner el énfasis en lo que ellos





reclamaban, como libertad para unos detenidos o justicia para unos campesinos, y enfocaba todo en la negociación de la toma. En otras palabras, entraban por justicia y quedaban atrapados en una negociación sobre las condiciones de salir; se olvidan las causas que los llevaron hasta allí.

Llamemos a eso la “estrategia de Todelar”, (por darle algún nombre) que representa esa histórica capacidad del Gobierno para presentar las causas como consecuencias, y las consecuencias como causas. De esta manera, los problemas que genera una protesta terminan siendo el objeto de la negociación. Eso es exactamente lo que han hecho las élites por décadas cuando negocian con un grupo armado: discutir qué hacemos con las armas o las consecuencias de la guerra, evitando al máximo hablar de las causas.

Ahora se vuelve a repetir, las viejas élites de siempre se reúnen con el Comité Nacional de Paro, haciendo énfasis en que el problema son los bloqueos, y el debate sobre la justicia social, la reforma tributaria, la reforma pensional o cualquier política que se quiera mencionar queda diluido y aplazado hasta su mínima expresión.

Entonces, el gran problema del país deja de ser que hay 21 millones de pobres, miles de desaparecidos o millones de desplazados, sino que hay un bloqueo en la calle. Esta situación es favorecida por la inmediatez, por no hacer una mirada estructural del problema.

Así, muchas personas timoratas terminan haciendo exactamente énfasis en que el problema son los bloqueos y que los muchachos se metieron de manera “vandálica” a Todelar, y no en las causas de ese acto.

Entiendo perfectamente que en esas acciones puede haber elementos de ilegalidad y que caben todas las invocaciones al Código Penal que quieran, pero eso no niega de ninguna

manera la legitimidad de tales hechos, pese a las dudas de algunos.

La toma de Todelar no dejaba en todo caso de ser una acción marginal, aislada, porque simplemente se retiraba la transmisión, porque la Policía rodeaba la emisora y porque la posibilidad de enfrentarse a una presa totalizante era mucho más compleja.

Lo triste es que hoy estamos en la misma situación y, a pesar de contar con Internet, siento que al Comité Nacional de Paro le falta esa agilidad para posicionarse que lo importante no es la consecuencia sino la causa, más allá de dejarse enredar en el debate de los bloqueos del paro como único punto de la agenda.

Pienso que los timoratos, enredados en las leyes y en lo que ahora surge como “políticamente correcto”, salen a condenar lo que pasa sin mirar el paisaje completo. Es cierto que hemos ganado en redes sociales, pero hemos perdido en posturas “políticamente incorrectas”.

No sé si la noción de “generación de cristal” se trasladó, después del 28 de abril, de unos jóvenes con los que tocaba hablar con pinzas cualquier tema, porque todo era censurable y ofensivo, a los viejos a quienes ahora no se les puede criticar nada porque todo es censurable y ofensivo.

También están los que, cuando la toma de Todelar, se iban al bar de la esquina por unas cervezas, porque no tenían WhatsApp, a decir lo que los muchachos tenían o no que hacer, sin que esto representara algún cambio en el curso de la historia, sobre todo porque esas palabras ni siquiera quedaban escritas y se las llevaba el viento. Eran opinadores no tenían ni ton ni son, pero creían que con la cerveza en una mano y el esférico en la otra estaban decidiendo el rumbo de la toma. Recuerdo que en esos días del pasado, había un grupo de ciudadanos



que intentaba erigirse como “mediadores” entre los ocupantes y las autoridades, de esos hoy hay muchos, como si estuvieran por fuera del conflicto social y hasta de la sociedad misma, y no fueran parte del problema. Es más, no se dan cuenta que, simplemente, el Gobierno no quiere negociar.

Volviendo al cuento, el problema es cómo romper la estrategia de Todelar, y para eso necesariamente la sociedad tiene que tomar partido: está con la Policía que rodea a la emisora y con los dueños de Todelar (esto es una metáfora) o está con los muchachos que están adentro atrapados y buscando justicia.

No es el momento de hacer consideraciones sobre la capacidad dialéctica de los jóvenes, de la semántica de sus discursos, de su presentación personal ni de la forma adecuada en la que se debe manejar un micrófono. Eso es exactamente lo que busca la narrativa para poner a la sociedad a favor de la Policía que rodea a la emisora.

Y hay una caterva de puros que están esperando la evaluación moral de cada uno de los muchachos que se encuentra dentro de la emisora para darle o no la aprobación. Entre estos últimos hay ciertos sectores sociales de izquierda y aparentemente “progres” que posan de tener una superioridad moral para autodenominarse jueces de los que protestan.

Entretanto, el tiempo pasa, el desgaste se acumula dentro de la emisora, las provisiones se agotan, las tensiones internas se producen y la Policía pacientemente espera para capturar a los jóvenes. Muy lejos de ahí, el dueño de la emisora se ríe mientras se toma un wiski y llena un crucigrama.



SOY UN VÁNDALO Y DE PRIMERA LÍNEA

Reflexiones alrededor de una conversación con un muchacho de Primera Línea,

10 de junio de 2021

Me llamo Martín, pero eso ya no importa. Al final de esta página, ni siquiera recordarás si era Martín mi nombre. Mi edad tampoco importa, soy demasiado viejo para seguir a la espera, y demasiado joven para resignarme.

Es posible que muera en esta noche por un plomo asesino de algún tombo, es posible que muera de Covid mañana esperando una cita, que muera a puñal por un vecino ebrio, eso no cambiará que mi nombre es Martín ni tu olvido al final de estas palabras. No leí a Marx, así que eso de la lucha de clases no lo entiendo, pero odio a los ricos, no por ricos sino por hijueputas. En cambio, los aspirantes a ricos me dan lástima.

Hace una semana vino a hablar con nosotros un estudiante, no le entendimos nada, pero cuando se armó el tropel, él salió con sus libros bajo el brazo.

Vino un sindicalista gordo y otro flaco. Uno nos escuchó y otro nos dio un sermón antes de irse. Vino un político que vio votos, mientras un empresario desde su carro nos vio como mano de obra muy barata.

Vino un funcionario del Estado, prometió cosas, nos miró encima del hombro y luego volvió a prometer lo mismo que había dicho tres días antes; no se acordaba que ya lo conocíamos y olvidó que para ser mentiroso hay que tener memoria.



Vino la señora de la esquina, con una bolsa de pan; vino el viejo de la cerrajería con un termo con tinto. Ninguno nos juzgó, solo nos dieron un abrazo con los ojos. No andaban cazando razones sino sintiendo impotencias, esas que nacen cuando uno es demasiado viejo para seguir a la espera, y demasiado joven para resignarse.

Cuando vino la lluvia, cuando vino la bala, cuando vino el hambre, cuando vino la noche, cuando se fue despejando la calle y nos quedamos solos, nosotros y nuestras angustias, vimos en un espejo inmenso nuestra sombra.

Estamos solos, dijo ella, bajando un poco su capucha y sonriendo, estamos solos gritó el más pequeño de los otros del combo de al lado. Y fue un alivio, no había viento ni mentiras en el viento, no había promesas ni falsedades en la lluvia.

Entonces nos miramos, recordamos el noticiero lleno de mierda, los analistas llenos de arrogancia, los políticos llenos de opulencia. A lo lejos, estaba desde su ventana, con nosotros, la señora del pan y el viejo del tinto como protegiéndonos.

Mañana, tal vez pasado mañana se acabe esto, tal vez mueran otros Martín en la calzada. No se equivoquen, no hacemos esto por dinero ni fama, ya tenemos fama de bandidos y de Primera Línea. Lo hacemos porque descubrimos que la protesta es también una razón para vivir.

Quisiéramos destruir todo lo que la Policía representa y encarna. Pero eso ustedes no lo van a entender, ya no pueden, nunca han podido. No entenderán que la vida es un espasmo que se asume y no un manjar que se guarda hasta podrirse. Por eso, no le copeamos ni a usted, ni al presidente.

No salimos a la calle a protestar para obtener una cosa concreta, lo hacemos (por lo menos yo así lo hago) para ser por un momento ante una sociedad que no nos deja, para ser por un rato antes de morir, mejor que dejar de ser sin haber sido. Pero ustedes no quieren escuchar, están demasiado ensimismados en papeles, elecciones y platas. Ustedes juegan ajedrez, nosotros abrazamos; ustedes están enredados en las formas bonitas y a nosotros las formas suyas nos valen una mierda. Por eso pierden el tiempo cuando nos dicen qué hacer. Ustedes que nunca nos echaron una mano, ahora nos dicen cómo protestar; ustedes que tienen las manos sucias nos dicen cómo hay que lavarlas. Me vale más ese muchacho herido al lado mío, del que no sé su nombre, que su sarta de mierda perfumada. Ese es otro como yo, perdido y rescatado por sí mismo. Por eso nos entendemos sin hablarnos.

Es posible que ya lo hayas olvidado, me llamo Martín, pero también Roberto, me llamo Esperanza sin espera, Gloria sin goce y Salvador sin protección al tacto. Yo no sé los demás por qué pelean, tampoco estoy del todo seguro por qué ustedes roban y otros matan.

No tengo prisa, pero tampoco pausa. Alguna vez uno de ustedes, uno que leyó libros y usa gafas, me dijo que las cosas se hacen para justificar esta existencia. Y en la mía tiene más valor este presente incierto que volverme viejo y triste en una cama.

No te voy a escuchar, no vengas con sermones; y tampoco a gastar saliva contigo y mis palabras. Te hablaré cuando sepas la historia del cerrajero del tinto, de mi vecina que trabaja en una tienda. No, mejor te hablaré cuando sepas qué dicen los ojos de la vieja del pan en la mañana.

MÁS ALLÁ DEL PARO



AUNQUE EL ESMAD SE VISTA DE AZUL

6 de junio de 2021

He tenido familiares policías y crecí conociendo sus angustias cotidianas. ¿Por qué digo esto? Porque el más cacareado argumento cuando se critica a la Policía es que los desconocemos como personas.

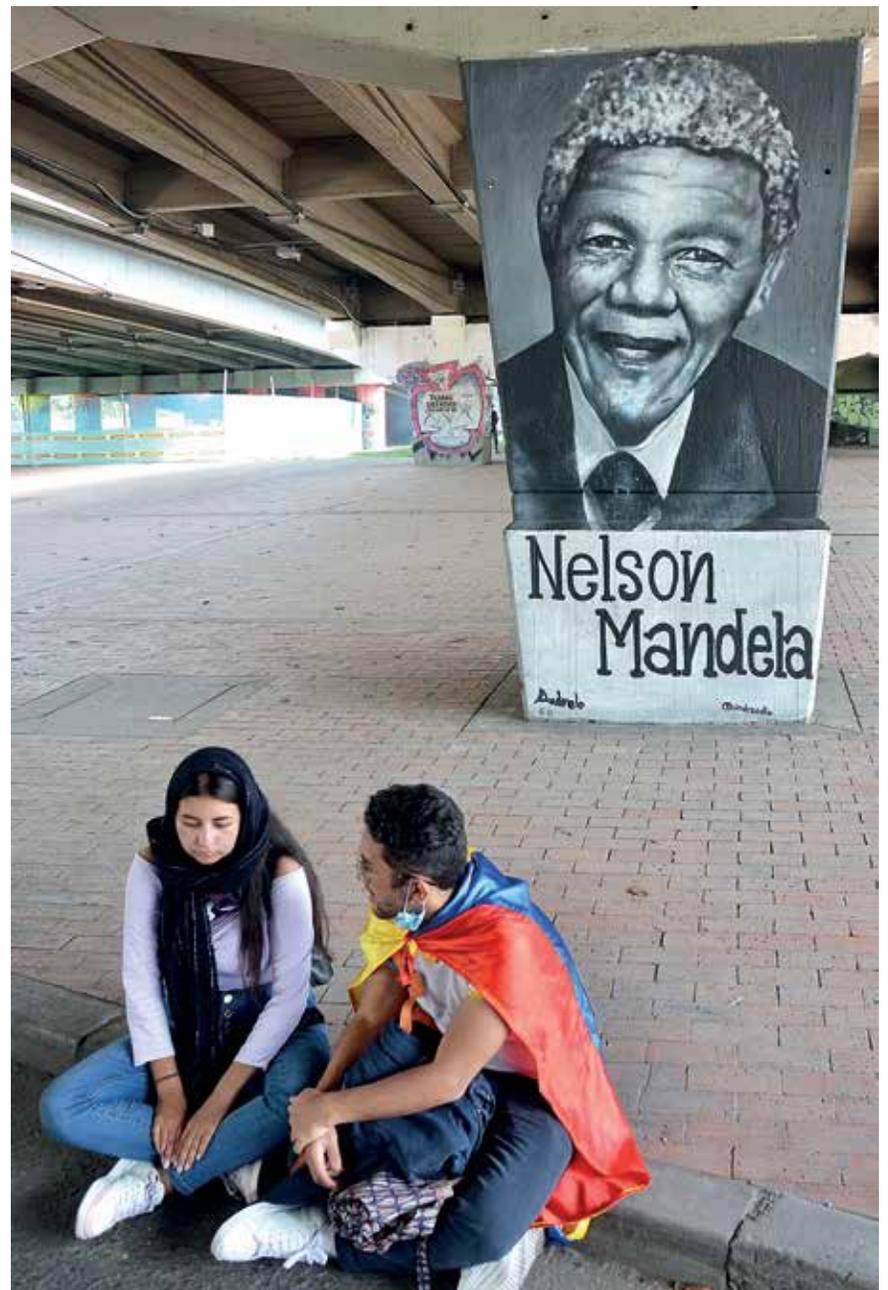
De hecho, en agosto de 1987 estábamos en orillas opuestas de la protesta frente a la Universidad Nacional. Esa vez, Luis Alberto Parada Pedraza fue asesinado por un oficial de la Policía de un disparo en la nuca.

Treinta y dos años después, en noviembre de 2019, vi cómo unos encapuchados prendían el tropel en la Plaza de Bolívar y luego se refugiaban tras las filas de los policías uniformados del Esmad. Entre estos dos sucesos hay una larga lista de denuncias que involucran a la Policía, por hechos como: homicidio, tortura, desaparición, violencia sexual, detenciones arbitrarias, allanamientos ilegales y un largo etcétera.

Los ataques a la Policía del 9 y 10 de septiembre de 2020 no fueron el fruto de una conspiración organizada desde el exterior y ejecutada por guerrillas, sino la explosión de una sociedad asqueada de la represión policial, que se evidenció aún más en medio de la pandemia.

Paradójicamente, también he sido invitado en varias ocasiones a dar conferencias de derechos humanos a la Policía. Ahí he tenido conversaciones sinceras, pero también he visto posturas solapadas.





A los policías no los puedo evaluar individualmente porque son un conjunto, actúan como un todo, son un cuerpo, y no trabajadores de una profesión liberal (como los médicos o los abogados). Tienen una jerarquía a la que deben obedecer, aunque eso no niega que la responsabilidad penal sí es individual.

Ni Dios, ni patria

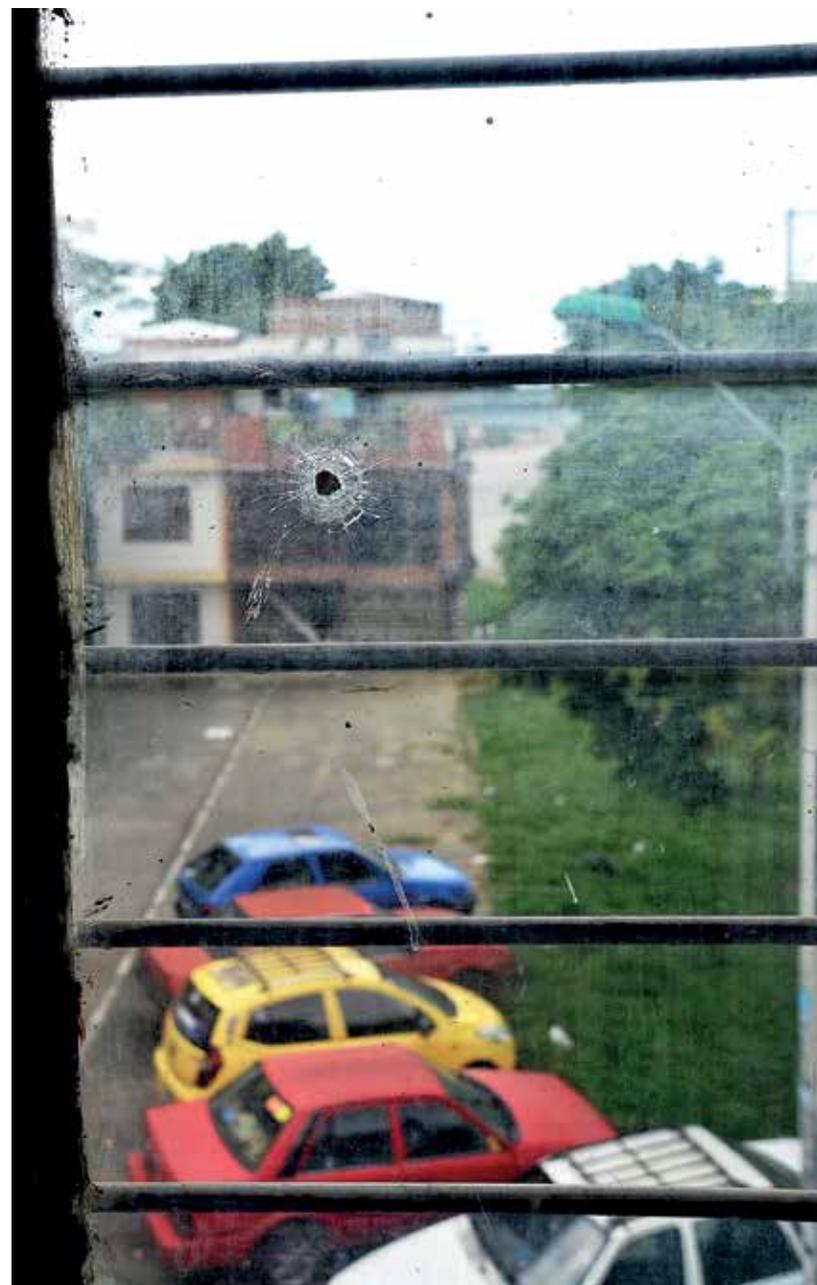
Como ha sido dicho en muchísimos textos, la Policía, más que nadie, está obligada a respetar la ley. Es más, recuerdo que hace muchos años en las comunas de Medellín se decía “Ahí viene la ley” para avisar que llegaba la Policía. Pero esa afirmación tenía a su vez otra lectura: que la Policía se manda sola y así es percibida en muchas partes del país.

No compro el discurso de las manzanas podridas porque, tal como lo han reconocido algunos miembros de la Policía, las prácticas contrarias a los derechos humanos no son una iniciativa particular. Por ejemplo, recalzar la munición antidisturbios con bolas de cristal ha sido una constante; esa práctica es la responsable de la muerte del estudiante Óscar Salas en las puertas de la Universidad Nacional y eso mismo vimos hace pocos días en el despliegue del Esmad contra la protesta en Medellín.

El uso indiscriminado y abusivo de la fuerza, innecesario desde el punto de vista policivo, injustificado desde la ética, y delincuencia desde el Código Penal (por ejemplo, en la sistemática práctica de detenciones ilegales) hace hoy a la Policía una de las instituciones más odiadas del Estado.

El malestar es tal que cuando se publican fotos en las redes sociales la respuesta es casi instintiva contra los uniformados. Pero lo peor es que tienen un espíritu de cuerpo con el que se alcahuetean las ilegalidades, que van desde andar sin identificación hasta usar de manera discrecional su capacidad violenta, lo que ya ha dejado, solo en este paro, decenas de civiles muertos.

La Policía Nacional de Colombia es una organización, en sentido literal, paramilitar: porque actúa con armamento, código, disciplina,



doctrina y paranoias similares a las de las fuerzas militares. De nada sirve que en la Constitución y las leyes aparezca como un cuerpo civil porque, total, en Colombia las leyes van por un camino y la realidad por otro.

Vale repetir lo dicho: en el paro no se puede invocar ni aplicar el Derecho Internacional Humanitario (DIH): esto no es un conflicto armado, ni tampoco los manifestantes son combatientes a los que se les pueda disparar.

La propuesta de hoy para la reforma a la Policía que presenta el Gobierno de Duque no es fruto de una autocrítica (inexistente por demás) luego de estas semanas de brutalidad policial, sino que es otro triunfo del paro nacional, aunque no quiera reconocerlo.

Los informes sobre denuncias contra la Policía aumentan, pero el porcentaje de investigados y sancionados sería risible si no fuera una desgracia. Uno de los más dolorosos y menos evidenciados fue el incendio de un puesto de Policía en Soacha donde murieron incinerados por lo menos ocho muchachos sin que los policías les abrieran las rejas.

Llevamos décadas diciendo que a la Policía hay que reformarla. A comienzos de los años noventa, la misma Personería de Bogotá recomendaba dejar en los cuarteles a los policías para disminuir los delitos ya que este cuerpo era más problema que solución a los crímenes en la ciudad.



El hábito no hace al monje ni el uniforme al policía

En el año 1999, crearon el Escuadrón Móvil Antidisturbios (Esmad) al que curiosa-mente la gente llama “Smad” o “Smart”. Este cuerpo tiene tan mala reputación que es común que la gente nombre como parte de sus miembros a todo policía violento así pertenezca a otro tipo de estructura.

Al año siguiente, los suboficiales de la Policía, antiguos cabos y sargentos, empezaron a denominarse intendentes y comisarios. También hubo modificaciones cosméticas del uniforme, chalecos reflectores, organización de policías por cuadrantes. Pero esos cambios no significaron una transformación en la doctrina. Este domingo 6 de junio, el presidente Duque anunció cambios en la Policía, que van desde un nuevo estatuto disciplinario, nuevos sistemas de recepción de quejas y denuncias, formación en derechos humanos, nuevos decretos sobre armas traumáticas y cambio del uniforme. La verdad es que, como dice un tuitero, podrían empezar simplemente con no matar civiles.

Durante décadas, la Policía ha recibido cursos de derechos humanos y el número de cursos no puede ni debe ser un indicador, máxime cuando en la práctica



contradican tales normas. Lo mismo podemos decir de nuevas normas disciplina-rias o de ajustes en su subordinación institucional.

La Policía de hoy es la que es. Y aunque algunas de sus extralimitaciones dependen de los individuos que la conforman, lo cierto es que una institución formada cual militares ante un conflicto armado interno no puede cambiarse simplemente con, por ejemplo, ponerla a depender del Ministerio de la Cultura.

La decisión del Gobierno de simplemente ampliar el nombre del Ministerio de Defen-sa, para acoger con más fuerza a la Policía y aumentar el vínculo entre la labor policial y la labor militar, va exactamente en la dirección opuesta a lo que el país necesita. Así mismo, crear un nuevo observatorio de los derechos humanos desde la Policía es repetir el ritual institucional innecesario, ya que hoy en día hay suficiente informa-

ción sobre la mesa para tomar decisiones de fondo, salvo que la Policía ahora también se quiera comportar como una organización dedicada a realizar informes de derechos humanos cuando sí tiene la capacidad real de incidir en su cumplimiento.

La Policía podría estar en el Ministerio de Interior, de Defensa o en cualquier otro; ponerse un uniforme rosado o violeta, cambiar los grados por lo de los Boy Scouts o empezar a llamarse Defensa Civil; pero nada de eso es un cambio real. Creer que el color azul actúa de manera mágica para evitar la brutalidad policial es equivalente a prevenir la COVID-19 con dióxido de cloro. (los ponen de azul y no de blanco para que no se confundan con la «gente de bien»).

Lo que se intenta no es más que un ritual de normas y cambios institucionales para que todo siga igual. Es cierto que los rituales cumplen un papel en la humanidad desde la celebración del nacimiento hasta la sepultura, pero también hay claros rituales vacíos. Tal vez los más perversos son aquellos que se fijan por completo en la forma sin tocar para nada el fondo.

Por sus acciones los conoceréis

La pandemia desnudó la inexistencia del Estado social y el paro lo peor de la Policía. No estamos frente a una Policía que haya pasado un poco la raya o que tenga manzanas podridas sino frente a una institución que actúa solapada, de civil, con prácticas ilegales, con armamento letal y que ve a la sociedad como su enemigo.

Reportes de policías transportando pertrechos en ambulancias, capturados por la comunidad vestidos de civil y con granadas, infiltrados en las marchas para atacar edificios, responsables de violencia sexual, no son hechos que puedan olvidarse con un policía de barrio dispuesto a jugar fútbol con los vecinos o colocando arreglos navideños en diciembre.

Es caricaturesco cómo el comportamiento policial cambia de manera dramática si están frente a ricos o frente a pobres. De igual manera, si se enfrentan a unos indígenas armados con palos o tienen al lado a unos civiles armados vestidos de blanco. Curiosamente la Policía se desenmascaró a sí misma. El reconocimiento de que se necesita su reforma es un logro más de los muchachos.

La prueba de que el debate no es simplemente estético es que la estética indígena de la minga y todo su comportamiento ejemplar tiene más legitimidad que la Policía, no solamente entre la gente del paro, sino en la sociedad en general.

Sabemos perfectamente que tras la reforma tributaria que cayó vendrá una nueva, ahí tuvieron un poco más de decoro y disimulo, pero ante este nuevo logro del paro, como lo es la reforma a la Policía, van descaradamente a remar en sentido contrario y, por tanto, los problemas no se van a resolver. Es un triunfo ridículo del simbolismo vacío creer que una bala pintada multicolor es menos asesina que una bala de color plomo.

HACIA UN FRENTE ANTIFASCISTA

16 de junio de 2021

El Comité Nacional de Paro dice que las marchas se suspenden. Varios sitios de protesta dicen que el Comité no los representa. Gente que no ha ido a ninguna marcha dice que el paro se desgastó. Los medios de comunicación decían que el paro nacional no podía ser solo bloqueos, pero ahora dicen que sin marchas el paro se acabó. ¿Y la alternativa? Yo propongo un frente antifascista.

Antifascista porque el fascismo de hoy busca el “control de externalidades”, dirían los neoliberales, para implementar medidas económicas: paros, huelgas, marchas y bloqueos. Por eso, hoy un neoliberal no puede ser antifascista sin traicionarse; por eso, un frente antifascista es la confrontación a un Estado represor que pone su violencia al servicio del mercado. Nos toca confrontar la violencia estatal como parte de la lucha contra el modelo económico.

Volviendo al Comité del Paro, sabemos que no puede determinar el futuro de la protesta, pero tampoco es un ente abstracto a las luchas sociales. En otras palabras, el Comité representa una parte de la sociedad organizada y movilizadora, pero no toda y, por lo mismo, no puede hablar a nombre del paro que lo supera.



Tampoco puede decirse que el Comité no represente a nadie. Eso tan simple parece ser difícil de digerir en un país donde la polarización va ganando terreno cada día.

¿Hasta cuándo con la misma estrategia?

Estamos de acuerdo en que el paro tiene que renovarse o se muere. La cosa empieza antes por la pregunta ¿quién es el dueño del paro? El paro no tiene dueños, más exactamente es un plural de voces e indignaciones que se sienten recogidas en él..

Los métodos de protesta se deciden por la suma de varios factores: lo que dice la ley, pero eso es más un formalismo a tener en cuenta que una camisa de fuerza para la acción; también cuenta la capacidad movilizadora, pero en este caso la irrupción de nuevas formas y sujetos políticos hace que las formas ortodoxas sean caducas; igualmente, hay que ver lo que produce resultados, lo cierto es que esas manifestaciones en las calles y en los puntos de resistencia son las que explican los logros del paro.

No hay nada más tonto que tratar de buscar el consenso para mover un dedo en una sociedad tan fragmentada y con esa multiplicidad de agendas; esto no niega la necesidad de la unidad, sino que

la matiza: no podemos andar invocando el consenso como un dogma ante cosas que, como parte de la naturaleza humana, hay diferencias.

El paro ha funcionado precisamente en la diferencia, pero sí hay disputas de egos, vanguardismos, liderazgos no reconocidos... El paro también refleja el país: tensiones entre el centralismo y las regiones, debates de género, malas comunicaciones entre obreros e indí-

genas, exclusión de minorías... Con ese país real es que tenemos que hacer el paro para cambiar el país; no esperar un país ideal para entonces protestar. Eso no es un llamado a la resignación, sino a la audacia política. La paradoja está en que necesitamos, por ejemplo, un sindicalismo ideal para luchar, pero un sindicalismo ideal solamente existiría en una sociedad ideal donde, por definición, no habría necesidad de luchar.



Recordemos algunas obviedades: el paro no es igual simplemente a movilizaciones, hay que hacer otras cosas. De hecho, lo que me parece es que se hacen más otras cosas: plantones, puntos de resistencia, interrupciones temporales del tráfico, ollas comunitarias, asambleas populares, arreglo de zonas comunales, conciertos, cacerolazos, creación de bibliotecas, muestras artísticas, etc.

La pregunta es ¿necesitamos las marchas? Sí y no. Lo que molesta no es tanto que se descentre el papel de las marchas a otras actividades, sino la autodesignación de liderazgos más allá de su legitimidad y, más aún, el discurso que asocia el fin de las marchas al fracaso del paro. Eso irrita y mucho a la gente que sigue en la calle, porque su permanencia en los puntos de resistencia es, precisamente, el lado más fuerte del paro y no se siente consultada.

El sindicalismo pone lo suyo, históricamente ha puesto muertos, detenidos y ha encabezado negociaciones sociales. Precisamente fruto de una brutal represión, hoy está diezmado. En honor a la verdad, usamos la palabra “paro” para referirnos inicialmente a una serie de manifestaciones, y no para nombrar un llamado a su origen: el paro en la producción de un sector.

En un país con una alta tasa de empleo informal, desempleo y subempleo, esperar un paro en la producción tiene mucho de ingenuidad. Por eso, los llamados bloqueos juegan ese papel: incomodar.

El que crea que se puede hacer una protesta sin incomodar, sin llamar la atención, sin desordenar lo cotidiano (lo que no significa un llamado a la violencia), pues, no ha entendido ni lo que es una protesta ni mucho menos lo que eso significa en Colombia.

Hacia un frente antifascista

Con mucha razón y por muchas razones, el Comité Nacional de Paro se agotó de hablar con un Gobierno sordo y represivo. Y urge ahora tener una dirección que coordine, represente y señale posibles rutas para encausar el paro.

El paro no es el problema, ni siquiera el ministro Carrasquilla, ni los bloqueos, sino el modelo.

Por eso, el paro no es simplemente un pliego de peticiones ni una sucesión de marchas, sino una confrontación al modelo. Ahora más que nunca (así nos llamen polarizadores) cabe la pregunta de si estás con el paro (y todos sus errores) o con el modelo (y todas sus falsas promesas).

Necesitamos un frente que vaya más allá de lo que diga el Comité del Paro,

de la olla comunitaria, de los llamados a la calma, incluso de las elecciones de 2022 (sin desconocer que son parte de la lucha).

Y ese frente tiene que ser conceptualmente antifascista (aunque la palabra huela a naftalina), tanto por rechazo al fascismo histórico del Estado colombiano como este fascismo al servicio del modelo económico. Y un frente así solo puede ser compuesto por antifascistas declarados.

¿Qué sirve y qué no sirve a un frente así? Esta pregunta podría ayudar a despejar dudas, señalar caminos e identificar aliados. En las formas ya la calle dio la respuesta, desde la protesta creativa: con el arte, pero no reduciendo el arte a sus expresiones clásicas, sino de rebeldía que llama a la calle. Por eso, en un momento de quiebre, como en el suspiro ante una batalla, son pocos los que quedan y muchos los que se rinden o retroceden; toca tomar partido. Y no es que me alegre, pero doy por sentado que los tibios y los neutrales ya decidieron.

Cuando la cadena de asesinatos de los compañeros de la Unión Patriótica no teníamos músculo político suficiente, lo hemos desarrollado en medio de las peleas contra el neoliberalismo, la defensa de la paz y plantarle cara al asesinato

del liderazgo social. Ese acumulado de capacidad de confrontación se expresa hoy (al margen de romanticismos) en la legitimidad de la Primera Línea, y por todo lo que significa: convocar, permanecer en la calle y elaborar propuestas.

No es solo el Comité de Paro. Hay otras legitimidades que cuentan: la Minga, los jóvenes, las regiones, organizaciones de negritudes, mujeres, campesinos, camioneros y hasta militares que se oponen (cada vez más y con mayor argumentos) al Estado fascista. Esas tensiones salvables nos deben llevar a diferenciar aliados de enemigos, reconocer enseñanzas de las diferentes generaciones, e incorporar agendas históricamente olvidadas.

Sería profascista querer decidir desde esta tribuna qué hacer, cómo y con quién. Solo pongo unas ideas para alimentar el debate. Urge precisar las propuestas más allá de la crítica. Por ejemplo, en un nuevo modelo de salud ¿Cómo serían las formas de contratación del personal de salud?; ante una reforma tributaria ¿Cuál deberían ser los criterios?

Un frente antifascista va más allá de los sectores, grupos, partidos políticos, movimientos y colectivos que solemos juntarnos contra el Estado. Por lo mismo, convocar a un movimiento para el siglo XXI con lenguajes y formas de los años

setenta es desconocer por completo precisamente la originalidad de este paro. Hay que construir desde la vida y no desde la muerte.

No le sirve a un frente antifascista los que andan por ahí pidiendo puros, como si fuera la discusión del número de los elegidos para entrar al reino de los cielos. Negar la libertad de expresión porque no son “perfectos” es pro-

fascista, romper la unidad es profascista, incluso entender el paro solo como un pliego es profascista.

Hablar el lenguaje de los setenta es funcional al fascismo y atacar la movilización social también. ¿Qué es antifascista?: unirse, seguir la movilización, formarse políticamente, denunciar, estudiar, hacer alianzas decentes, mirar a las elecciones y más allá.







EL PARO Y LOS NEOLIBERALES

19 de junio de 2021

Hasta ahora el balance del paro es positivo por los logros que no son poca cosa: la sociedad aprendió a tumbar reformas y ministros; aunque es doloroso por las decenas de muertes y los cientos de personas heridas.

A pesar de eso, el Gobierno ya prepara nuevas reformas, la tributaria y a la salud. Es decir, las razones para seguir protestando existen.

¿Contra qué peleamos? Esencialmente frente a dos cosas: un Estado desigual y empobrecedor (impuestos injustos, exclusiones del sistema de salud, precariedad, abandono en mitad de la pandemia) y un Estado represor (asesinatos, Esmad, falsos positivos, masacres, abusos policiales). En últimas, eso que podría resolverse por otros canales, el Gobierno lo redujo a un pulso de fuerzas.

En otras palabras, la gente está pidiendo, dentro del capitalismo, el respeto por esa promesa constitucional llamada Estado social de derecho. Y eso le produce terror a unas élites premodernas, feudales y criminales. ¿Qué tal la agenda fuera más ambiciosa?

No estamos frente a una represión “nueva” o reactiva al paro; es una represión histórica para proteger privilegios y perpetuar un modelo económico. Y esa represión, repito, nada novedosa, recoge una serie de prácticas que van desde la desaparición forzada hasta los falsos positivos, pasando por el bombardeo a civiles, el uso de la fuerza de manera generalizada y la imposición del terror, todo esto justificado por los medios y alimentado por teorías fascistas.

Sí, es un Estado fascista. Pero este fascismo es, digamos, de nuevo cuño, en el que no hay camisas negras sino blancas, el Gobierno es autoritario y concentra todo el poder, las Fuerzas Armadas pueden actuar con absoluta impunidad, se diferencia a los “ciudadanos de bien” de los “vándalos”; y un discurso hegemónico da cuenta de la realidad en los medios masivos, aunque sea contrario a la realidad.

Este nuevo fascismo tiene un fin claro: servir de contención para la implementación de políticas que aumentan la desigualdad y la pobreza, esas mismas políticas contra las que se lucha en el paro y que son, en esencia, políticas neoliberales.

Esas políticas pudieron ser implantadas en Chile solo gracias al régimen dictatorial de Augusto Pinochet. Para ello, era necesario acompañar las medidas de “libertad económica” de otras de “control de variables no considerables”, es decir, llaman “variables” a los paros, marchas, rechazos y protestas contra la dictadura del mercado.

El rechazo a ese modelo económico en Chile fue presentado como posturas de gente sin formación económica o ignoran-

cia; lo mismo que se dice aquí cuando se discute sobre la política laboral, el modelo de pensiones o el sistema de impuestos. Los fundadores del neoliberalismo tildaban a sus críticos de pasionales; ahora les llaman incitadores del odio.

Esa es una de las causas por las que algunos no apoyan el paro: aunque les molesta la represión, saben que sin ella el modelo neoliberal no sería viable y ellos tienen su dogma de fe en ese modelo. Por eso, miran para otro lado, no condenan

la represión, no entienden la calle ni las protestas, dicen que todas las violencias son iguales, piden no polarizar (como si el país ya no estuviera polarizado gracias a esas políticas).

Muchos neoliberales enajenados en las teorías económicas que sostienen que el mercado es por naturaleza justo dan por sentado que eso es “natural”, que el Estado no tiene más deberes, que los pobres son pobres porque quieren. Estos botan a la basura el Estado social por completo.



En suma, son negacionistas de la agenda del paro y les queda, como excusa, desviar el debate hacia las consecuencias. Parafraseando al poeta Roque Dalton cuando hablaba de los fascistas, podemos decir que no debemos olvidar que los menos neoliberales, dentro de los neoliberales, también son neoliberales.

Viendo votos donde hay personas

Los partidos políticos, en especial los de esos neoliberales, siguen pensando que el paro es simplemente una estrategia electoral. Los políticos tienen derecho a cambiar de opinión y a una segunda oportunidad, pero esa oportunidad no puede llegar sin una demostración real de compromiso.

En este momento, se está con la gente de bien o se está con los muchachos. Pero ese estar no puede ser una especie de veleta, como hacen algunos gobiernos locales que se arriman al sol que más alumbra. Si una persona que pretenda servir al país en el 2022 no es capaz de servir al país ya mismo, no merece ser elegida.

Quienes han estado de acuerdo con políticas neoliberales como las contenidas en la reforma tributaria derrotada, en el mercado de salud en el que proponía ahondar la reforma de salud derrotada o en la política represiva y autoritaria, cuya crítica llevó a Iván Duque a anunciar la reforma a la Policía, no tienen ningún derecho a usurpar la vocería del paro.

La vocería del paro tiene que ser plural, democrática pero no democratera, legítima pero no legalista, con proyección nacional sin negar las regiones, no es momento para los tibios ni para los que solo quieren ver en los muchachos vándalos. Pasó el tiempo del Twitter y llegó el tiempo de las calles y ¿cómo quien trata de ser políticamente correcto en el Twitter puede ganarse el respeto de la calle? Quienes aspiren a dirigir este país desde 2022 en adelante deben empezar a dirigir

ya mismo, no desde una supuesta vanguardia, sino desde una retaguardia real que acompañe y respete a la gente.

Es perverso ver las marchas solo como un cúmulo potencial de votos. Ya conocemos a quienes están contra el paro, han mostrado sus cartas, pero hay otros muchos más cercanos a ellos, a las élites, que a la calle calentando motores para presentarse como salvadores. El paro no es con ellos, pero quieren dirigirlo.

Apenas conocen del apetito, pero hablan del hambre; rechazan a este y a gobiernos anteriores, pero fueron sus ministros. Como nos impusieron un debate estético volcamos nuestra rabia contra el uniformado que patea, pero mantenemos las elucubraciones filosóficas antes tibios y timoratos. Solemos usar muy a menudo la expresión de que viendo el desayuno podemos saber cómo será el almuerzo, pero parece que se nos olvida que el desayuno es hoy.

Otros ya lo expresaron de mejor manera. Desmond Tutu: asegura que entre una víctima y un victimario no se puede ser neutral, mientras que en el Apocalipsis dice: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”. También para Dante “El más oscuro rincón del infierno está reservado para aquellos que conservan su neutralidad en tiempos de crisis moral”. Algo tendrán de razón.

El neoliberal y fascista ilustrado de este tiempo necesita un nuevo rostro: posa de neutral, es tibio, usa jeans y lee filosofía, cita grandes autores, embelesa, condena toda violencia en abstracto, se eleva con superioridad moral, tiene adeptos incondicionales, habla de extremos, niega la naturaleza de los conflictos. Claro, en un país de formas y pasarelas, tiene mucho para ser elegido y luego, los electores, con falsa ingenuidad, dirán que se sienten traicionados. Fin del comunicado.

OTRAS VOCES DEL PARO





“Nosotros los más jóvenes no tenemos nada que perder. No sabemos si nos va a tocar una pensión, si vamos a tener salud, si vamos a tener empleo, no sabemos nada de lo que va a pasar mañana. Entonces, la incertidumbre es algo que nos dice vamos a la calle.

La estigmatización y la violencia desde el lenguaje hay que cambiarla. Nosotros no somos gente de mal, somos jóvenes.

Yo siento que ya hay ganancias simbólicas, como el hecho de que la gente se reconozca en su territorio, que sepan que pueden protestar por sus derechos, por su dignidad, porque no los violenten. Tengo temor en términos de lo que pase después, por ejemplo, qué garantías habrá para la gente que estuvo protestando.”

*Valeria Díaz,
Cali*



“No nos pueden pedir que veamos a los uniformados como autoridad, a ellos el uribismo los convirtió en el enemigo, porque ellos no tienen ni Dios ni patria; esto es una dictadura disfrazada de democracia.

La ciudadanía quiere dignidad, no politiqueros ni de gente que se aprovecha de los paros. Esta es una lucha del pueblo para el pueblo, porque nosotros queremos recuperar la democracia. Si las autoridades realmente quieren tener paz, toca cambiar todas las instituciones”.

Manifestante hombre, Portal de la Resistencia, Bogotá

“En Buenaventura, siendo el primer puerto, hay niños muriéndose de hambre. Por eso son las protestas y la gente se ha levantado, porque hay hambre, necesitamos educación, infraestructuras en las universidades públicas, no queremos matrículas gratis, lo que necesitamos es que los estudiantes cuando terminen su bachillerato tengan un cupo para ir a la universidad.”

*Mujer, Primera Línea,
Cali*

“Los policías son títeres del Estado. Ellos están para defendernos a nosotros, al pueblo, no para atacarnos. Me indigna que diga que hay desmanes, claro, estamos indignados por los muertos, por los desaparecidos, por el abuso de poder, por las chicas violadas. Los del Esmad están disparando directamente a las casas, a los vecinos que nos ayudan.”

*Manifestante mujer en el Portal de la Resistencia,
Bogotá*



“En Colombia viene pasando desde hace tiempo la brutalidad policial y a nivel nacional los patrulleros y los policías se excusan en que reciben órdenes. ¿Cuáles son las órdenes que reciben ellos? Eso sería bueno que lo aclaren. ¿Cuáles son las órdenes? ¿Atacar y agredir a la población civil? Y lo digo porque lo he sufrido, hemos hecho marchas, pero la gente está cansada de eso y ha hecho bloqueos... Ese es el problema aquí en Colombia, la gente se mamó de marchar, marchar y marchar y que aquí no pase nada. ¡Ya no más, la gente ya dijo ya no más!”

*Manifestante hombre en el Portal de la Resistencia,
Bogotá*

“Yo creo que tenemos un deber ético y es el de velar por la vida y la salud. Y más allá de esto, también debemos asumir una postura política. El hecho de estar apoyando las movilizaciones en la atención en salud es también generar una permanencia sobre la protección de la movilización, de la protesta, de la vida.

Se ven muchas crisis respiratorias por el efecto de los gases lacrimógenos, ataques de pánico, no solamente de los manifestantes sino de transeúntes que están alrededor. Como heridas más graves encontramos, heridas por proyectiles en rostros, muchos ojos heridos, muchas quemaduras, encontramos personas con golpizas hechas por funcionarios de la fuerza pública: con bolillo, puños, patadas, laceraciones.

Desde el 5 de mayo tuvimos varios ataques al puesto de salud con gases lacrimógenos, lo que afectó la atención en salud, a los mismos pacientes y prestadores de salud. Eso ha sido constante.”

Elena Vega, estudiante de medicina



“Apoyo el paro nacional porque mi hija fue drogada y secuestraba el 26 de agosto de 2007 por un sargento de los Estados Unidos y por un contratista del Plan Colombia. Por haberlos denunciado a ellos, la Fiscalía me sacó del pueblo sin ninguna garantía, de Melgar Tolima, hace 13 años.

Mi hija está viva pero sufre trastornos mentales. Se ha intentado suicidar y está en atención con un psiquiatra. Por eso es que yo vine a esta lucha, a apoyar a los universitarios porque mi hija no pudo estudiar. Yo estoy de acuerdo con los jóvenes, porque ellos están pidiendo salud, educación. Mi hija no tuvo salud ni educación, yo tampoco he tenido salud y educación. Por eso, hago parte del paro.

Me siento orgullosa de estar aquí con ellos, de ser mamá de Primera Línea. Vengo a las 9 de la mañana y me voy a las 6 de la noche. Les sirvo gaseosa, agua, leche, agua de vinagre. Yo recibo las donaciones de esas cosas, porque yo no tengo dinero. Yo reparto eso a los muchachos.

Lo más bonito que me ha pasado en este paro es el amor que ellos me dan: me dan besos, me abrazan, me hacen sentir útil, que valgo la pena aunque la Policía me persiga y me traten como ellos quieran. Ahora me van a judicializar. Eso es lo que ellos dicen, que tienen la orden para judicializarme, o si no desaparecerme, matarme. Me lo han dicho directamente.”

*Olga Castillo, Madre de Primera Línea,
Medellín*

“Nosotras como defensoras de derechos humanos también hemos sido víctimas de la violencia policial y he visto a mis propios compañeros ser golpeados brutalmente por la Policía, ser revictimizados.

Son muy importantes los ejercicios de memoria y para eso necesitamos seguir denunciando a pesar de que hemos visto que en el Ministerio Público las cosas a veces caen como en saco roto. Eso no tiene que incidir a que paremos nuestra labor, lo que hacemos sigue siendo absolutamente necesario y pertinente en el contexto.

Necesitamos seguir denunciando no solo a los entes nacionales sino internacionales, que sepan todo lo que está pasando acá, que hay una crisis humanitaria impresionante, y es que nos están matando,”

*Joven en Medellín, integrante
del Puesto de Mando Unificado
Popular*

“A la Primera Línea nos está llegando amenazas de muerte... entonces, dígnanos ¿qué seguridad no están dando? ¿Dónde están nuestros derechos? Yo soy vendedor ambulante, soy reciclador, y salgo a pelear todos los días porque no quiero que mi hijo viva esta mierda.”

*Joven de Primera Línea, Portal de la Resistencia,
Bogotá*



“Históricamente hemos venido haciendo un ejercicio solamente de resistencias sino de planteamiento frente a cómo el mundo y estos proyectos macroeconómicos van contra la vida, van contra el territorio y contra el tejido social.

Hoy lo que está ocurriendo es que el pueblo colombiano ha despertado, han salido unos jóvenes valientes y con dignidad a decir: Ya no aguantamos más este régimen, no aguantamos más este Gobierno, no aguantamos más estas políticas exclusivistas; y sobre eso se plantea la posibilidad de que juntemos las esperanzas de esos jóvenes con los planteamientos históricos por los que hemos venido caminando los pueblos indígenas, afros, campesinos, estudiantes, sindicatos.

Esta es una generación valiente, inteligente, que no se ha dejado doblegar por el régimen y sus políticas. Estos jóvenes nos dan la esperanza de que podamos construir una nueva nación para todos.”

Giovanny Yule, dinamizador del Comité Regional Indígena del Cauca, CRIC



“Mi respeto para los muchachos, me quito el sombrero. Uno ve las cosas desde lejitos, pero me imagino que eso debe ser muy duro para ellos. Debemos apoyarlos lo mejor posible, están haciendo logros para todos, solamente tenemos agradecimiento hacia ellos. Lo mejor es la unión de la gente. No ha importado una pandemia, ese orgullo de saber que salimos, hacemos bulla, se siente ganas de llorar de ver que todos queremos lo mismo. Lo peor ha

sido la muerte de tantos muchachos que están logrando cosas que no logramos de mi generación pa’ atrás. Ver eso es duro, verlo cómo están cayendo y más cuando uno tiene hijos.”

*Adriana Sánchez, vecina de Puerto Resistencia,
Cali*





“La Alcaldía no los apoya y luego salen a decir que son vándalos. No son vándalos, si lo fueran la comunidad no estaría apoyando a estos muchachos que están aquí. Vándalos son los que desaparecen a nuestros jóvenes, los que no dan la cara.”

*Mujer habitante de la comunidad,
Puerto Resistencia, Cali*



“Vivo con el constante miedo de que pueda terminar en un río por estar en la realidad, por querer cambiar las injusticias y los golpes hacia mi pueblo. No es justo para mi integridad y para los que me rodean, el dolor del pueblo se hace más grande y con él mis pensamientos surgen con fuerza.

Mi corazón está en llamas y mi valentía se hace cada vez más fuerte... Así no sepa sus nombres en el momento de la batalla, todos somos hermanos y hermanas. Estaremos hasta el final, sin desfallecer. Desde la noche hasta el amanecer, contra el abuso de poder, contra toda la represión que nos quieran hacer”.

*Vanesa, Primera Línea,
Armenia*

“El departamento del Chocó su suma al paro nacional por el abandono estatal en que nos tienen, por esa negligencia del Gobierno de atacar a la pobreza extrema. Nosotros como el departamento de Chocó decimos que también somos Colombia.

El tema de la salud que es precaria en el departamento, el tema de la educación es bastante ineficiente. Los jóvenes en Quibdó, tienen que irse a grupos armados y bandas porque no tienen oportunidades, urge que los jóvenes se sientan representados y apoyados en esta lucha.

Nunca nos imaginamos algo así. La juventud ya ha dicho que va a seguir en la lucha, que va a seguir en el paro, reclamando lo que por años no nos han dado, ni querido ofrecer.

El Gobierno debe entender que esto es un sentir de las comunidades, un sentir del pueblo, que esto no tiene tinte político, que no queremos desestabilizar el país. Queremos que se implemente el acuerdo de paz, porque todas nuestras propuestas están plasmadas ahí.”

*Yeison Mosquera,
del Comité de Paro de Quibdó*





“Siloé históricamente ha sido un escenario de lucha. Esta comunidad se hizo a punta de invasión, mientras nos sacaban, la gente volvía. Siloé es resistencia. Un día entraron y nos dejaron tres muertos, al otro día estábamos de manera masiva y pacífica en las calles y seguimos tomando las calles porque las calles son nuestras y estamos en una causa justa.

Aquí estamos los pelaos y las peladas que por no tener nada estamos aquí. Es más lo que ganamos luchando que lo que ganamos estando en las casas, estamos sin trabajo y sin estudio. Los pelaos tienen aguante y la solidaridad de la gente ha sido suficiente para tener alimentos por muy buen tiempo.

Es algo impresionante. Acá llegan cantidades de comida, no solamente para las ollas comunitarias sino para que algunos de los muchachos puedan llevar algo para su hogar, para sus hijos e hijas.

Cada vez que podemos les damos algo del mercado para que aguanten y eso lo hacemos gracias a la solidaridad de la gente. Aquí no hay ningún grupo armado, ninguna pandilla, ni ningún grupo al margen de la ley. Eso la gente no lo patrocina ni permitiríamos que nos patrocinen, como andan diciendo los medios.”

*Steven Ospina, joven de resistencia,
Siloé, Cali*



“La Defensoría Pública Popular es una instancia que surge al interior del Procesos Legales de Garantías, en la que quisimos convocar a otros abogados y abogadas distintos a los que ya estaban en las organizaciones sociales y de derechos humanos para ejercer la defensa técnica de personas judicializadas en el marco del paro nacional. Lo hacemos por el gusto de ayudar a las personas cuando vayan a las audiencias judiciales. Somos alrededor de 32 abogados y abogadas.

Hubo una noche en el municipio de Bello, después de unas protestas, captura a 19 personas. Fue la primera vez que las organizaciones defensoras de los derechos humanos tuvimos un abogado para la defensa de cada persona. Por eso la fiscal dijo que solamente iba a legalizar la captura y no iba a imputar cargos, es que había una bancada muy grande y creemos que eso incidió para que ella no avanzara más allá.

Es un momento de legitimidad política de la protesta social, de las causas del paro. Es también una posibilidad de que los abogados y abogadas saquen a flote sus posturas políticas y desde ahí aportan al paro en su manera. No marchan, pero se suman a la defensa jurídica como una forma de aportar al paro.”

*Leyder Perdomo,
Corporación Jurídica Libertad*



“Yo hago parte de la Corporación Pueblo Verdolaga, somos hinchas del Club Atlético Nacional, que creemos que el fútbol es una herramienta de transformación social. Nos sumamos desde el arte, la cultura, a estas jornadas y formas de resistir de los jóvenes en el marco del paro nacional.

Estaremos resistiendo, fortaleciendo los derechos humanos, haciendo pedagogía en las calles hasta que se entienda que en este país la vida debe ser lo primero y no cualquier vida, sino una vida digna. Y para que esto sea posible a los jóvenes hay que brindarles educación, salud, oportunidades de empleo. No es un tema de que ‘somos unos vagos’, si no hay empleo no hay oportunidades.

A la gente de bien les digo: ¿Por qué se dejan deshumanizar, y se dejan meter en la cabeza cosas que no son? Hay personas manipuladas y manipuladores. A los manipuladores, que sepan que vamos a seguir resistiendo. Y a las personas manipuladas, les decimos que abran sus corazones, que no son nuestros enemigos, simplemente pensamos de manera distinta y por eso no tenemos que matarnos; nosotros no le deseamos la muerte a nadie y ellos no tienen por qué desearnos la muerte a nosotros.”

*Alejandra Montoya, activista de las barras del Nacional,
Medellín.*

“Venía de donde mi novia, estaban los disturbios y yo quise ver qué pasaba. Los del Esmad estaban a unos 20 metros. Escucho un tiro, volteo a mirar y vi una chispa que ya venía hacia mi ojo. Fue cosa de segundos. Tenía el ojo muy grave y de la desesperación les decía que me llevaran al médico. Ellos, los de la protesta, me montaron en una moto y me llevaron al hospital de Bosa Centro. Allá no recibí la mejor atención, me dijeron que me tenía que ir al hospital de Kennedy. Me revisó el Oftalmólogo y me dijo que el ojo estaba muy blando, lo que quiere decir que estaba roto. El doctor dijo que apenas al recibir el impacto el ojo se estalló,

porque fue muy duro. No pediría para mí nada, sino para el país. Quiero que se acabe la corrupción, que sean legales con la gente.

Hay gente que se aprovecha del poder que tiene y eso está pasando acá en Colombia. Que recapaciten, que hay mucha gente buena acá que está luchando por un futuro, por algo mejor. Y ellos lo que hacen es negarlo. Que se haga justicia, es lo que yo le pido al país.”

*Andrés, víctima del Esmad con pérdida de un ojo,
Bosa*



“Nosotros nos regimos en el movimiento indígena sobre cuatro principios: unidad, territorio, autonomía y cultura, eso es lo que tenemos para la resistencia por el abandono histórico que viven nuestras comunidades.

Primero porque no hay una implementación de los acuerdos de paz con la antigua FARC-Ep, nuestras comunidades no cuentan en su mayoría con agua potable, los niños están en estado de desnutrición, nuestras vías de

transporte son fluviales y están interrumpidas por mucha madera debido a la deforestación. Nuestra gente tiene que vivir del rebusque porque no hay empleos. Entonces, hay muchas afectaciones y no hay políticas para mejorar nuestras vidas.”

*Gabriel Ávila,
líder indígena en Quibdó*





“Primera Línea es un grupo de contención que protege al marchante de peligros como el vandalismo, robos o cuando hay choques con el Esmad o la fuerza pública. Cogió fuerza desde hace dos años, pero conocemos casos de Primera Línea en los años noventa. Lo de ‘Primera Línea’ se refiere a la ubicación dentro de las marchas, no se refería a un grupo determinado. Proviene de una primera formación entre los

marchantes y ahora se asocia a lo que nosotros hacemos. La idea de Primera Línea ha tenido una buena acogida en las comunidades porque ven ese respaldo y ese interés de cuidar, que ahora incluye hasta a las mamás y otras personas que quieren formar parte de ese grupo de cuidado.”

*Anthony,
Primera Línea, Medellín*

“Los camioneros nos sumamos al paro nacional porque todo impuesto que el Gobierno se inventa incide de manera directa en nuestro sector: cuando incrementan peaje, cuando incrementan combustible, cuando incrementan IVA. Nosotros queremos que la gente entienda esto, que la gente despierte.

Desde el día 28 de abril apoyamos el paro nacional porque tiene que ver con nosotros. Tenemos un enorme número de camioneros que prestaron sus servicios al país y no fueron pensionados, por ejemplo. También tenemos muchos compañeros sin trabajo porque mientras más edad se tiene más son relegados. En tanto, el Gobierno sigue haciendo oídos sordos.

Uno lo que menos quiere es dejar botado a los muchachos que son los que están en el frente de batalla, porque conocemos quienes son, hemos mirado la inclemencia del Gobierno frente a ellos. Sabemos que esos muchachos han perdido todo, hasta el miedo, porque ellos por defenderse frente a un Estado terrorista criminal no es fácil. Me dolería en alma dejarlos botados.”

*William Chantre,
líder camionero*





“Si nos han pagado por protestar no sabemos en dónde nos consignan, no hemos recibido pago monetario sino el agradecimiento, el reconocimiento del pueblo y el apoyo incondicional de los niños.

El único pago que hemos recibido es saber que nuestras madres nos están apoyando, desde las cocinas, porque esas señoras todos los días se han levantado y nos han hecho esa agua de panelita con el pan de ayer, eso es un reconocimiento hermoso, un pago increíble y que ningún político, paramilitar o guerrillero va a igualar con todo el dinero que pueda tener.

Esto va hasta que todas las garantías y que la Constitución política de Colombia de 1991 pueda ser reconocida y cumplida por los funcionarios públicos. Lo dijo algún día Jaime Garzón, este es el pueblo con el que él soñaba: el funcionario público le sirve al pueblo, no el pueblo al funcionario. El mayor respeto que debe haber es el del funcionario respetando sus peticiones.”

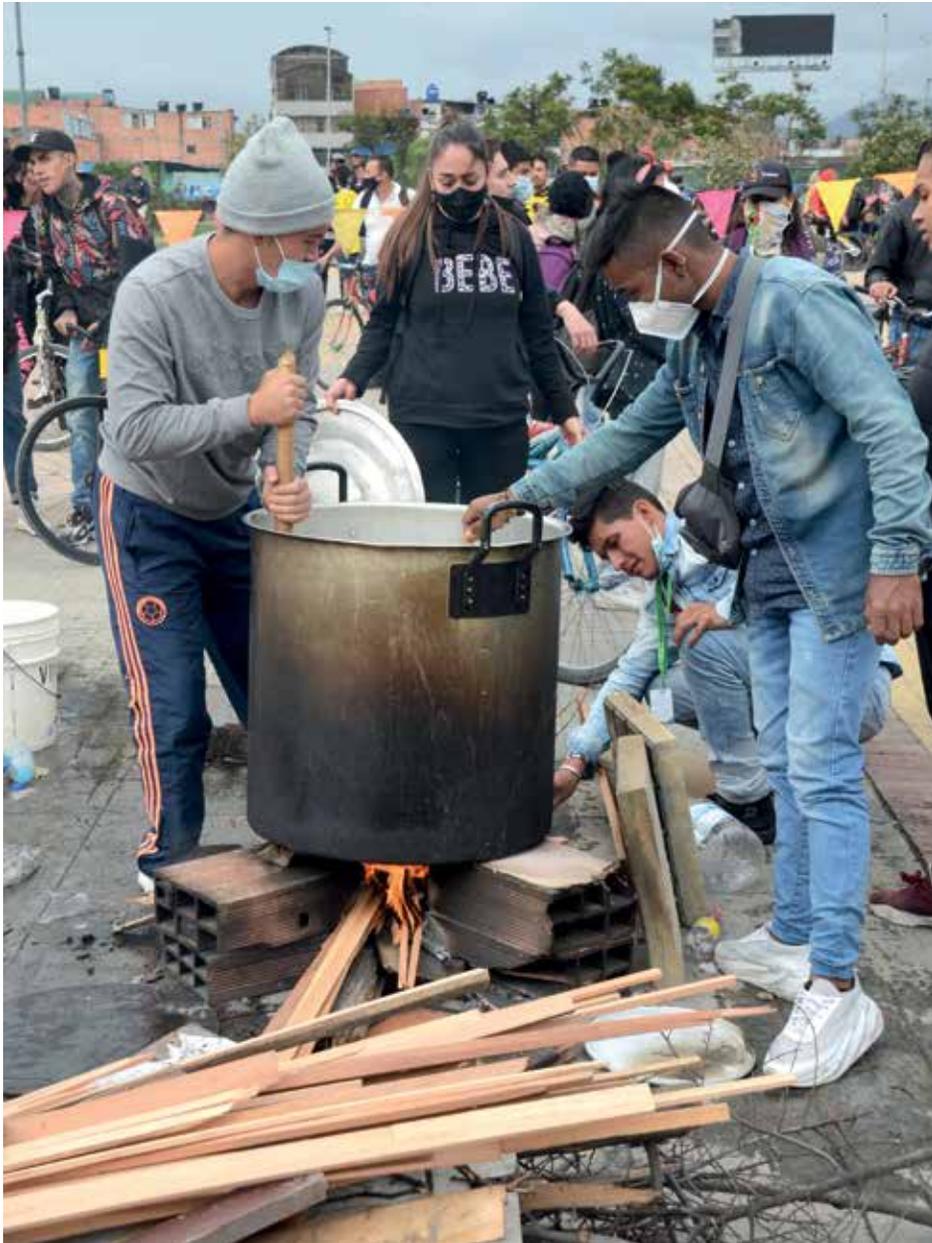
Activista, entrevista en La Luna de la Esperanza, Cali

“El nivel de formación de los pelaos de la zona es humanista, hay una juventud politizada. Es otra forma, estábamos acostumbrados a que fueran los sindicatos, los educadores, pero ahora son los pelaos que se empoderan. La desesperanza es muy grande porque no tienen derecho a jubilarse, no tienen empleos dignos, a la educación no tienen acceso, otros terminan yéndose para el exterior. El narcotráfico y microtráfico son realidades que se los llevan por delante. Ellos se la juegan porque ven una oportunidad de transformar esto. Una cosa que

descubrieron es la vitalidad que ellos tienen, su fuerza. En sus rostros se ve esa esperanza. Hay un celo porque mucha gente no entiende las transformaciones ni la vitalidad de la juventud. A muchos se los ha olvidado que fueron jóvenes, pero mayoritariamente hay un respaldo a ellos por habérsela jugado, por haberse echado al buche ya dos reformas; lo que no hemos logrado en mucho tiempo.”

*Ariel Díaz, líder sindical,
Cali*

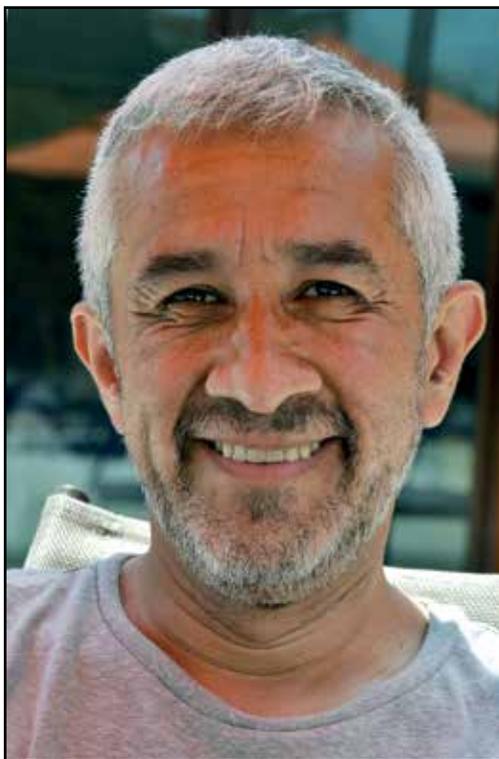




“Hay que sacar la fuerza pública de ese secuestro que han hecho las élites y devolverlas al pueblo. Para eso se necesitaría un cambio de Gobierno, un nuevo ministro de Defensa, sin pañitos de agua tibia. Nuestras bases necesitan que los escuchen. Dentro de la institución hay mucha inconformidad. Hay que acabar con la estratificación dentro de la fuerza pública, porque esto hace que los soldados, la gente de los barrios, no puedan ascender, mientras que el que tenga mucho dinero y sea un corrupto se vuelve un general.

Este estallido social removió ese dolor, por es impunidad al ver que una fuerza pública instrumentalizada se dedicó a generar un represión brutal contra la gente, contra los jóvenes. Decidimos convocar y fueron muchos los que se sumaron a la RAP, en Cali, Bogotá, Barranquilla, Eje Cafetero y cada día se reúnen más y ya nos estamos acercando a los 500 miembros.”

Sargento Alexander Chala, Reserva Activa del Pueblo (RAP)

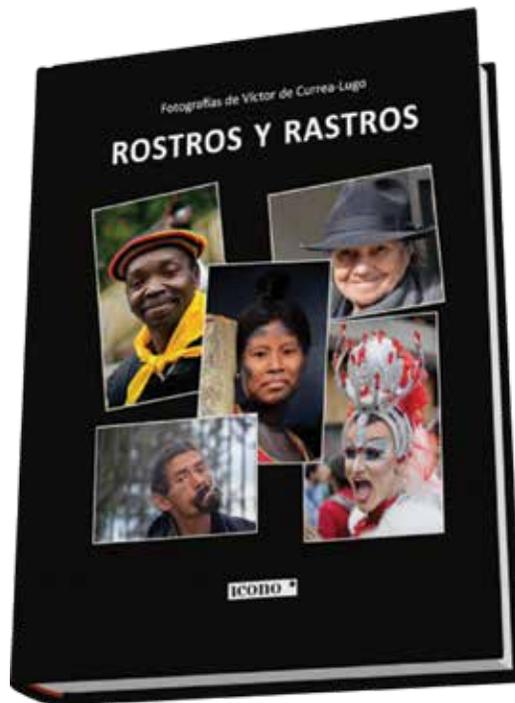


Víctor de Currea-Lugo

Médico, trabajador humanitario, periodista, profesor universitario,
activista por la paz, viajero incansable y escritor.

www.victordecurrealugo.com

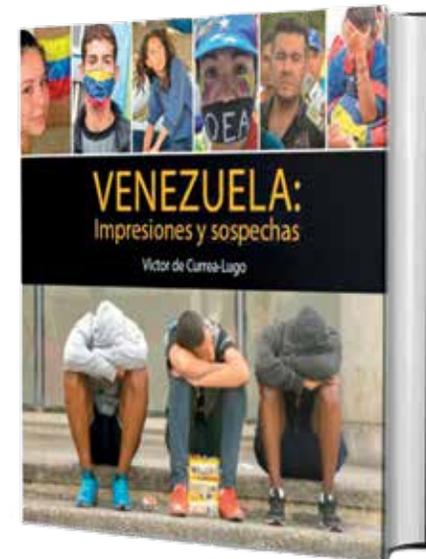
DEL MISMO AUTOR:



Rostros y rastros



Y la Minga continúa...



Venezuela:
impresiones y sospechas



¡RESISTENCIA, CARAJO!

A veces nos perdemos en el día a día de las redes sociales, la cultura del flasheo nos impide contemplar la esperanza en medio de la fealdad y la barbarie. En nuestras calles desde el 28 de abril, la belleza social callejera que sobrevivió a los tiempos de una pandemia se convirtió en el ágora de las juventudes. Ellas manifestaron las rabias contenidas, los silencios de generaciones que padecieron el terror abierto y encubierto. Esos jóvenes de las barriadas dieron cuenta de las memorias de los despojados, de los desplazados, de las exclusiones negadas, las hicieron visibles. Se sumaron una y otra vez a epopeyas populares, las de una independencia en deuda, que a veces despierta en las calles, en proyectos de un país de auténtica democracia. Despertamos con ellos de nuestro letargo, quizás, del ostracismo al que nos llevó la Covid-19. Ese paro nos hizo ver como enemigos o como solidarios, nos invitó a observarnos como país, un país en que los políticos apostaron por la banca antes de que por la sociedad que sobrevive entre la pobreza y la miseria (y una clase media que evita caer en ese abismo de la exclusión). Desde ese abril el país nacional despertó en el paro nacional.

Pan, empleo, educación, techo. La juventud no exigió nada regalado. Solo el mínimo de ser sujetos ciudadanos, compatriotas con unas políticas de inclusión, de verdades distantes de las mentiras mediáticas, y de sectores de poderes políticos y empresariales que aseguran su acumulación con la sacra santa represión.

Los desaparecidos y los que tuvieron la suerte del asesinato aparecen silenciosamente visibles. La caminata en las barriadas, una fracción de segundos que retiene el espacio de la libertad para ser conscientes de ella, al lado de esas otras palabras, las escritas. Esta nueva obra de Víctor de Currea-Lugo nos permite contemplarnos o huir en el flasheo.

Comisión Intereclesial de Justicia y Paz

Con el apoyo de:

